



TANIA SÁNCHEZ

No olvido el ayer



NO OLVIDO EL AYER

Tania Sánchez

Copyright © 2023 Tania Sánchez
Todos los derechos reservados.

Somos lo que experimentamos,

los restos de lo que pasamos
y las consecuencias de lo que elegimos.
Somos nosotros mismos, mutables e indefinidos.

1.La Diosa de los Huesos

Las viejas puertas automáticas que conducían al interior de urgencias del Hospital Virgen del Consuelo de Málaga, se abrieron de golpe cuando llegó la ambulancia y los técnicos entraron a la carrera con un paciente en un estado delicado. En la camilla yacía una mujer joven, de pelo castaño y tez morena. La sábana, que la cubría, estaba empapada de la sangre que procedía de la fractura en su pierna. Era una herida tan brutal, que el hueso había atravesado la piel por debajo de la rodilla, dejando adivinar la gravedad de la lesión.

—¡Sara, llama a un médico ya! — gritó Sergio, uno de los técnicos de la ambulancia que había asistido al aviso — no hemos querido sedarla demasiado... imagino que la vais a preparar para quirófano...

Habían tardado más del tiempo habitual porque la paciente se había quedado inconsciente en el mismo momento que la subieron a la camilla. La gran pérdida de sangre estaba debilitando su cuerpo. Sergio jamás olvidaría el amasijo de hierros de donde la tuvieron que rescatar.

—Estamos de suerte Sergio, Dios acaba de terminar con una complicada operación, ahora podrá descender de las alturas... — contestó Sara, tratando de tranquilizar a la paciente hasta que la Doctora Montenegro llegase a urgencias — tranquilo, la llamé en cuanto avisasteis que veníais de camino con un trauma así — dijo mirando a Sergio, esta vez.

Sara volvió a mirar con ternura a la joven llorosa que estaba sobre la camilla, le recordaba tanto a su propia hija que pensó que, si algo así le llegase a ocurrir, no dudaría ni un segundo en llamar a la Doctora Montenegro para que la operase. Martina Montenegro, que todavía le faltaban unos meses para cumplir los treinta y cinco años, estaba considerada como un prodigio de la cirugía de traumatología, por eso la llamaban “La Diosa de los huesos”. Muchos deportistas profesionales le debían su carrera, era jefa de urgencias del Hospital Virgen del Consuelo, o como lo habían bautizado desde su llegada, “La Virgen de los milagros”, pero, además, Martina también daba clases en la Facultad de Medicina. Entre las responsabilidades del hospital, las clases en la universidad y las solicitudes para acudir a diversas conferencias, tenía poco tiempo para la vida social.

Cuando llegó a urgencias, seguida de un grupo de jóvenes estudiantes, la Doctora Montenegro se colocó detrás de Sara, su enfermera favorita, para así, poder susurrarle al oído sin que nadie más la escuchase.

—Ya está otra vez pronunciando mi nombre en vano, ¿verdad? — la voz grave y sexy de Martina, produjo que un escalofrío recorriese todo el cuerpo de Sara, reaccionando con un pequeño respingo — enfermera gamberra...

Desde que se conocieron, hacia ya unos años atrás, había surgido una química especial entre ellas. Sara siempre había pensado que, si la hubiese conocido en su juventud, se habría dejado seducir por aquellos profundos ojos.

—Doctora... — Sara se dio media vuelta y miró a Martina fijamente — la estaba comparando con Dios, ¿cómo puede tomárselo a mal? — le preguntó con un tono relajado y divertido. Ambas sonrieron con mucha complicidad.

—Ya, bueno, no le hace falta hacerme la pelota... — Martina dio un paso con la intención de eliminar la poca distancia que había entre ellas — sabe que me tiene en el bote desde hace mucho tiempo... — Martina le guiñó un ojo descaradamente — veamos... ¿Qué tenemos aquí?

Le dio una palmada en el trasero a Sara cuando pasó por su lado y se colocó delante de ella para poder ver mejor la lesión de la paciente que continuaba en la camilla, en medio del pasillo de urgencias, a la espera de sus órdenes para moverla. Sin prestarle mucha atención a la mujer de la camilla, se centró en la considerable herida de la pierna, asumió enseguida, analizando en menos de cinco segundos, la gravedad de dicha lesión. Martina estaba tan centrada y completamente absorta en todo el procedimiento que debería seguir para poder reparar ese hueso, que fue capaz de aislarse del ruido y de todo el caos que acompañaba al servicio de urgencias. Una vez que tuvo claro cada uno de los pasos que debía dar una vez entrasen en quirófano, comenzó a dar órdenes para que le realizasen a la paciente, todas las pruebas necesarias antes de la operación. Sara iba confirmando que tenía clara cada orden que Martina daba y nada más terminó, fue ella misma, quien organizó al resto de enfermeras y auxiliares para que comenzasen con las pruebas. Cuando Martina comprobó que Sara lo tenía todo controlado, se movió hasta la cabeza de la paciente y así, poder explicarle todo el procedimiento que iba a ser necesario durante la operación para remediar el daño ocasionado por la lesión. Al cruzar las miradas, su atención se perdió en la profundidad de sus ojos, su color verde se mimetizó con el brillante color avellana de la paciente que estaba sobre la camilla. Los recuerdos de su adolescencia comenzaron a invadir su cerebro de una forma casi violenta, tanto que Martina tuvo que afianzar su equilibrio sujetándose de la camilla.

—¿Emma? — preguntó Martina con apenas un hilo de voz.

—¿Martina? — preguntó Emma al mismo tiempo que se secaba las lágrimas que seguían cayendo por sus mejillas irremediabilmente — ¿Qué haces aquí?

Este día, se presumía que iba a ser el día más humillante de su vida, dejando a un lado la herida de su pierna y el motivo de cómo se la hizo.

—Pues, soy quien va a... ¿Cómo decías en el instituto?... — Martina lució una falsa sonrisa — “curarte esa tontería de nada” — las lágrimas volvieron a humedecer los ojos de Emma y ella bajó las armas — Emma... — Martina pasó el dorso de su mano por la mejilla de Emma para limpiar una de las lágrimas que descendía lentamente — tienes una fractura grave justo por debajo de la rodilla, por lo que se ve a primera vista, hay que operar lo antes posible... — Martina miró a Emma a los ojos y dulcificó su semblante — habrá que poner una placa... un par de tornillos y quedarás como nueva, pero ahora, Sara te administrará algo para el dolor, de momento, y una vez tengamos todas las pruebas, entraremos en quirófano...

—¿Eres cirujana? — preguntó Emma casi en un susurro.

—No, soy la chica de recepción, pero no tenemos suficientes médicos, así que todos ayudamos en lo que podemos... — Martina sonrió y, esta vez, fue una sonrisa sincera — escucha Emma, si quieres que te opere otro médico, no me voy a ofender, tú decides — Martina clavó su mirada intensamente en los ojos de Emma — volveré en cuanto haya echado un vistazo a todas las pruebas, ¿de acuerdo?

Sin darle la oportunidad de responder, Martina se alejó con paso ligero de la camilla y caminó hacia una zona segura. Cuando sintió que ya estaba a salvo, comenzó a pasarse los dedos por el pelo, de una forma tan desordenada, que parecía que lo estaba enredando. Era un gesto

nervioso que tenía desde que era una adolescente. Se puso a rellenar el historial de Emma en un intento casi desesperado para tranquilizarse y volver a tener el control, pero sentía su interior revoloteando con tanta fuerza, que le oprimía el pecho, dificultando la respiración normal. Esa presión la llevó a pensar que, dejar que otra persona operase a Emma, no sería tan mala idea. El pasado que compartían no ayudaba a su profesionalidad. Ensimismada en sus pensamientos, Martina no fue consciente de la llegada de Jaime hasta que se colocó justo a su lado. El atractivo pediatra era de las pocas personas que lo conocía desde su infancia, fue su mejor amigo desde la guardería y así se mantuvo durante el instituto y luego en la universidad. Jaime era el jefe de pediatría y todos sus compañeros los conocían como “Romeo y Julieta”, porque las preguntas sobre si existía algo más que amistad entre ellos, era la comidilla de todo el hospital.

—¿Qué hace la diosa de los huesos mezclándose con los simples mortales? — preguntó Jaime con un tono jocoso.

—Jaime, por favor no me llames así... o le diré a Sara lo que te gusta que tus amantes te susurren en la cama... — Martina le contestó sin apenas apartar la vista de aquel historial en el que estaba escribiendo con toda su dedicación — chico de “pégame y tírame del pelo”.

—Vale, vale... — Jaime levantó ambas manos, una clara señal de rendición — a ver... sorpréndeme, ¿a quién se le ha salido un hueso por el culo, esta vez para tenerte así? — preguntó Jaime apoyándose en el mostrador junto a Martina.

Jaime fue capaz de distinguir, desde lejos, aquel gesto nervioso y no era frecuente ver a Martina deshacerse el pelo de esa forma, hacia mucho tiempo que no la veía así. Estaba claro que algo la había alterado y él había acudido en su ayuda, le pasase lo que le pasase.

—¿Sabes quién está en el box tres? — preguntó mientras continuaba con su atención en el historial que tenía entre sus manos.

—¿Gano un apartamento en Torre vieja si lo acierto? — Martina levantó la mirada de aquel historial, por fin, y lo miró fijamente con cara de pocos amigos — vale, vale... no tengo ni idea... ¿Quién está en el box tres? Cuéntamelo...

—Nada más y nada menos... — Martina cerró el historial y fijó su mirada en los ojos de su amigo — que la mismísima Emma Peralta.

Jaime abrió los ojos al máximo, sorprendido al volver a escuchar ese nombre después de tantos años.

—¿Y qué le pasa a esa ególatra? — Jaime se dio media vuelta y miró hacia las cortinas de boxes — ¿Se le ha explotado una teta de silicona?

—Tiene una fractura abierta de tibia... y tiene mala pinta... — Martina daba golpecitos con el bolígrafo sobre las hojas del historial, lo que le indicaba a Jaime que volver a ver a Emma, la estaba desquiciando — con todos los hospitales que hay... ha tenido que acabar en este... — volvió a pasarse los dedos por el pelo de una manera casi frenética.

—Pásale la operación a otro médico, Martina... — sentenció muy seguro Jaime y usando un tono neutro para no alterar más a su amiga.

—¡Doctora Montenegro! — Sara llamó su atención mientras caminaba hacia el box a la espera de su llegada y empezar a dar indicaciones — ya están todas las pruebas — dijo levantando la carpeta que llevaba en la mano.

Jaime desvió su mirada hacia la enfermera para luego volver toda su atención otra vez hacia su amiga, que parecía que ni siquiera Martina, se había dado cuenta de que había vuelto a caer en todos sus antiguos tics nerviosos, no podía dejar de golpear el historial con el bolígrafo.

—Amiga mía, en el instituto dejabas que te vacilara porque te gustaba... — Martina levantó la mirada y miró a los ojos fijamente a Jaime — y por lo que veo... ¿Te sigue gustando? —

preguntó un poco incrédulo después de ver la mirada de su amiga que destellaba pinceladas de pánico, dudando de que un sentimiento así, continuase vivo después de tantos años.

—Ya no soy esa niña, Jaime... — le dejó un beso en la mejilla e inició el camino hacia el box tres — tengo que hacer esta operación... y puedo hacerla — dijo con seguridad.

Jaime observó como su amiga caminaba hacia un precipicio y negó con la cabeza al descubrir la misma convicción en ella, que cuando eran adolescentes. Martina consiguió entrar con entereza al box donde se encontraba la persona que había marcado su vida por varias razones. Tras observar detenidamente las radiografías y comprobar las analíticas, Martina pasó a explicarle detenidamente todo el procedimiento a Emma. Los calmantes habían logrado el efecto deseado, por lo que Emma, pudo ser capaz de atender a toda la explicación de la Doctora Montenegro. Emma se fijaba en el tono calmado de su voz y en los gestos dulces de Martina mientras desarrollaba paso a paso toda la operación, hablaba moviendo mucho las manos y cuando la explicación concluía, cualquiera era capaz de entender perfectamente el problema y la solución que exponía. Durante toda la explicación, Emma no podía evitar fijarse en que el tiempo había sido generoso con su antigua compañera de instituto. Martina fue una chica estudiosa y responsable, durante su juventud y en el instituto hizo atletismo, su cuerpo continuaba siendo delgado, pero sus músculos estaban más definidos y su perfil era más marcado, dejando percibir una anatomía casi perfecta por sus curvas delineadas. El resultado de todo su esfuerzo durante todos estos años, era que, Emma tenía frente a ella a una mujer adulta, madura y segura de sí misma.

—¿Tienes alguna pregunta, Emma? — preguntó Martina al terminar con la explicación y Emma negó con la cabeza — ¿Quieres que llame a uno de mis colegas para que te opere él? No temas herir mis sentimientos... bueno, nunca te preocuparon mucho... — Martina susurró la última parte que resultó prácticamente inaudible.

Ante su pregunta, Martina recibió como respuesta una cascada de lágrimas descontroladas que volvieron a resbalar por sus mejillas. Martinaladeó la cabeza y una tímida sonrisa se abrió paso entre sus labios, el gesto de verla, tan vulnerable, la conmovió. Martina nunca fue rencorosa y mucho menos vengativa o algo parecido, cogió la mano de Emma y la acarició entre las suyas, al ver esa acción, Sara le indicó a todo el personal que abandonase el box para dejarles privacidad. Sara conocía a Martina desde que esta era una residente que causaba estragos por estos mismos pasillos años atrás y sabía que la Doctora se ablandaba por completo al ver llorar a una mujer.

—Eeehhh... — susurró — Emma, no llores... — Martina se acercó a la cama y se sentó junto a ella sin dejar de acariciarle la mano — te prometo que te vas a poner bien... sé que la explicación puede ser abrumadora, pero con un par de tornillos y un poco de rehabilitación, ni siquiera te acordarás de todo esto... — Martina lució una de sus mejores sonrisas en un intento de tranquilizarla — además, pondré muchísimo cuidado con los puntos, así podrás seguir lucíendote en minifalda... como en el instituto — con ese comentario, Martina consiguió que Emma sonriese en medio de tanta lágrima.

A pesar de todos los malos recuerdos, de los malos momentos y de lo cruel que llegó a ser en alguna ocasión, Martina se sentía en paz con ella misma, no había rencor, no había odio y algo en Emma, le continuaba provocando una sincera ternura.

—Después... después de cómo te traté... — Emma balbuceaba entre lágrimas — no merezco tanta cortesía... — las lágrimas aumentaron y el lloro acrecentó descontroladamente.

—Tranquila... — Martina la abrazó por puro impulso, ver el miedo reflejado en su mirada, despertaba en ella un impulso de protección — cuando todo esto acabe y estés completamente recuperada... dejaré que me invites a cenar en el mejor restaurante de Málaga.

FLASHBACK

—Emma, lo tienes... solamente tienes que fijarte bien en los decimales... — Martina señalaba con el lápiz el resultado de la operación que acaba de realizar Emma.

—¡La física es una mierda! — se quejó Emma — explícame para qué me van a servir todas estas fórmulas el día de mañana...

—Solo tienes que memorizar un par de fórmulas y luego aplicarlas... — dijo Martina sonriendo.

—Para ti esto es muy fácil... eres la empollona de clase... — Martina miró a Emma con un brillo de esperanza en su mirada — ¿qué pensarían todos si se enterasen de que me das clases?... — dijo Emma, un poco de vergüenza.

—Tranquila, no lo sabrá nadie — Martina bajó la mirada.

—Eso espero... — Emma se recogió el pelo en una coleta — pasaría a ser una marginada, como tú...

Martina miró por la ventana perdiendo su mirada en la profundidad de los árboles que separaban la casa de Emma de la suya. A pesar de que su pensamiento, siempre había sido que ser vecina de Emma era algo maravilloso, ella misma se encargaba en recordarle, a cada momento, de que no eran iguales. Semanas atrás, cuando los padres de Emma la amenazaron con sacarla del equipo de gimnasia artística si volvía a suspender matemáticas, tomó medidas desesperadas para que eso no ocurriese nunca. Un día se atrevió a pedirle clases particulares a Martina, pero con la condición de que ella jamás se lo dijese a nadie. Nadie se podía enterar. El amor ciego que sentía Martina, le hizo aceptar sin ser consciente de las consecuencias que todo aquello conllevaría. El simple hecho de pasar más tiempo juntas, solo hacía que avivar el sentimiento que comenzaba a nacer en su interior. Pero las cosas cambiaban radicalmente, cuando sus vidas se cruzaban en el instituto frente al resto de todos sus compañeros.

—¡¡Cuatro ojos!!, quítate del medio — dijo unos de los chicos al pasar junto a Martina y empujarle para tirarle la pila de libros que llevaba entre sus manos — eres una rarita... empollona... sabionda...

—Déjala... — le dijo Emma al chico — no es más que una extravagante que solo busca un poco de atención...

Emma se colgó del brazo de aquel chico y riéndose de Martina mientras se arrodillaba para coger todos sus libros, se alejaron por el pasillo del instituto. A pesar de las continuas humillaciones, el inocente corazón de Martina, albergaba la esperanza que algún día la actitud de Emma hacia ella, cambiase y se mostrase como la chica dulce y agradable que era durante sus clases clandestinas.

2. No olvido el ayer

Las luces del quirófano resultaron más intensas de lo que Emma había imaginado, se preguntaba si Martina sabría el motivo de porque acabó en el hospital, porque ahora mismo se sentía como aquella adolescente que era una irresponsable. Sara se acercó a ella y después de dedicarle una sincera sonrisa, comenzó a prepararla para la operación, comprobó la vía intravenosa y la tapó al verla tiritar de frío. Luego dio varios pasos y se puso a hablar con un chico vestido también con el pijama del hospital y que estaba colocando un equipo de música sobre una mesa de acero tras un cristal que lo separaba del quirófano.

—Sara, ¿qué crees que querrá escuchar la doctora hoy? — preguntó el chico a la enfermera que continuaba con sus labores.

—No lo sé Oscar, pero se está preparando, no tardará en entrar — Sara miró a Emma a los ojos — ¿sientes dolor?

—No, lo que sea que hayan puesto, está funcionando muy bien — Emma sonrió levemente y la pregunta que rondaba por su mente salió por sus labios sin previo aviso — ¿llevas mucho tiempo trabajando con la Doctora Montenegro?

—Casi una vida... — Sara sonrió y en su mirada había un brillo entrañable — no tienes nada por lo que preocuparte... estás en las mejores manos — le acarició cariñosamente la mejilla — por algo la llaman la Diosa de los huesos... Ahora, relájate y cuando despiertes estarás como nueva.

Emma dudaba de como plantear una segunda pregunta, las dudas sobre la vida de Martina le quemaban la garganta, era una curiosidad irracional e intensa. Cuando estaba a punto de replantear la pregunta para averiguar algo más de la vida de Martina, el objeto de su curiosidad entró de espaldas en el quirófano con las manos en alto, enfundadas en unos guantes de látex blancos.

—Dale caña, Oscar — dijo Martina mientras se colocaba junto a la mesa de operaciones.

—¿Qué te apetece oír, jefa? — preguntó el chico mientras se colocaba junto al equipo de música.

—Creo recordar... — una divertida sonrisa se abrió paso entre sus labios — que, a la señorita Peralta, le gustaba mucho Britney Spears en su adolescencia, así que pon eso — pidió Martina mientras se acercaba a Emma.

—¿Britney Spears? — preguntó el joven enfermero sorprendido.

Normalmente la doctora siempre pedía música de grupos que eran leyendas del rock o canciones pop de historias vivas de la música.

—Es el mal gusto de la señorita... ¿qué le vamos a hacer? — Martina se encogió de hombros y dirigió su mirada a los ojos castaños de Emma — menos mal que lo compensa con unos ojos preciosos — Emma sonrió y se perdió en la profundidad del verde de los ojos de Martina — bueno... quiero que respire despacio y hondo, así la anestesia hará su trabajo — Martina

acariciaba suavemente su brazo — creo que estaremos unas cuatro horas aquí dentro — Emma hizo una mueca de preocupación — te prometo que todo saldrá bien, relájate... nos vemos en unas horas... — Martina apretó cariñosamente la mano de Emma y observó cómo le sonrió sinceramente.

La voz de Martina se iba haciendo cada vez más suave a medida que la anestesia se iba adentrando en su organismo. Lo último que recordaba era la voz de Martina hablándole mientras le sonreía y las caricias en su mano mientras sonaba Britney Spears de fondo.

—Doctora Montenegro, ha venido un inspector de Policía, dice que quiere hablar con usted cuando terminemos — le dijo Sara al tiempo que se colocaba en posición para ir pasándole el instrumental necesario para la operación.

—¿Qué has hecho ahora, Sara? — le preguntó Martina entre risas.

—Menos risas, Doctora, que viene por ella y por el motivo que la ha traído aquí — dijo Sara señalando a Emma.

—Pero... ¿no había sido por un accidente de moto? — preguntó Martina extrañada.

—Moto que conducía ella y lo hacía muy imprudentemente... de paquete llevaba a un delincuente completamente drogado, que además ha declarado ser su novio... así que ya te puedes imaginar por dónde van los tiros — aclaró Sara.

La mente de Martina viajó al pasado, Emma podía ser muchas cosas, pero jamás había sido una chica que jugase con drogas, o que tuviese una adolescencia descontrolada, nunca dio un perfil de delincuente. De hecho, todo lo contrario, era una estudiante ejemplar y además tenía un don para la vida social. Martina imaginó por aquellos tiempos, que Emma acabaría siendo una respetable abogada o una ejecutiva empoderada, siempre mostró tener la capacidad de labrarse un futuro prometedor.

La operación fue sobre ruedas y Martina se alegró al comprobar que los ligamentos no habían resultado tan afectados como había sospechado antes de abrir. Volvió a confirmar el primer diagnóstico que le había dado a Emma, estaba segura que con un poco de rehabilitación y constancia se recuperaría sin problemas. Después de lavarse las manos en la sala de desinfección, Martina caminó hacia la sala de espera para encontrarse con el inspector que había estado esperando pacientemente durante el tiempo que duró la operación.

—¿Doctora Montenegro? — preguntó el hombre cuando Martina cruzó la puerta de la sala de descanso.

—Sí — estrechó su mano educadamente — ¿y usted es?

—Inspector Molero, imagino que habrá tenido un día largo, pero ¿podría hacerle unas preguntas sobre la señorita Peralta? — preguntó mientras sacaba una pequeña agenda y buscaba un boli por todos los bolsillos de su chaqueta.

—Pregunte lo que quiera inspector, no sé en qué pueda ayudarle... — Martina se sentó en una de las sillas con una actitud despreocupada — pero adelante.

—Necesitaría ver los resultados de las analíticas de la señorita Peralta y hacer algunos exámenes más para el rastreo de drogas en su organismo.

—Le puedo asegurar que la paciente no tenía algún tipo de estupefaciente en su organismo cuando entró en mi quirófano.

—¿Estaría dispuesta a declararlo en el informe policial?

—Por supuesto, soy una profesional — Martina se cruzó de brazos — ¿tan grave ha sido el accidente para tener que declarar?

—Doctora Montenegro, la señorita Peralta conducía sin control una moto de gran cilindrada, en esa moto también viajaba su novio, un chico conocido por todo el cuerpo de

policía por varios altercados violentos y hoy ha dado positivo en alcohol y drogas — el inspector cerró la libreta y miró fijamente a Martina — él ha confesado que había consumido cocaína y alcohol... y por lo visto la señorita Peralta se ha llevado la peor parte... pero nosotros necesitamos conocer su grado de implicación en todo este asunto... su manera de conducir esa moto ha sido más que temeraria... casi comete un homicidio imprudente... y la podríamos acusar por ello.

Martina se quedó sorprendida al escuchar una versión bizarra de la chica estudiante y responsable que recordaba del instituto. En aquellos años, todos pensaban que Emma podría llegar a ser lo que quisiese en la vida, pero nunca una gamberra a ese nivel. Salió de aquella sala absorta en sus pensamientos, ¿la chica más popular del instituto, una principiante de delincuente? Martina caminaba por los pasillos del hospital sin rumbo fijo, de pronto, un cuerpo chocó contra el suyo haciéndola volver a la realidad de forma brutal.

—Pareces de acero — se quejó Jaime frotándose el brazo de forma dramática.

—¿Eres tonto? — musitó Martina todavía algo distraída.

—¿Qué te tiene tan distraída para no ver venir a semejante cuerpo esculpido por los mismísimos dioses griegos acercarse a ti? — dijo señalando su silueta y besándose los brazos.

—Definitivamente, eres tonto — Martina abrazó a su amigo e inhaló el agradable olor que desprendía siempre Jaime — tengo algo que contarte...

—Vamos, te invito a un café — dejó un beso sobre su sien y caminaron cogidos por el pasillo que conducía hacia la cafetería.

—Creo que vamos a necesitar algo más que un simple café...

—¡¡Margaritas de madrugada!! — gritó Jaime de forma cómica, consiguiendo que Martina rompiera en carcajadas.

—Un momento... ¿madrugada? — Martina miró su reloj y pudo comprobar con sorpresa que pasaban de las dos de la mañana — mierda... había quedado para cenar... ¡joder!

—¿Tenías una cita y no has ido?

—Estaba operando... y luego he tenido una curiosa conversación con un inspector de Policía...

Se sentaron en una de las mesas de la cafetería, Martina comenzó a relatarte todo lo que el Inspector le había contado sobre el accidente de Emma. Jaime se sorprendió al descubrir que la joven promesa del instituto, la capitana del equipo de voleibol que presumía de un futuro prometedor, había acabado haciendo de su vida una secuela de Fast and Furious.

—¿Y a ti que te pasa? — preguntó Jaime al ver la mirada perdida de su amiga.

—Nada — Martina desvió la mirada, sabiendo que no podría mirar a su amigo a los ojos sin ser delatada.

—Vamos Martina, te conozco — Jaime buscó su mirada — tienes esa mirada de salvavidas... crees que Emma necesita ayuda y tú quieres dársela, ¿verdad?

—No... sí... no lo sé, Jaime — Martina miró por fin a su amigo y esta vez le aguantó la mirada — sabes que Emma...

—Fue tu primer amor... — Jaime la interrumpió sin dejarle continuar — de los mil amores que tendrás en tu vida, solo hay uno bueno... el que te marca... el que se queda clavado tan fuerte dentro de nosotros, que no hay manera de sacarlo... — dijo medio sonriendo al ver la cara de su amiga.

—Hace casi veinte años... y hoy la he tenido en mi mesa de operaciones porque parece ser que es una chica que le gusta vivir al límite, vive al borde del riesgo... ¿Qué ha hecho con su vida?

—Pues desperdiciarla... — Jaime bebió de su café — era una chica con mucho futuro.

—Me voy — Martina se levantó y se acercó a Jaime — gracias, amigo mío... — le dejó un beso sobre su cabeza — te quiero.

—Me debes una cena — Jaime sonrió al ver como su amiga se alejaba haciéndole una peineta con su mano derecha negando tal deuda.

Martina caminaba por los pasillos del hospital completamente concentrada en toda la conversación que había mantenido con el Inspector, el silencio delataba sus pensamientos intentando descifrar que había pasado durante todos estos años en la vida de Emma. Por un instinto grabado a fuego en su subconsciente, llegó a la UCI, todos aquellos pensamientos que bombardeaban su mente, la empujaban a querer volver a ver a Emma, así que, inconscientemente declinó su primera intención que era la de ir hacia su consulta para desviarse en el último momento. Respiró profundo varias veces cuando se descubrió a pocos pasos de encontrarse otra vez, con la chica con la que había soñado media vida. ¿Por qué había reaparecido ahora? Martina tenía una vida que le gustaba, disfrutaba de su trabajo, le fascinaba ayudar a los jóvenes estudiantes de medicina que pretendían convertirse en unos auténticos profesionales y, además, amaba sentir que su vida era saludable y estable. Aunque debía reconocer que no había sido capaz, desde hace algunos años, mantener una relación seria con nadie, desde que rompió con su ex, ocho años atrás, se había centrado en su vida profesional, incapaz de comprometerse con nada más. En el momento que Emma entró en urgencias, la tarde anterior y cruzaron sus miradas, todos aquellos momentos donde le hizo sentir un bicho raro por ser la presidenta del club de ajedrez y muchos de sus comentarios despectivos hacia ella, por las dudas que generaba su orientación sexual, volvieron a su mente manteniéndolos vivos de nuevo.

FLASHBACK

—Hola Emma — dijo alegremente Martina cuando pasó frente al jardín de su vecina, pero la reacción de Emma no fue la que ella esperaba.

—¿Me estás hablando a mí? — dijo Emma con mucho desdén.

—¿Pero esta marginada por qué te habla? — preguntó una amiga de Emma que apareció de repente junto a ella.

—Déjala... — musitó Emma mientras daba media vuelta — tendrá la esperanza de tener amigas de verdad algún día...

Emma y su amiga se metieron en su casa, dejando a Martina completamente desanimada, mientras ellas continuaban con sus burlas.

Dio los pasos necesarios para adentrarse en la UCI y fue directa al mostrador para recoger el historial, le preguntó a la enfermera sobre el postoperatorio de la paciente y su mirada se movió inconscientemente hacia la cama donde se recuperaba Emma, que en ese preciso momento comenzaba a removerse sobre las sábanas, señal de que su cuerpo estaba eliminando la anestesia.

—¿Martina? — susurró Emma cuando la vio acercarse a su cama.

—Tranquila Emma, estas en recuperación... — Martina usó un tono leve y dulce de voz y se sentó junto a la cama — la operación ha salido muy bien... mañana por la mañana te trasladaremos a una habitación en la planta de traumatología... — evitaba cualquier contacto

visual, así que no apartaba sus ojos del historial que mantenía entre sus manos — mañana pasaré por la mañana a verte y te explicaré en qué consistirá la recuperación... deberás ir a rehabilitación...

—¿Por qué haces esto? — preguntó Emma extrañada, interrumpiendo a Martina en su discurso profesional médico-paciente.

—Porque soy tu médico — Martina continuaba sin levantar la vista del historial, temía flaquear al volver a verse reflejada en el marrón casi dorado de su mirada.

—Martina... — Emma llamó su atención y consiguió que, por fin, Martina levantase la mirada de aquel historial — las dos sabemos que no me merezco tanta amabilidad por tu parte...

—Emma, han pasado casi veinte años... ya no somos esas niñas...

—¿Y por qué me siento como si fuese otra vez esa niña ahora mismo? — una lágrima se escapó y Martina se acercó lentamente, movió su mano despacio y limpió la lágrima que descendía por su mejilla.

—Bueno, no eres la única... — Martina sonrió tiernamente — ¿eso te tranquiliza?

—No mucho... — Emma desvió su mirada sin ser capaz de aguantar un segundo más la intensidad que desprendían los ojos de Martina — ¿cómo está mi pierna? ¿cómo ha ido la operación?

—La operación ha sido todo un éxito... — Martina se colocó junto a ella para asegurarse de que era capaz de entender bien su explicación — necesitarás unos meses de rehabilitación, deberás ser constante... — la volvió a mirar fijamente — aunque los ligamentos no estaban dañados, a tu cuerpo le va a costar acostumbrarse a la placa que hemos tenido que poner para poder fijar el hueso... deberás ser una niña buena y hacer caso a todas las indicaciones...

Emma no supo cómo detener la sonrisa que se abría paso entre sus labios en respuesta a la sonrisa que lucía Martina.

3.La capitana de voleibol

El agua caliente recorriendo su piel, conseguía producir el calor necesario para despertar cada uno de sus músculos. Había sido una noche larga, durmió a intervalos cortos de tiempo, pasando la mayor parte de la noche despierta. No era capaz de racionalizar porque la aparición repentina de Emma, estaba perturbando su estabilidad emocional. Cuando el sol comenzó a colarse entre las rendijas de la persiana, un plan de escape invadía su mente por completo, sería profesional con Emma, la trataría con un poco de distancia y cuando su recuperación hubiese acabado, Emma volvería a su vida, saliendo así de la suya para siempre. Parecía un plan sencillo, sin fisuras, sino fuese por la decepción que ardía en su pecho solo con pensarlo, pero que era incapaz de reconocer. Metió el ordenador en su mochila y en el ascensor comenzó a tararear la última canción que había sonado mientras se vestía, era una clara táctica para convencerse de que era capaz de superar el día. Salió a la calle y el destello intenso del sol la dejó ciega durante unos segundos, cuando recuperó su visión, pudo ver a su mejor amigo Jaime plantado en medio de la acera sujetando una bolsa de papel y un café entre sus manos.

—Imagino que no habrás dormido nada — dijo levantando el café recién hecho.

Martina la miró fijamente y sonrió ampliamente.

—¿Hay algo de comida en esa bolsa? — preguntó frunciendo el ceño.

—La hay — respondió Jaime con un tono firme.

—Eres mi hombre perfecto, lo sabes, ¿verdad? — Martina le dejó un fuerte beso en la mejilla.

—Querida, si tú no fueras tan lesbiana y yo no fuera tan donjuán, tendríamos unos niños muy guapos... y muy listos — el humor de Jaime siempre conseguía sacarle una sonrisa a Martina.

—Quizá en otra vida, *sontodasmias* — Martina disfrutaba del calor de su café doble recién hecho entre sus manos — esto revive a un muerto — musitó cuando le dio su primer sorbo.

—Tu cabeza no ha estado trabajando toda la noche, ¿verdad? — preguntó Jaime sonriendo porque sabía con mucha certeza la respuesta a su pregunta.

—Siguiente pregunta... — Martina miró a Jaime, pero su sincera y preocupada mirada, la desarmó — me conoces muy bien — le confesó devolviéndole una sonrisa sincera.

—Ay amiga... — Jaime pasó su brazo rodeando la cintura de Martina y caminaron así — son muchos años...

Continuaron entre risas y bromas, Martina vivía en un barrio bastante céntrico muy cerca del hospital y de la facultad de medicina, solo tenían que recorrer unas cuantas calles para llegar a su destino. La ubicación de su casa, facilitaba mucho la organización de sus trabajos para que su vida no fuese un auténtico caos. Al llegar al hospital, iban saludando con una sonrisa a todos los compañeros con los que se cruzaban, la complicidad que existía entre ellos, daba pie a ser la comidilla de todo el hospital, pero ellos ignoraban plácidamente los rumores, solo servían para su

propia diversión. Jaime iba confesándole a Martina, mientras caminaban por los pasillos con destino a su consulta, sobre su nueva conquista que, a diferencia de otras veces, estaba avanzando lentamente. Martina rompió a reír al descubrir la auténtica frustración de su amigo.

—Escúchame, querido... — Martina pasó su mano acariciando toda la espalda de Jaime — yo solo quiero que te mantengas alejado de mis enfermeras... — Martina caminó hacia la planta de traumatología mientras Jaime la seguía de cerca — las revolucionas y luego no rinden en sus turnos...

Jaime sonreía con picardía detrás de Martina, sus reclamaciones por ser todo un conquistador, le estaba divirtiendo. Llegaron al mostrador de control, riendo a carcajadas, convirtiéndose, como siempre, en el centro de atención cuando estaban juntos. Bajo la atenta mirada de las enfermeras que les rodeaban, se despidieron con un beso en los labios, fomentando así, todavía más, los rumores sobre ellos entre sus compañeros. Jaime deshizo sus pasos y a mitad del pasillo, desapareció por las escaleras camino a su planta de pediatría, mientras que las enfermeras, que ya ni disimulaban sus miradas hacia el pediatra, lo observaban fijamente. Martina continuó centrada en su trabajo y revisó cada uno de los historiales que había sobre su mesa, hasta que apareció entre sus manos el historial de Emma Peralta, su corazón se saltó algún latido. Emma estaba en la habitación doscientos doce, la habían trasladado desde la UCI a primera hora de la mañana. Caminó por el pasillo intentando recuperar su respiración normal, se plantó frente a la puerta y su templanza vaciló, dudó al sentirse insegura pensando cuál sería el paso correcto que debería dar. Martina siempre fue una mujer decidida, valiente y con el tiempo se había formado un carácter que dominaba a la perfección y nada de eso iba a cambiar ahora. Entró decidida echando un último vistazo al número junto a la puerta, el doscientos doce, sería un número que se grabaría en su subconsciente.

—Buenos días... — preguntó Martina con un tono neutral, se encontró a Emma con la mirada perdida en la ventana de la habitación y no tuvo la respuesta que esperaba — ¿cómo te encuentras?

—Bien — Emma continuaba sin apartar la mirada de la ventana, casi ignorando su presencia.

—Emma, necesito que me digas como te encuentras de verdad... — Martina se sentó en el borde la cama y acarició con suavidad su mano — la operación fue un éxito, pero solo tu recuperación confirmará que todo salió bien.

—Te he dicho que estoy bien — sentenció Emma entre dientes.

—Emma... — Martina ladeó la cabeza, dulcificó su mirada y su tono de voz — ayer, mientras estabas en quirófano, vino un inspector de policía preguntando por ti y por las circunstancias del accidente... — al oír esas palabras, Emma desvió la cabeza hacia el lado contrario, escondiendo la vergüenza que sentía en ese momento — quería rastrear drogas en tu organismo...

—¡¡Yo no me drogo!! — Emma se giró enérgicamente y miró a Martina a los ojos con un destello que rozaba la ira.

—No estoy diciendo eso... — Martina se puso de pie — simplemente te informaba del procedimiento que la policía quería seguir...

—¡¡Hacerme las pruebas que queráis!!... no vais a encontrar nada — Emma volvió a mirar hacia el otro lado, visiblemente enfadada por las acusaciones de Martina.

—No será necesario... — Martina dejó el historial a los pies de la cama — he declarado que has entrado limpia en mi quirófano... — dejó salir todo el aire que contenía sus pulmones y resignada, se dio media vuelta para salir de allí — hoy a última hora de la tarde te llevarán para hacerte una radiografía, en ella veremos si el hueso y la placa están alineados... yo me voy a ir

ya, pero mañana pasaré para informarte de los resultados...

—No hace falta que te molestes — Emma pronunciaba cada palabra con un notable desdén.

—No es molestia, es mi trabajo — respondió con el mismo tono que había empleado Emma.

Esos cinco minutos con Emma, estaban siendo suficientes para darse cuenta de que la adolescente engreída y soberbia, continuaba en su interior.

—¿Por qué no me dices lo que no me estás contando? — insistió Martina.

—Porque las dobles negaciones me confunden — dijo Emma con el ceño fruncido — quiero otro médico — por fin Emma giró su cara y la miró fijamente.

La respiración de Martina desapareció súbitamente al ver los ojos rojos lucía Emma, una clara señal de que había estado llorando, y ahora, se le volvían a humedecer. El temor de que el dolor la hubiese torturado toda la noche se instaló en su pecho y quizá por eso estaba siendo tan fría con ella.

—Pero... — intentó racionalizar Martina con ella sin ningún éxito.

—Antes de operarme me ofreciste otro médico — Emma volvió a desviar su atención a la ventana — pues ahora sí que lo quiero.

—Bien... — Martina se cruzó de brazos enérgicamente y cogió con fuerza el historial que estaba sobre los pies de la cama y salió de la habitación resoplando — como quieras... no tengo tiempo de volver al instituto.

Salió de allí prometiéndose que no volvería a entrar en la habitación doscientos doce.

—Sara, por favor, asígnale otro médico a la doscientos doce — pidió Martina con un tono serio cuando llegó al mostrador de control.

—¿Quién es el desequilibrado que no quiere que lo trate la Diosa de los huesos? — preguntó la enfermera mientras continuaba escribiendo en la pizarra.

—Pues eso... una desequilibrada — respondió contundente Martina.

—¿Se lo paso a Rovira?

—A quien quieras, me da igual — dejó el historial de Emma sobre el mostrador y de reojo, vio cómo se iluminaba la luz roja de la habitación doscientos doce, Emma estaba llamando a enfermería.

Se alejó de allí dejando aquella luz brillante, con un paso más rápido de lo que acostumbraba a caminar por aquellos pasillos, Martina se alejó de todo aquel huracán. La idea de que Emma se hubiese arrepentido de la decisión y quisiese volver a pedirle que fuese su médico, la saturaba y era demasiada intensidad para la primera hora de la mañana.

—¿Qué necesita? — preguntó Sara cuando entró en la habitación de Emma.

—¿Me han asignado otro médico? — preguntó con los ojos llorosos.

—Sí, pero tardará un poco en visitarla, porque está en quirófano... seguramente pasará a última hora de la mañana.

—Es que me duele... — la voz de Emma sonaba casi desesperada y agónica — me duele mucho... es casi insoportable...

—Mientras llega su nuevo médico, le consultaré a la Doctora Montenegro que está haciendo su ronda por la planta — la enfermera revisó la vía y aumentó el ritmo del gotero — y le administraré el calmante que ordene, estoy segura de que el dolor desaparecerá enseguida... puede confiar en la Doctora Montenegro, con ella está en las mejores manos.

—¿Tan buena es?

—No querida, no es buena — Sara se puso a los pies de la cama y la miró fijamente — es la mejor, no por nada la llaman la Diosa de los huesos.

Cuando la enfermera abandonó la habitación, Emma volvió a sumergirse en una cascada

incontrolable de lágrimas. Jamás imaginó que toda esa situación se convirtiese en una pesadilla de este grado.

—¡Doctora Montenegro! — Sara consiguió llamar su atención sin darle tiempo a entrar en su consulta — la paciente de la habitación doscientos doce, dice que no puede esperar al Doctor Rovira, que el dolor está siendo insoportable, ¿le administro algún analgésico fuerte?

Martina la miró de forma que parecía que estuviese analizando cada una de las palabras que había pronunciado, pero no dijo nada, estuvo en silencio durante unos segundos, le cogió el historial de las manos y cerró la puerta de su consulta, resignada a que no iba a entrar en ese momento.

—No se la pases al Doctor Rovira, diga lo que diga la paciente — dijo con voz grave y seria — yo la he operado, yo me encargaré de ella — Sara asintió y Martina inició su camino de vuelta hacia la habitación doscientos doce — ¡joder! Con la capitana de voleibol... — musitó antes de llegar a la puerta.

—Señorita Peralta, me ha dicho la enfermera que el dolor la está torturando — Martina permanecía de pie junto a la cama, pero Emma continuaba con la mirada perdida hacia la ventana.

—¿Ahora soy señorita Peralta? — Emma giró la cabeza y con los ojos rojos de haber llorado, la miró fijamente — ¿Ya no soy Emma?

Martina la observó detenidamente, continuaba sin entender la mala actitud que se gastaba, pero los ojos rojos e hinchados por haber llorado, conseguían derribar el muro de su interior, aunque estaba siendo, ladrillo a ladrillo.

—Doctora Montenegro — Sara entró en la habitación sujetando una bolsa de suero más pequeña con algo escrito a rotulador — traigo el analgésico que me ordenó.

—Gracias, Sara — Martina comprobó que era exactamente lo que le había ordenado y se lo arrebató de las manos — yo me encargo de esto, puedes seguir con lo que estabas haciendo...

—Muy bien Doctora — Sara sonrió, conocía a la perfección a Martina, sabía que lucharía por ganar esta batalla con su paciente para darle la mejor recuperación.

—Y que no entre nadie en la habitación hasta que yo salga — Sara asintió y se salió de la habitación cerrando la puerta tras ella.

Martina caminó hacia el otro lado de la cama para poder administrar la medicación por la vía que Emma tenía puesta en su brazo, mientras ella vigilaba cada uno de sus movimientos en completo silencio. Martina le sujetó suavemente la mano para poder manipular con cuidado la vía y conectar el suero con la medicación para el dolor que había ordenado.

—Esto te hará efecto enseguida — Martina la miró a los ojos y pudo distinguir todo un mundo de tristeza en ellos — si en dos horas continuas con el mismo dolor, te pondré algo más fuerte — Emma se removió sobre la cama intentando huir de su mirada, la estaba desarmando por completo — no, no Emma, quieta — Martina puso su mano sobre el muslo de Emma — si te sigues moviendo así, todo mi esfuerzo en la operación, no habrá servido de nada...

—Eso es todo lo que te importa, ¿verdad? — espetó Emma con algo de enfado.

—Mira... — Martina la miró fijamente y endureció su gesto — yo no sé qué coño te pasa conmigo, pero después de casi veinte años, no voy a volver a todo aquello... No tengo tiempo para todas estas mierdas — Martina recogió la carpeta con su historial que había dejado a los pies de la cama y se volvió a girar hacia ella — si vuelves a tener dolor, llama a una enfermera, dejaré pautado tu tratamiento, así que no será necesario compartir el mismo espacio, tranquila... — Martina caminó hacia la puerta apretando la mandíbula por la rabia que sentía en su interior.

—¡¡Espera!! — dijo Emma con un tono de voz elevado. Martina se quedó a pocos centímetros

de la puerta, pero ni tan siquiera se dio la vuelta, esperó paciente al siguiente paso por parte de Emma — por favor... perdóname... — Martina retrocedió sus pasos al escuchar esas palabras y se volvió a colocar a los pies de la cama. Emma la miró a los ojos y sus lágrimas, a traición, comenzaron a caer en cascada, así que bajó la mirada — te pido disculpas... soy una imbécil... llevo veinte años sintiéndome como una mierda por lo mal que me portaba con los demás... — levantó la vista de nuevo y sus ojos avellana, conectaron con los ojos verdes de Martina — especialmente contigo... — Martina avanzó un par de pasos y se sentó sobre el borde la cama — estuve durante todo el instituto extendiendo rumores falsos sobre ti... dejé que todo el mundo pensase de ti, que estabas sola, que eras un bicho raro...

—Bueno, eso tampoco era tan falso... y hoy... sigo siendo un bicho raro — una sonrisa se pintó en los labios de Martina y se encogió de hombros.

—¿Cuánto tiempo tengo que estar aquí? — preguntó Emma sin ser capaz de mirar a los ojos a Martina.

—Tendrás que esperar a que el hueso empiece a cicatrizar un poco y luego hablaremos de darte el alta.

—¿Por qué eres tan amable conmigo? — preguntó Emma, alzando la mirada de nuevo.

—Porque me importas Emma... no te voy a mentir, pasé algún tiempo en el infierno por tu culpa, pero no te guardo ningún tipo de rencor...

Martina vio que Emma retorció la sábana entre sus dedos y advirtió un aire de derrota ahora que estaban solas. Tuvo que hacer uso de toda su fuerza de voluntad para no tumbarse sobre la cama y estrecharla entre sus brazos. Resultaba curioso sentir como los sentimientos que llevaba tanto tiempo intentando enterrar, podían volver a la superficie con solo una mirada.

—Te mereces a alguien que te haga feliz... — dijo Emma con los ojos llenos de lágrimas — alguien que haga que todo tu trabajo cuente para algo.

—Mi trabajo ya cuenta para algo... — Martina sonrió de medio lado — no necesito a una mujercita que me dé palmaditas en la espalda al final del día para saberlo. Ya no soy esa persona que conociste hace un millón de años...

—¿Hay alguien en tu vida ahora? — preguntó Emma, descolocando un poco a Martina al mostrar interés.

—Soy capaz de recomponer a una persona sean cuales sean los daños sufridos, pero las relaciones se me dan fatal. Ha habido algunas personas con las que lo he intentado, pero siempre fallaba algo... — Martina se metió las manos en los bolsillos y trató de disimular la sorpresa que sintió ante la inesperada pregunta.

—Pero... — Emma lo miró extrañada, como si su confirmación fuese una enajenación — hoy te he visto besarte con un chico en el pasillo...

—Me has visto besarme con mi mejor amigo, aunque nunca sabes dónde puedes encontrar al amor de tu vida — Martina apretó cariñosamente el muslo de Emma — así que no te sientas culpable por decir que soy un bicho raro, porque lo soy... y estoy orgullosa de serlo — sonrió ampliamente.

—¿Sabes? Durante todo el instituto, me dediqué a competir contigo en silencio... no soportaba que fueses mejor que yo... — Emma desvió su mirada a sus manos, sus ojos estaban cargados de vergüenza — y sigo sin soportarlo...

Ante ese comentario que, en el fondo, la sorprendió, Martina rompió a reír bajo la mirada de Emma que la observaba extrañada por su reacción.

—¿Crees que soy mejor que tú? — la risa de Martina cesó al ver el ceño fruncido de Emma — yo no creo que sea mejor que tú... tampoco siento que seas menos que yo... — Martina cogió la

mano de Emma y la sujetó entre las suyas — simplemente hemos cogido caminos diferentes en la vida...

—Pero eres una profesional reconocida...

—Sí, y ceno sola cada noche — respondió con su sonrisa más encantadora — Emma, no es oro todo lo que reluce... imagino que cada uno tiene la vida que se ha construido... no creo que sean mejores o peores, la verdad.

—Yo trabajo de cajera en un supermercado por el salario mínimo... — Emma hizo una mueca de disgusto — trabajo que, además, perderé porque voy a estar mucho tiempo de baja.

—No hay mal que, por bien, no venga — Martina sonrió — cuando te recuperes, podrás buscar un trabajo mejor pagado.

—¿Cirujana como tú? — dijo irónicamente.

—¿Por qué no? — Martina se encogió de hombros — deberás dedicarle algo de tiempo a los estudios... pero eres completamente capaz.

—¿Medicina? — Emma puso cara de asco — quizá diseño... me gusta dibujar.

—Pues diseño... seguro que consigues ser de las mejores...

—Creo que llego tarde para eso... — una sonrisa triste se abrió paso entre los labios de Emma.

—Sé que estás cansada... pero, ¿quieres contarme lo que ha pasado? — preguntó Martina con un tono amable.

—Martina, no quiero hablar de eso contigo... No es asunto tuyo, es mi problema — Emma apartó su mano bruscamente de entre las manos de Martina — y siento mucho que te hayas visto arrastrada a esta situación de... — Emma miró su pierna — mala suerte, tú tienes tu vida perfecta, no necesitas complicártela con mis problemas... — dijo con un tono más brusco del que pretendía usar.

—Emma, no pienso que seas una complicación... — respondió Martina con una dulce sonrisa — solo te lo pregunto porque cuando salgo de un quirófano, no es habitual que un inspector de policía me esté esperando para contarme cosas de mi paciente que resultan realmente alarmantes... — musitó con un suspiro.

Emma la miró fijamente a los ojos, reconociendo la misma mirada de cuando eran adolescentes, pero esta vez había un brillo especial que le aseguraba que podía confiar en ella. Ya no eran esas adolescentes que pensaban que se iban a comer el mundo, ni ella, ni Martina.

—Ese día comenzó a atardecer de una forma... los colores... — Emma desvió la vista hacia la ventana, perdiendo su mirada en el cielo — era digno de un cuadro de Monet, los colores eran brillantes... únicos... Carlos acababa de llegar de trabajar, me costó un mundo convencerlo para que me llevase a la playa para hacer fotos... tenía el tiempo justo para hacerlas y luego irme a trabajar. Carlos y yo discutimos porque mientras yo hacía fotos en la playa, él se hizo un par de cervezas y... — Emma miró al suelo avergonzada — y se hizo alguna raya también... Me dijo que se iba a casa, que si quería irme ya, me subiese con él a la moto, si no que cogiese el autobús... me subí en esa moto sabiendo que no estaba en las mejores condiciones y, además, estaba muy enfadado... — volvió a buscar la mirada de Martina, que durante todo el relato no apartó su atención de ella — ese día corrió como nunca lo había hecho antes, era temerario, imprudente... en una curva casi nos damos de frente con un coche... le grité que parase, yo quería bajarme y él simplemente aceleró... se le fue la moto al intentar frenar en un paso de peatones por donde cruzaba una abuela con su nieto cogido de la mano... — Martina abrió los ojos, horrorizada por el relato — y lo siguiente que recuerdo... es que ya estaba en la camilla de la ambulancia y luego aquí y... tú... — las lágrimas de Emma comenzaron a caer sin permiso.

—Pero... le ha dicho a la policía que conducías tú — dijo Martina, confundida.

—Típico de él... sabe que yo no bebo y mucho menos me drogo... así que solo será una multa y una advertencia para que no vuelva a suceder... él podría ir a prisión por conducir drogado y bebido, ya tiene antecedentes.

A Martina le consternaba la tranquilidad con la que Emma asumía toda la culpabilidad. Durante toda su vida, Martina se había educado bajo unos valores firmes, donde cada uno se hacía responsable de sus actos, y si no podías asumir las consecuencias, pues no debías hacerlo, pero la convicción de Emma por su novio, le ponía la piel de punta. Salió de la habitación a paso ligero, antes de perder el control de sus emociones. Pasó ante el mostrador de enfermería sin decir palabra, luchando desesperadamente por volver a levantar el muro cuidadosamente construido alrededor de su corazón que se había llenado de grietas al volver a ver a Emma. ¿Que si hay alguien especial en mi vida? No me hagas reír, Emma.

4. Este es Carlos

Golpeaba con el bolígrafo repetidamente sobre el montón de carpetas de historiales que apoyaba sobre el mostrador de control. Tres metros y quince centímetros, esa era la distancia exacta que tenía que recorrer para entrar en la habitación doscientos doce y, sin embargo, sentía que era la distancia más larga a la que se había enfrentado en toda su vida.

—Pareces un panda... — Jaime se acercó sigilosamente por detrás, susurrándole a Martina en el oído, provocando un respingo al sentirlo tan cerca — ¿noche llena de insomnio?

—¿Tan evidente es? — la sonrisa de medio lado de su amigo, confirmaba su mal aspecto — ¿has venido a insultarme o a revolucionar a todas mis enfermeras? — preguntó Martina con picardía.

—Pues venía a invitarte a un café... — Jaime se colocó a su lado, imitando su posición y mirando hacia la misma puerta — pero visto el genio de perros que te gastas... me paso al plan de revolucionar a tus enfermeras, me apetece más que tomarme un café contigo con esa cara de lechuga que te gastas... — la sonrisa engreída que lucía Jaime contagió a Martina que terminó por sonreír también.

—Necesitaré algo más fuerte que un café, después de hacer la última visita de la ronda...

—Doctora Montenegro, el equipo que pidió ya está instalado en la habitación, ¿necesitará algo más con su paciente? — preguntó Silvia, la enferma de turno, con un tono lleno de matices muy sugerentes, en un intento desesperado para conseguir toda la atención de Martina.

—Gracias, Silvia, cuánto tiempo sin vernos... ¿Qué tal estás? — preguntó Martina retrocediendo un paso para intentar poner distancia entre ellas.

—Esperando a que me llames, pero desgraciadamente, te has olvidado de mí — Jaime observaba divertido la escena, viendo como su amiga intentaba deshacerse educadamente de la descarada de la enfermera — apuesto a que ni te has molestado en guardar mi número... — Silvia dio un paso al frente acortando la distancia que Martina se empeñaba en poner entre ellas.

—No es el momento ni el lugar para hablar de esto... — Martina miró de reojo a su amigo, que a duras penas conseguía disimular la risa — estamos en el trabajo y vamos a concentrarnos en ello, ¿de acuerdo? — dijo Martina, fulminando a la enfermera con la mirada mientras daba un paso más hacia atrás.

La enfermera bufó y le devolvió una mirada dura, mostrando su enfado ante tanta negativa por parte de Martina, se fue de allí visiblemente molesta por su actitud.

—Veamos, ese empeño que tienes tú con esa habitación... — Jaime, cambio de tema en cuanto la enfermera desapareció por el pasillo — ¿a quién podríamos tener tras la puerta número doscientos doce? — miró a Martina sin dejar de sonreír — apuesto a que es una joven guapa, con ojos casi dorados, que después de veinte años, sigue golpeando en tu maltrecho corazón...

—Bien, idiota... — Martina correspondía a su sonrisa con una similar — te has ganado el apartamento en Torre vieja... — se giró y se apoyó con ambos brazos sobre el mostrador de

control — no puedo evitar volver a sentirme como aquella adolescente cuando estoy cerca de ella... ¡¡Joder!!

—¿Doctora Montenegro, blasfemando en su turno? — Jaime se acercó a ella y le rodeo por la cintura fuertemente con su brazo y estrechándola contra su pecho — es peor de lo que pensaba...

—¿Qué voy a hacer, Jaime? — confesó sinceramente, sabiendo que el abrazo de su amigo era el único lugar donde siempre se sentía a salvo.

—Derivarla con alguno de tus colegas — le dejó un beso en la mejilla y la miró fijamente a los ojos — has vivido más de veinte años sin ella, puedes seguir con tu vida sin ella... Martina, pásasela a otro médico y toda esta pesadilla habrá acabado.

—No es tan fácil...

Martina sabía la verdad, su mente se había encargado en recordarle a Emma durante todos estos años. No era un pensamiento diario y, al pasar los años, se había hecho menos presente, pero nunca cayó en el olvido. La vida siempre encontraba el modo de recordarle al que fue su primer amor, recordarle a la primera persona de la que se había enamorado. Una simple taza en un escaparate, con el nombre de Emma grabado, una sudadera de los años ochenta que había vuelto a la moda, o simplemente una canción y, por supuesto, su mente jamás borró el recuerdo de su sonrisa. Sabía ciertamente que, si era capaz de conocer la vida de Emma después del instituto, volvería a renacer aquel sentimiento que durante tantos años maltrató su corazón. Su conciencia la alertó, pero fue inútil, era un descenso en caída libre. Besó en la mejilla a Jaime que continuaba junto a ella mirándola con su sonrisa encantadora y sujetó la carpeta con el historial de Emma contra su pecho y exhaló todo el aire que pudo hasta llenar por completo sus pulmones. Caminó decidida bajo la atenta mirada de Jaime, que no tardó en desviarla, en el momento que la otra enfermera de turno entró en el mostrador de control, enseguida entabló conversación con la chica y se olvidó de su amiga. Martina llegó a su objetivo sin casi respirar, se había olvidado de vaciar sus pulmones y con la mano un poco temblorosa, giró el picaporte de la puerta y la empujó suavemente. Su mirada se desvió rápidamente hacia el chico sentado en el sillón junto a la cama, estaba con la mano elevada y espetando una serie de improperios por algo que estaba relacionado con la televisión. Su mirada volvió a hacer el recorrido por la habitación hasta encontrar a Emma perdida con su mirada en la profundidad de la ventana, estaba completamente ausente a toda la escena. De pronto, Emma se removió con gestos de dolor y giró la cabeza hasta encontrarse con Martina plantada en la puerta y, entonces, fue consciente, en ese preciso momento, de la falta de aire en sus pulmones y de que era incapaz de restablecer el ritmo normal de su respiración cada vez que Martina estaba tan cerca.

—Doctora Montenegro, este es Carlos... — Emma señalaba al chico sentado junto a su cama — Carlos... ella es la doctora que me ha operado.

—¡Oye doc! Qué apaño tan de puta madre... — Carlos usaba un tono que, como mínimo, resultaba insolente y maleducado, ni tan siquiera se levantó de su asiento para saludar correctamente — cuando vi todo ese hueso salirse por su pierna... casi me desmayo — el insolente no tuvo ni el detalle de soltar el mando, continuaba atento a lo que sucedía en la televisión y su risa era un estruendo que lejos quedaba de ser un sonido agradable.

—Emma, ¿cómo has pasado la noche? — Martina ignoró por completo al orangután de Carlos y desvió toda su atención a lo que realmente le importaba, la chica tumbada sobre la cama. Su paciente.

—¡De puta madre! — Carlos golpeó en la cama con la palma de la mano — mi chica es una leona. ¡Claro que sí!

Martina frunció el ceño y lo miró con mucho desdén, para luego volver a mirar a Emma, que

todavía no se había pronunciado sobre su estado. Descubrió un leve sonrojo en sus mejillas y la mirada perdida en el techo, era una clara señal de lo incómoda que se encontraba. Martina supo lo que tenía hacer para salvar a Emma de una situación molesta.

—Disculpe... — Martina llamó la atención de Carlos, que continuaba en la misma posición, sentado en el sillón junto a la cama y con la misma actitud de prepotente — ¿podría salir de la habitación hasta que acabe la consulta con la paciente? — aunque fue educada, su tono destilaba pinceladas de superioridad que lograron su objetivo, irritar a Carlos.

—¿De qué tienes tú que hablar con mi chica que yo no pueda saber? — Carlos se levantó y su actitud era notablemente amenazadora — además, no hay nada debajo de esa sábana que no haya visto antes.

—Eso lo tengo claro, pero por favor, salga — Martina gesticulaba suavemente con su mano señalando la puerta — ¿o tendré que llamar a seguridad?

—No hará falta — la voz de Emma apaciguó cualquier clase de rivalidad que comenzaba a nacer entre ellos — Carlos, cariño, sal y cuando termine la doctora, entras otra vez — Emma le cogió la mano y Carlos la apartó groseramente y murmurando varios improprios casi inaudibles, con una actitud chulesca, salió de la habitación dando un portazo.

Martina tensó la mandíbula, pocas cosas existían que no era capaz de soportar, pero el maltrato y el desprecio así a una mujer, era una de ellas. Lo siguió con la mirada hasta que desapareció por la puerta cerrándola tras él y cuando el ruido de la puerta cerrada invadió la habitación, volvió su mirada hacia Emma otra vez. Descubrió en ella un sonrojo en sus mejillas, era incapaz de aguantarle la mirada, así que Emma se había centrado en el nudo que hacía entre sus dedos con la tela de la sábana que la cubría.

—Emma... tranquila, no voy a juzgarte... — susurró con un tono conciliador, pero en contra de todo pronóstico, aquel comentario provocó un estallido de ira en Emma, completamente imprevisible.

—¿¿Pero tú quién coño te crees que eres?!! — el brillo de su mirada destellaba ira y el sonrojo de sus mejillas se elevó a un tono carmín enfurecido — ¿Crees que porque eres una prestigiosa médica tienes el derecho de juzgar la vida de los demás? Yo por lo menos tengo a un hombre a mi lado, no me acuesto con cualquiera... a mí, me follan como es debido.

Martina estaba inmóvil en el mismo sitio, todas aquellas palabras que Emma vomitó con desprecio contra ella, la pillaron tan desprevenida, que se había olvidado subir las barreras de defensa y calaron hasta lo más profundo de su alma. Todos los recuerdos de cómo se sentía en el instituto, estaban más vivos que nunca, revolucionando su interior anunciando una catástrofe.

—Soy mucho mejor que todo esto... — musitó casi más para convencerse a sí misma que para rebatir los insulsos argumentos de Emma — a partir de ahora te va a llevar otro médico, espero que te vaya bien con la recuperación — sentenció con un tono firme y decisivo.

Martina salió de allí sin volver su mirada atrás, porque de haberlo hecho, Emma podría descubrir sus ojos humedecidos por la impotencia que quemaba en su pecho, pero Martina también habría descubierto un brillo lleno de miedo y arrepentimiento en los ojos avellana de Emma. Martina salió con paso firme y al cruzar la puerta lo hizo con seguridad, ni tan siquiera miró a Carlos que estaba apoyado en la pared frente a la puerta de la habitación. Llegó hasta el mostrador valiéndose de un par de zancadas, dejó caer con brusquedad el historial de Emma sobre la bandeja de historiales.

—A partir de ya, la paciente de la doscientos doce, Emma Peralta, pasará a ser paciente del Doctor Rovira — la enfermera asentía sintiéndose incapaz de rebatir nada, sorprendida por la actitud de Martina, no era nada habitual verla en ese estado de ira — no quiero saber nada sobre

la señorita Peralta, cualquier cosa que le suceda, que se encargue Rovira.

Martina era, por lo general, educada, comprensible y muy amable con sus pacientes y sobre todo con sus compañeros de trabajo, pero cuando algo le desquiciaba, su afable carácter desaparecía y se convertía en el mismísimo Lucifer. Todos los que se cruzaban con ella por los pasillos, desviaban su trayectoria cuando la oían resoplar con esa fuerza contenida. Se encerró en su consulta con el único propósito de apaciguar la ira que invadía su interior, cuando se daba una ocasión así, solo existía un remedio capaz de calmarla, la música. Se reclinó sobre su cómodo sillón y se colocó los auriculares, buscó en su teléfono su lista favorita de canciones y le dio al botón. Necesitaba aislarse por completo, cerró los ojos y contuvo el aire durante unos segundos en el interior de sus pulmones, necesitaba estar así un buen rato para dejar salir todos los pensamientos negativos y volver a su equilibrio emocional. Esta vez lo costó más tiempo del habitual relajarse y volver a ser la de siempre. Había pasado un rato, media hora o quizá casi una hora, cuando sintió una presencia junto a ella y al abrir los ojos de golpe, se sobresaltó de tal modo que casi se cae del sillón donde estaba sentada.

—¡Imbécil! — espetó Martina mientras se quitaba los auriculares y apagaba el móvil — ¡¡qué susto me has dado!! — dijo con la mano en el pecho, dramatizando de forma divertida.

—Si no estuvieses tan concentrada en escuchar guarradas, aquí escondida... — Jaime se sentó sobre la mesa — me habrías oído entrar.

—¿Qué haces aquí? Te recuerdo que trabajas dos plantas más abajo, en pediatría... y por favor no me digas que es por una de mis enfermeras...

—Pues venía a verte a ti, tonta... — Jaime la miró y ladeó la cabeza — me has dejado preocupado...

—¡Mentira! — Martina lo interrumpió sonriendo ampliamente, descubriendo las verdaderas intenciones de su amigo. Lo conocía demasiado bien.

—Mentira — Jaime asintió y Martina ensanchó su sonrisa todavía más — me conoces bien... — Jaime lució una sonrisa ardiendo en picardía — he subido para ver a una de tus enfermeras... pero me ha dicho que algo te pasaba porque llevabas un rato encerrada en tu consulta... ¿Emma? — preguntó entrecerrando los ojos sin dejar de sonreír.

Martina le había aguantado la mirada hasta escuchar ese nombre, entonces desvió toda su atención hacia la ventana detrás de ella. Jaime demostraba que también la conocía bien, demasiado bien.

—Emma... — Martina asintió, respiró profundo y se quedó en silencio. Silencio que Jaime respetó porque conocía sus tiempos — se la he pasado a Rovira.

—¡Pues listo! — Jaime dio una fuerte palmada y se levantó de la mesa, quedando frente a ella — esta noche salimos y nos olvidamos de todo esto.

—Su novio, Carlos, es un misógino... — Martina miró de reojo a Jaime — no me sorprendería saber que alguna vez le ha levantado la mano...

—Amiga mía, eso no es asunto tuyo... — Jaime la sujetó por los hombros — o ¿te ha pedido ayuda?

—No, no lo ha hecho, todo lo contrario... — Martina se levantó y cogió varias carpetas de la estantería que había detrás de Jaime — me ha gritado y me ha dicho que no soy quién para juzgarla.

—Pues no lo hagas — Jaime se encogió de hombros — ha elegido a ese tal Carlos... seguro que era el rompecorazones del instituto... — Jaime volvió a sentarse sobre la mesa y se cruzó de brazos — parecía una chica con un futuro prometedor y resultó ser la zorra del instituto... si no hubiese tenido tantos prejuicios, se hubiese dado cuenta de que tú le habrías ofrecido la luna en bandeja... pero no fue así.

—No lo entiendo... — Martina negaba con la cabeza — porque cuando nos veíamos por el barrio me trataba bien... estuve unos meses dándole clases de física a escondidas y era encantadora... y luego, en el instituto, delante de todos, se reía de mí... — miró a Jaime a los ojos — era una chica graciosa, amable y con ganas de comerse el mundo... ¿Qué demonios ha hecho con su vida? — preguntó confundida.

Sentía una presión en el pecho que le agobiaba, los recuerdos y el dolor que sintió volvían desgastando su quietud y tranquilidad.

—Quizá esa era su forma de decirte que le importabas, pero era tan estúpida, que se dejó manipular por los demás — Jaime se aferró a la cintura de Martina, rodeándola con tanta fuerza, que le impedía realizar cualquier movimiento, le encantaba estrujarla así — pase lo que pase ahora, amiga mía, aquí me tienes para lo que necesites.

Martina continuaba, a pesar de los años, con aquellas incertidumbres sobre los cambios de actitud de Emma hacia ella.

—Debo solucionar esto... — Martina apoyó su cabeza sobre el pecho de su amigo — sacarla de mi cabeza...

—Esta noche saldremos a tomarnos alguna copa... y con un poco de suerte, ligamos un poco... — Jaime hizo crujir sus dedos — estoy perdiendo facultades... ya casi ni me acuerdo de como se hace...

—Y me imagino que no te refieres a que se te ha olvidado como hacer la lasaña... — Martina sonreía, Jaime siempre sabía cómo hacerla reír.

—Te recojo a las nueve — Jaime lo besó en los labios — invitó yo toda la noche... así que aprovecha... estoy de oferta.

—Deberías pasarte por la planta de psiquiatría... — Martina consiguió zafarse del agarre de su amigo.

—¿Hay alguna enfermera nueva? — preguntó Jaime y Martina se encogió de hombros — ¿Alguna psiquiatra desplazada? — Martina negó con la cabeza sonriendo — ¿Alguna paciente buenorra?

—Definitivamente, estás enfermo — dijo Martina riendo.

—A las nueve... — dijo Jaime camino a la puerta — y ponte guapa... esta es nuestra noche — le guiñó un ojo y salió en sentido contrario hacia su planta.

Martina rio sabiendo que iba a marear a alguna de las enfermeras de su planta, había una en concreto que llevaba tiempo resistiéndose a sus encantos y ella disfrutaba viendo a su amigo esforzarse en su conquista. Martina había pillado a esa enfermera con una de las residentes de cirugía y mantuvo fielmente el secreto, por un lado, ella nunca había sido una cotilla y, por otro lado, le divertía ver esforzarse casi desesperadamente a Jaime porque la enfermera no le hacía caso.

Miró su reloj y faltaba poco más de media hora para las cinco, ni tan siquiera había comido. Se había centrado tanto en adelantar todos los historiales atrasados, que no fue consciente del tiempo que había pasado, pero resultó muy eficaz para no pensar en Emma. Recogió y ordenó sus cosas esparcidas sobre su mesa, dejó la bata colgada en la percha y con su mejor sonrisa, salió de su consulta con intención de ir directa a casa y prepararse para una noche de diversión desenfadada junto a Jaime. Recorrió todo el pasillo sonriendo y llegó junto a los ascensores, metió la mano en su mochila buscando las llaves del coche y una escena a pocos metros de ella, llamó su atención.

—Hola enfermera... me duele el pecho — Carlos vacilaba con las enfermeras de control — cúreme, cúreme... — la escena era, como mínimo, desagradable.

Carlos sujetaba con una mano su entrepierna, era un gesto repulsivo y que él lucía de forma orgullosa, mientras las enfermeras lo ridiculizaban por su actitud.

—Imbécil — susurró Martina entre dientes al comprobar la chulería incurable del novio de Emma.

FLASHBACK

—Vamos Emma — dijo Martina con una enorme sonrisa — ya lo tienes... no te agobies más.

—Martina, mañana es el examen final, si suspendo, no tendré la media para entrar en la universidad... — Emma sujetaba su cabeza entre sus manos.

—Deberías confiar más en ti...

Emma se quedó mirando fijamente a Martina a los ojos, la confianza que Martina le mostraba, provocaba un sentimiento en su interior, que calentaba su pecho.

—Muchas gracias... — Emma se inclinó hacia delante, quedando a pocos centímetros de Martina — siempre has creído que era capaz...

—Porque lo eres — respondió Martina casi en un susurro.

Emma terminó eliminando la distancia entre ellas y presionó sus labios contra los de Martina. El corazón de Martina se detuvo por unos segundos, volviendo a latir cuando fue consciente de la realidad de ese beso.

—Martina, ¿quieres alitas de pollo para cenar? — Emma se separó de golpe al escuchar la voz de la madre de Martina.

—Mama... — musitó Martina al ver a Emma recoger sus cosas en cuestión de segundos y salir corriendo por la puerta de su casa.

Aquel beso despertó algo en su interior, desde aquel momento, Martina mantuvo ese sentimiento vivo reviviendo una y otra vez el beso en su mente. Lo hizo tantas veces, que se convirtió en un hábito, cada noche antes de irse a dormir, recordaba la suavidad de los labios de Emma en los suyos, y cada mañana, recordaba la profundidad de sus ojos color avellana, tan claritos que rozaban el dorado, cuando la tuvo a tan solo unos centímetros de su rostro. Y ese pensamiento en bucle, generó un caos que jamás supo cómo olvidar.

5. Ángela

Martina comenzó a recapacitar sobre su vida en los últimos años, durante un tiempo parecía que había mantenido una carrera de fondo conociendo chicas y manteniendo sexo desenfrenado con ellas. Simplemente sexo, era incapaz de abrirse con nadie, hasta tal punto, que ninguna de esas chicas jamás pasó por su cama, si no por las de cualquier hotel de la ciudad que estuviese cerca. Pero lo que descubrió yendo de unos brazos a otros, le abrió las puertas para disfrutar del sexo y conocer las tácticas más sensuales para brindarles a las mujeres un sexo satisfactorio. En muchas de esas ocasiones, su mente la traicionaba con la imagen de Emma, ocupaba tanto espacio en su mente, que le bastaba con cerrar los ojos e imaginarse su cuerpo bajo el suyo. Y ahora había vuelto a aparecer, su pasado nunca fue tan presente.

—Vamos ánimo, hemos venido a divertirnos — Jaime sonreía de una forma tan enigmática que acabó contagiando a Martina.

—Tienes razón — le dejó un beso en la mejilla — ¿cerveza? — Jaime asintió y Martina llamó la atención de la camarera y cuando lo consiguió, le pidió dos cervezas bien frías.

—No te gires — Jaime se acercó a ella para susurrarle al oído disimuladamente — detrás de ti, junto a la pared, está sentada con dos chicas más, la abogada con la que estuviste acostándote...

—¿Ángela? — preguntó Martina y Jaime asintió — me dijo que se iba a trasladar a Madrid... le habían ofrecido un puestazo...

—Pues debe de echar de menos el sol de Málaga... — Jaime se separó de Martina unos centímetros y se colocó estratégicamente a un lado de la barra, así desde su nueva posición, tenía una visión panorámica de la joven abogada — querida, te está comiendo con los ojos...

Martina bebió de su cerveza sin girarse lo más mínimo, seguía atenta a la información privilegiada que le relataba su leal amigo. Se servía de los gestos y los comentarios de Jaime para hacerse una idea bastante real de la situación. Dio otro trago directamente de su botellín mientras mantenía su mirada al lado contrario de la escena que Jaime continuaba relatando.

—Te diría que se ha cortado el pelo... — Jaime bebió de su cerveza mientras miraba de reojo a Martina intentando descifrar su reacción — y menuda minifalda lleva... no me habías hablado de sus piernas... — Jaime sonrió al ver que Martina también lo hacía ante su descarado comentario.

Martina se terminó su cerveza de un solo trago y se dio media vuelta para ver por ella misma, a la chica que Jaime le describía tan meticulosamente.

—Que sepas que yo sería mejor compañía que esa snoop... — dijo Jaime sin despegar su mirada descarada de la mesa donde Ángela estaba sentada con sus amigas — además estoy más bueno que ella... pero los dos sabemos que tú y yo solo podemos acabar una noche así jugando al ajedrez... — Jaime le dio una palmadita en el hombro — una lástima, así que... ve con todo, tigresa.

—Voy con todo — dijo Martina doblando las mangas de la camisa a la altura del codo.

—Esa es mi chica — musitó Jaime entre risas mientras observaba como caminaba hacia la mesa de Ángela.

Martina se acercó luciendo su mejor sonrisa y una profundidad en sus ojos que hipnotizaba. Su actitud segura, desprendía feromonas que revoloteaban a su alrededor, sus pasos describían una dirección clara y un objetivo marcado. A pocos metros de su objetivo, sus ojos se toparon con los ojos azules de la abogada, provocando una sonrisa igual de encantadora que la suya. Ángela se mordió el labio inferior y su mirada ardía en picardía, cuando descubrió a Martina acercándose a su mesa.

—Ángela, cariño, ¿cómo es posible que cada vez estés más impresionante? — cuando Martina estuvo lo bastante cerca, Ángela, y sin previo aviso, se lanzó a su boca con un beso lento y húmedo, fue tan impetuosa que prácticamente no le dio tiempo a Martina para reaccionar — nunca has jugado limpio ¿verdad? — dijo mirando descaradamente sus piernas.

—No querida, contigo es todo o nada... y eso suele subir bastante las apuestas... — su comentario ensanchó todavía más la sonrisa de Martina — es mi forma de recordarte lo que te estás perdiendo... podrías tener todo esto — Ángela dio una vuelta luciendo su escultural cuerpo.

—Bella... — Martina la miró de arriba abajo y sonrió de medio lado — eres como el vino... el paso del tiempo te favorece... — la rodeó por la cintura con su brazo y la atrajo hasta su cuerpo, besándola con la misma vehemencia con que lo había hecho ella primero.

Ángela rodeó su cuello con uno de sus brazos y se acercó a su oído para susurrarle algo, Martina rio fuerte ante su confesión secreta.

—Qué guarra eres Ángela... pero te quiero de todas formas... — musitó bajito Martina, para que solo Ángela pudiese oírlo.

Si alguna vez había habido una persona que pudiese tener una oportunidad de compartir la vida con Martina, esa era Ángela. Su carácter alegre y divertido, su inteligencia emocional y su avispado humor, tenían fascinada a la doctora, además, el envoltorio ayudaba bastante. Ángela era deportista y de alimentación sana, sus ojos azules y su pelo castaño habían atraído a Martina desde el primer momento que se conocieron en un acto para recaudar fondos para una de las asociaciones que estaban vinculadas al hospital y de la que Ángela formaba parte del comité ejecutivo. Caminaron juntas hasta la barra, donde Jaime las recibió con una enorme sonrisa, se saludaron educadamente y continuaron la noche bebiendo, bailando y riendo. Jaime había congeniado con una de las acompañantes de Ángela, que se acercó a él en un momento de la noche, luciendo una mirada felina y contoneando sus caderas intencionadamente a cada paso, esa actitud de depredadora había desarmado a Jaime por completo. Martina y Ángela, por su parte, habían defendido estoicamente su talante travieso, miradas llenas de picardía, sonrisas encantadoras y caricias ardientes, solo habían conseguido aumentar el deseo de ambas.

—Martina... — Jaime se acercó a ella sigilosamente sin querer entorpecer el cortejo de su amiga — me voy a casa con... Bea, dice que me va a enseñar a cocinar un plato vegano...

—Jaime, tú eres carnívoro — respondió Martina con una enorme sonrisa.

—Sí, lo sé, quien no lo sabe es ella... — dijo Jaime guiñándole un ojo a su amiga.

Jaime caminó cogido de la mano de Bea y juntos se perdieron entre la gente, mientras Martina y Ángela rompieron a reír ante el comentario de su amigo sobre su inquebrantable convicción de rechazar un buen chuletón.

—¿Te vienes? — le preguntó Martina a Ángela mientras la estrechaba con fuerza contra su cuerpo.

—No tengo más remedio... — Ángela dejó un beso en los labios de Martina — mi hermana se

ha ido con mi coche y ahí estaban las llaves de mi casa...

—¡Vaya! Qué contratiempo tan desafortunado — pronunció Martina con una enorme sonrisa.

—Doctora, si no le conociese, pensaría que está buscando sexo de reencuentro...

—Es el que más me gusta... — Martina besó su cuello y dejó un leve mordisco sobre su piel — reencontrarnos en un hotel... tener sexo sucio... salvaje... desesperado...

—Si no me dejas sacar la llave... — Ángela tenía a Martina acorralada contra la pared del pasillo, devorando con total dedicación su cuello y sus manos comenzaban a descender peligrosamente recorriendo su abdomen — acabaremos la noche follando en el pasillo...

—¡Oh, no, querida! Esta noche no va a acabar — Ángela ascendió para centrarse en su boca, que tras un par de minutos devorándola, se apartó el tiempo suficiente para permitirle a Martina abrir la puerta de la habitación de hotel.

Una vez dentro, Ángela continuó con su propósito y empujó a Martina contra la pared, despojándola de cada una de sus prendas de una forma despreocupada. Se deslizó por su cuerpo hasta llegar a la altura de sus caderas, enganchó sus dedos a la goma de su ropa interior y levantó la vista para ver como Martina sonreía anticipándose a lo que estaba por llegar. Martina la presionó contra su cuerpo y la besó lentamente, mientras sus manos viajaban, despojando con demasiada facilidad cada una de sus prendas. Se encontraban en igualdad de condiciones, Martina notaba como su suave piel se iba erizando mientras ella descendía por su abdomen, dejando tiernos besos e impregnando cada centímetro de su aliento. Se deleitó con sus muslos mientras Ángela aumentaba el tono de sus suspiros. Martina conocía la fascinación de Ángela cada vez que ella enterraba la boca en su sexo, así que fue acercándose peligrosamente, dejando besos húmedos en el interior de sus muslos. Los suspiros de Ángela, cada vez más fuertes y los gemidos ahogados, eran la prueba suficiente de que Martina la estaba haciendo perder la cabeza. Desde su posición podía sentir el calor que emanaba y era algo que a ella también le afectaba en su psique, provocando que su instinto más primitivo se abriese paso entre sus buenos modales. Un gutural y demandante gruñido se escapó de los labios de Ángela y enredó los dedos en el pelo de Martina para guiarla hasta su necesitado sexo, no eran gestos delicados, más bien eran dignos de un animal salvaje. Su sabor salado llenó su boca e intoxicó todos sus sentidos, Martina pudo sentir la rigidez de su carne al contacto de su lengua. Levantó la mirada y se encontró con una imagen estremecedora, Ángela arqueaba su cuerpo y en su mirada, brillaba una oscuridad llena de deseo. Su sexo palpitaba anunciando un éxtasis que casi culminaba con toda esa urgencia,

Martina ascendió con sus labios recorriendo la piel a su camino hasta llegar al cuello de Ángela y refugiarse en ese dulce hueco. Ángela deslizó sus manos en busca de un objetivo claro, su propósito era devolverle el mismo placer que Martina le había proporcionado. Un gemido roto se escapó de la garganta de Martina para acabar estrellándose contra la piel de Ángela y los agitados suspiros que provocó, le incitaban a seguir con su tarea. Ángela abrió sus piernas como una invitación silenciosa, Martina sintió una punzada en su sexo cuando introdujo dos de sus dedos en ella, su voz comenzó a ser ligeramente más dura y en su mirada se reflejaba un atisbo de instinto primitivo, sus movimientos eran intencionados y muy acertados. Ángela se removió bajo su cuerpo con sutileza, la estaba llevando al borde del abismo, Martina sonrió de medio lado cuando fue consciente de la reacción de Ángela. Su respiración acelerada salía entrecortada y casi desesperada, los movimientos lentos y profundos, calmaban las ansias de más, un gemido trémulo y agónico, anunciaban su éxtasis más intenso y una corriente eléctrica recorrió todo el cuerpo de Ángela, despojándola de toda energía. Los brazos de Martina, continuaban sosteniendo con ternura, el cuerpo de Ángela, sus besos calmados le ayudaban a bajar de las alturas. Sus cuerpos palpitaban, las piernas de Martina temblaban levemente y en sus oídos retumbaban los latidos de su corazón.

Ocho semanas después de la operación, Emma estaba sentada en una de las incómodas sillas en la sala de espera de la consulta de traumatología, había dudado varias veces si asistir a la consulta o no. Incluso en ese mismo momento, mientras observaba el nombre de la Doctora Martina Montenegro, escrito debajo del número de la consulta, se intentaba autoconvencer de que estar ahí, no era una equivocación. Miró su pierna, culpándola de la tesitura en la que se encontraba, se había dado cuenta, que su trabajo actual no era el mejor para la recuperación completa de su lesión, pero no había encontrado nada mejor, y necesitaba ganar dinero. No tuvo muchas más opciones. Su respiración se aceleró cuando el sonido de una puerta abriéndose llegó a sus oídos, aspiró todo el aire que pudo para llenar sus pulmones y lo contuvo dentro de ella hasta que se dio cuenta de que el sonido provenía de la consulta de al lado. No le dio tiempo a recuperarse del sobresalto, cuando oyó la risa de Martina, giró lentamente la cabeza hacia el lado contrario para comprobar que era ella y descubrió que no estaba sola. Una chica alta, bien vestida y sujetando un maletín de piel en su mano, la acompañaba. Emma observó cómo hablaban entre ellas y resultaba ser una cercanía demasiado familiar, Martina acariciaba con ternura el brazo de

la chica mientras sonreía por algo que ella le estaba contando. La chica correspondía al gesto de Martina de igual manera, con una sonrisa encantadora y luciendo una mirada dulce. Emma estaba siendo, sin querer, testigo de una escena muy tierna entre ellas y su posición tan cercana a ellas, no le ayudaba a gestionar lo que sus ojos estaban viendo. Martina se acercó a la chica y sus caricias se intensificaron un poco más, desvelando entre ellas una confianza íntima. Martina dejó su mano sobre la cadera de la chica de una forma completamente confiada, mientras la chica sonreía por algo que ella había susurrado muy cerca de su oído. Emma continuaba estática, se sujetó con ambas manos al borde de la silla, apretando con tanta fuerza que los nudillos se emblanquecieron. Alivió la presión ejercida en sus manos, cuando Martina se acercó lentamente a los labios de la chica y selló completamente con su boca sus labios, para luego despedirse de una forma muy cariñosa, Emma acababa de descubrir que aquella chica no era una paciente más. La observó alejarse caminando por el pasillo y se quedó tan hipnotizada por cada uno de sus movimientos, que se quedó absorta intentando gestionar todo lo que acaba de suceder entre esa mujer y Martina. Estaba ensimismada en sus pensamientos que no escuchó como Martina llamaba su atención, fue cuando ella insistió por segunda vez y Emma giró su cabeza tan rápido, que se oyó un leve crujido que provenía de su cuello.

—¡Señorita, Emma Peralta! — Martina la estaba mirando con una sonrisa entre sus labios.

Emma la miró fijamente durante unos segundos y negó con la cabeza, no tenía la fuerza suficiente para hacer frente al huracán de sentimientos que estaba revoloteando en su interior, arrasando con el más mínimo ápice de serenidad en todo su ser. Se levantó y, contra todo pronóstico, Emma caminó en sentido contrario a la consulta, dejando a Martina plantada en la puerta mientras sujetaba una carpeta entre sus manos. Emma caminaba cabizbaja, pensativa y controlando a su personalidad indolente e insufrible, porque algo en su interior se estaba rompiendo.

—Querido destino, solo te pido otro encuentro casual, para ver una vez más sus ojos — musitó Martina en un susurro viendo como Emma se alejaba por el pasillo.

Una voz dulce le sacó de sus pensamientos.

—Doctora Montenegro, discúlpeme — la voz de una mujer mayor, llamó su atención — ¿podría contestar algunas preguntas para mi familia y para mí? — preguntó la anciana que estaba en la sala de espera.

Ya les había explicado el proceso de cómo había ido la operación de cadera del marido de la mujer, pero seguían teniendo dudas sobre como deberían actuar una vez saliesen del hospital. Los dos hijos de la anciana se quedaron de pie mientras Martina se sentó junto a la anciana y contestaba pacientemente a todas y cada una de las preguntas de la mujer. La Doctora Montenegro podía ser muy exigente con sus residentes, pero era muy delicada con los pacientes y sus familiares. Martina estaba considerada como una de los médicos más compasivos del hospital respecto al trato con los familiares. Era una de las cosas que había aprendido de su padre durante los años en que lo había seguido por los pasillos del hospital en cada una de las visitas de sus pacientes.

—No cuesta nada ser amable, Martina, recuérdalo cuando tengas tus propios pacientes. Estas personas están asustadas y acuden a ti en busca de respuestas. Que no oiga yo que has contestado mal a alguien porque no te apetecía hablar o responder a sus preguntas. Te hará falta un cirujano cuando acabe contigo — le dijo su padre.

Cuando acabó con la familia Montesinos, Martina se dirigió al pasillo de las habitaciones de su planta para hacer las visitas con su equipo de residentes. Fue una mañana tediosa, entre las exigencias de algunos pacientes por una recuperación casi milagrosa y las preguntas sin sentido

de algunos de sus residentes, Martina se encontraba completamente saturada mentalmente. Dejó la pila de historiales sobre la mesa de su consulta y se dejó caer sobre su sillón, su aspecto era visiblemente agotada.

—Te traigo un regalo en forma de carbohidratos que tendrás que agradecerme muy insistentemente... — bromeó Ángela al entrar en su consulta, sorprendiéndola gratamente.

Llevaba un vestido rojo, con una seductora abertura por la pierna que llegaba por debajo de su cadera, ese vestido rozaba los límites de la indecencia. Su escote profundo y marcado resaltaba sus pechos y lucía su cuello de una forma muy tentadora. Martina sonrió casi con superioridad, le gustaba lo que estaba viendo frente a ella.

—Definitivamente, eres mi salvadora — respondió Martina mientras se levantaba de su sillón y luciendo su sonrisa, fue a su encuentro para saludarla como se merecía.

—Puedo serlo para toda la vida, querida — Ángela dejó la bolsa de papel sobre la mesa bajita que había frente al sofá del rincón de la consulta y se dejó seducir por los besos de Martina.

—Sí a todo... — musitó Martina mientras se escondía en el hueco del cuello de Ángela, saboreando su delicada piel. Era uno de sus lugares favoritos.

—Pues entonces... — Ángela puso sus manos sobre su pecho y se separó de ella unos centímetros — asegúrate que esa puerta... — señaló tras ella, la misma puerta por la que acababa de entrar — esté bien cerrada.

Martina sonrió sobre sus labios y se apresuró a obedecer. La invitación de Ángela era tan tentadora, que su juicio se nubló al ver la oscuridad que se hallaba en sus ojos, ardiendo de deseo.

—¡Oh, Dios!... para... para... — suplicó Ángela mirando fijamente a Martina, que se había arrodillado en el suelo con su cabeza hundida entre sus piernas — ven aquí...

Besar a Martina, con su propio sabor en sus labios, resultaba realmente excitante. Martina se levantó y se inclinó sobre Ángela con sus brazos apoyados sobre el respaldo del sofá y comenzó a besarla lentamente.

—Ven... — Martina se dejó caer en el sofá junto a Ángela y le indicó que se sentase sobre ella.

—Lo que has hecho es... increíble... demasiado increíble... — Ángela la besaba provocativamente mientras movía lentamente su cuerpo sobre las caderas de Martina — pero solo iba a aguantar cinco segundos... y quiero que esto dure... — Ángela mordió su labio inferior y Martina gruñó de placer.

El ritmo de Ángela aumentó de una forma exponencial, el roce de sus sexos estaba llevando a Martina al borde de un abismo donde sabía que perdería el control y su instinto más primitivo se abriría paso. Y que, además, fuese Ángela quien tomase el control y ella atacase sus órdenes, hacía que el deseo las dominase sin poder ser racionales, en un momento así, solo buscaban la satisfacción que ardía en sus interiores. Con un gesto hábil y rápido, Martina tumbó a Ángela sobre el sofá boca abajo, todo pasó tan rápido que apenas había tenido la oportunidad de asimilar donde se encontraban, simplemente era capaz de gemir por placer, su raciocinio estaba limitado. Martina apartó con su mano el pelo de Ángela sobre su nuca y deslizó lentamente su lengua, erizando la piel a su paso, fue bajando a lo largo de la espalda mientras deslizaba la cremallera de su vestido. Se concentró en la parte baja de su cuerpo cuando se deshizo del vestido, dejándola simplemente con la ropa interior de encaje. Era toda una fantasía. Martina continuó con el inocente masaje recorriendo sus nalgas, descendió hasta recorrer cada centímetro de sus piernas, provocando gemidos que Ángela ahogaba contra uno de los cojines sobre el sofá. Martina intensificó sus caricias y comenzó con una exploración más sensual, ascendiendo por el mismo

camino que había recorrido. Se colocó sobre sus glúteos y Ángela se aferró al sofá soltando un gemido necesitado, elevó sus caderas y Martina aprovechó la postura para acometer su propósito. Se abrió paso delicadamente con sus dedos y encontró con facilidad la entrada a su sexo, tras las primeras embestidas, Martina se inclinó sobre ella y dejó varios besos sobre su nuca, la respiración de Ángela se volvió irregular, dejando escapar varios gemidos a un ritmo constante.

—Date la vuelta — le susurró Martina al oído.

Sus movimientos eran amables a pesar de que la sostenía con firmeza, se colocó entre sus piernas y la acarició con suavidad, el torbellino de emociones no cesaba, consumió todas sus ganas, rompió todas sus barreras. Cerró los ojos por la explosión de placer y mordió su hombro, Ángela giró levemente la cabeza y buscó su boca con anhelo. El roce de sus labios era salvaje, desordenado, torpe, pero sobre todo necesitado. Ángela movió sus caderas obligando a Martina retroceder, se dio la vuelta y entonces tomó ella la iniciativa, cogió a Martina por los brazos y la guio de nuevo a colocarse entre sus piernas, elevó sus caderas profundizando al máximo cada penetración. El choque frenético de su mano, lleno de deseo, la descolocó. Ángela enredó sus dedos con el pelo de Martina y la atrajo hasta su boca de nuevo. Sus movimientos de caderas comenzaron a ser erráticos cuando sus lenguas empezaron una batalla ardiente en sus bocas. Sus gemidos vibraban coordinadamente provocando que cada movimiento fuese más placentero, sus respiraciones se descontrolaron cuando el éxtasis comenzó a recorrer sus cuerpos dejando descargas eléctricas a su paso. Sus cuerpos terminaron exhaustos y sudados, pero ninguna de las dos, podían dejar de sonreír. Ángela dibujaba patrones inexistentes sobre la espalda de Martina, mientras ella descansaba sobre su pecho. Ambas se dedicaban caricias tiernas y despreocupadas.

6.¿Qué intentas hacer?

Martina estaba sentada en una de las sillas que había en la sala de espera. Parecía hipnotizada viendo a las personas que pasaban frente a ella, imaginarse la vida de cada uno de ellos, era algo que conseguía despejar su mente durante un rato. Reconoció las manos que rodearon su cuello, por lo que no hizo falta girarse para mirar a quién pertenecían. Los dedos le masajearon los músculos tensos del cuello para luego bajar a los hombros, después de un par de minutos, esa persona rodeó la silla y sentó a su lado, apoyando la cabeza en su hombro.

—Mi chica guapa... ¿Cómo estás hoy? — preguntó Jaime.

—¿Cómo es posible que siempre huelas tan bien? — preguntó Martina dejando un beso en la frente de Jaime.

—Soy animal de costumbres... — Jaime respiró hondo y continuó — igual de aburrido que siempre.

—No... — Martina comenzó a reír — puedes ser muchas cosas, pero aburrido no es una de ellas...

—Martina... — Jaime se incorporó para poder mirarla a los ojos — siento ser yo quien te diga esto... pero debes dar un paso... tienes que avanzar.

—Lo intento — susurró Martina mirando al techo.

—¿Estás disfrutando de tu tiempo libre? — preguntó Jaime mirando en la misma dirección que Martina.

—Sí, mucho — respondió Martina sin desviar su mirada y con mucha condescendencia.

—Entonces... ¿Por qué tienes esa cara de pasa?

—Porque mi mejor amigo, ese por el que me plantearía cruzar de acera, solo viene a verme cuando está de guardia cierta enfermera morenita...

—Puff... — Jaime hizo un aspaviento con la mano — me agotan... las jóvenes son demasiado... intensas... y yo me hago mayor... — Martina rio fuerte — pero dejemos de hablar de mí... — Jaime pasó los dedos por el cuello de Martina de forma sensual — hablemos de ti, preciosa.

—¿Qué quieres saber de mí, guapetón? — Martina soltó el historial de sus manos y se dejó acorralar entre los brazos de Jaime.

Siempre les gustaba jugar a esos juegos de seducción controlada, despistaban a todos aquellos que hacían corrillos para debatir sobre la clase de relación que existía entre ellos.

—Me gustaría saber... — Jaime se recostó sobre el respaldo de la silla — ¿por qué tienes esa cara cuando deberías estar feliz de volver a quedar con Ángela? Lo siento, pero estoy preocupado por ti.

—No lo sé... — Martina miró al suelo.

—Querida, he pasado mucho tiempo intentando entenderte... — Jaime obligó a Martina a mirarla — y nunca lo he logrado, pero te voy a pedir un favor...

—Miedo me das — dijo Martina con una sonrisa.

—Intenta llevar a Ángela a tu casa... solo a comer o a cenar... a tomar una copa, no tiene por qué quedarse a dormir, pero da el paso...

—Por favor... — Martina volvió a perder su mirada entre la gente que caminaba frente a ellos — cambiemos de tema...

—¡Todavía no la has llevado a tu casa! — Jaime volvió a buscar su atención — es que no lo entiendo...

—No soy capaz... — Martina levantó la vista y miró fijamente a su amigo — es una chica estupenda, nos divertimos juntas, es una mujer empoderada, pero...

—Pero no es Emma — concluyó Jaime terminando la frase de Martina.

—¿Qué coño me pasa? — Martina se sujetó la cabeza con ambas manos.

—Nunca la has olvidado, ¿eh?

—Veinte años sin verla... aparece de repente y me revoluciona... — Martina respiró profundo — cuando la vi en urgencias, tan indefensa, con la mirada llena de miedos... recordé un día que iba de camino a casa, Emma estaba sentada en un banco leyendo un libro... hacía dos días que nos habíamos besado fugazmente... ella estaba inmersa en aquella historia, en su cara se reflejaba la emoción que contenía aquel libro... levantó la mirada y me miró fijamente con mucha intensidad, yo me quedé sin aliento y ella me sonrió... — Martina respiró profundo — desde ese momento, quise que fuera mía en todos los sentidos... — desvió su mirada al suelo — siempre he estado enamorada de Emma, pero esa fue la primera vez que la deseé con todo mi ser...

—Martina, cariño... — Jaime acunó la cara de Martina entre sus manos — sabes que te quiero más que a nadie, pero tienes que aclararte o saldrás herida y harás daño a una buena chica.

—No soy de esas, Jaime... ya lo sabes...

—No te agobies — Jaime dejó un beso en sus labios — te voy a invitar a comer... te voy a llevar al puerto a comer algo rico... — Martina sonrió — así podrás despejar tu cabeza.

Jaime le abrió la puerta del coche a Martina para ayudarla a bajar, su gesto estaba lejos de ser elegante, más bien fue una burla cómica. Martina le golpeó suavemente en las costillas y ambos rompieron a reír a carcajadas, luego pasó un brazo por encima del hombro de su amiga y juntos caminaron hacia el restaurante.

—Vamos Martina, que te he traído hasta el puerto para que despejes esa cabezota tuya...

—¿Y tú crees que invitándome a un plato de pescado frito es suficiente para sobornarme?

—Pienso pedir el vino más caro que tengan en la carta — dijo Jaime con un tono de despreocupación.

—¡Ah, bueno! — Martina dejó un beso en la mejilla de su amigo — eso cambia las cosas.

Entraron y el metre les ofreció una mesa en la terraza, propuesta que Jaime aceptó encantado. Los rayos cálidos del sol y la suave brisa del mar, envolvían el ambiente en una agradable sensación de bienestar. La mesa estaba situada en una esquina de la terraza, dando una privacidad perfecta para disfrutar de las vistas. La arena llegaba hasta el borde de la terraza y se

perdía en la lejanía, donde las olas rompían y acariciaban la orilla. La suave brisa mecía con sutileza los mechones rebeldes de Martina.

—Me encanta este sitio... — dijo Martina mientras cerraba los ojos y respiraba profundo, reconociendo el olor a sal del mar — ¿por qué no venimos más a este sitio?

—Porque tienes un don para vivir en negación — Martina abrió de golpe los ojos ante la respuesta de su amigo y lo miró con su mirada más penetrante — ¡¿qué?! — Jaime se encogió de hombros y continuó con su exposición — llevas años centrada en tu trabajo, en las clases de la facultad y en asistir a todas esas conferencias a las que solo acuden viejos casposos que se creen unos prodigios de la medicina... pobres ilustres ignorantes...

—Tú también vienes a esas conferencias conmigo — dijo Martina con una sonrisa de medio lado.

—Pero yo solo voy porque necesitas un guardaespaldas... — respondió Jaime, manteniendo su tono despreocupado por sus respuestas.

—Ya, claro... mi guardaespaldas... — Martina se inclinó sobre la mesa y ensanchó su sonrisa — pero si en la última conferencia te ligaste a la presentadora incluso antes de que bajase de la tarima mientras estaba presentando a los conferenciantes... — Martina le clavó la mirada sin dejar de sonreír.

—Esa chica era realmente divertida... — Jaime sonrió fuertemente al recordar aquel momento — no supe como negarme... la verdad... — se encogió de hombros y ambos rieron cómplices.

—Eres un... — Martina iba a decirle algún improperio, pero la camarera lo interrumpió y se llevó una inesperada sorpresa — ¿Emma?

Martina se quedó inmóvil al ver a Emma plantada junto a su mesa con una pequeña libreta entre sus manos y dispuesta a tomarles nota.

—Martina... — musitó Emma casi en un susurro, visiblemente sorprendida por el encuentro — me... me alegra verte... — tragó saliva con dificultad e intentó reponerse de la sorpresa — ¿ya sabéis lo que vais a tomar? — necesitaba ese trabajo, así que sacó su lado más frío e intentó ser lo más profesional posible.

—De momento, tomaremos vino, tinto... — Jaime supo que debía intervenir en cuanto vio que la respiración de Martina desapareció durante unos segundos — el mejor que tengáis en la carta, por favor — Jaime lució su mejor sonrisa — mientras le echamos un vistazo a la carta y cuando lo sepamos, te avisamos.

—De acuerdo... — dijo Emma sin apartar la vista de su pequeña libreta mientras tomaba nota — enseguida traigo el vino.

Emma dio media vuelta sobre sus talones y se alejó de ellos con cuidado de no volver a mirar a Martina o se desmoronaría por la sorpresa de tenerla allí después de tantos días esquivándola por el hospital.

—Así que... aquí está Emma de nuevo... — dijo Jaime, observando con cautela la reacción de Martina, que se limitó a asentir en silencio mientras se perdía con su mirada en la lejanía del horizonte sobre el mar — ya vuelve... ssshhh — susurró Jaime.

—Os he traído este... — Emma le enseñó la botella a Jaime y comenzó a abrirla sin dejar de hablar, necesitaba estar ocupada para no flaquear — es un vino local, la gente apuesta por los vinos con más nombre del norte del país, infravalorando la gran elaboración tradicional sobre la crianza de sus viñas que tenemos en el sur — Emma comenzó a servir el vino en la copa de Jaime y luego en la de Martina, su pulso tembló levemente cuando sus miradas se cruzaron durante un segundo — está elaborado con unas uvas llamadas tempranillo y madurado en barrica de roble durante seis meses...

—Muy bueno... — dijo Jaime mientras saboreaba el caldo tinto en su boca — una acertada elección, sin duda alguna.

—Gracias — Emma no apartaba su mirada de Jaime, evitando a toda costa a Martina — ¿sabéis lo que queréis tomar?

—¿Qué nos aconsejas? — preguntó Jaime mirando la carta, sin dar evidencias de su estrategia para retener a Emma en la mesa más tiempo del habitual.

—Somos famosos por nuestra carta de pescado y marisco, pero además hoy, tenemos carrilleras al Pedro Ximénez, servidas con unas verduras asadas y aliñadas con una vinagreta de pistacho... — Emma continuaba mirando únicamente a Jaime — o si lo preferís, tenemos bacalao de lonja, bañado en una salsa de pimiento de piquillo, servido con verduras en tempura, aliñadas con una salsa de miel muy suave.

—Pues... — Jaime recorría la carta con su mirada con la actitud perfecta para fingir que estaba interesado en todo lo que describía la carta, mientras Martina sonreía, conocía muy bien a su amigo y sabía de sobra que no era más que una estrategia para mantener a Emma en su mesa — todo tiene muy buena pinta... Cariño, ¿tú qué quieres? — dejó la cara sobre la mesa y miró directamente a Martina.

—Ya sabes lo que me gusta, amor mío... — Martina sonrió y entró en el juego de Jaime. Eran así desde su juventud en la universidad, completamente cómplices en sus pillerías.

No tenía muy claro cuál era su finalidad, pero mientras tuviese a Emma tan cerca de ella, no le importaba seguirle el juego para ver hasta donde eran capaz de llegar.

—Entonces... para mi chica el bacalao, pero no le pongáis la salsa de miel... — Jaime miró a Emma e hizo un gesto de desagrado bastante gracioso — no le gusta lo dulce, ella es más de sabores amargos... — Martina rio consiguiendo un poco de atención por parte de Emma, que se giró levemente y se miraron a los ojos durante el corto tiempo que duró la valentía de la camarera — y para mí... las carrilleras... — Jaime le devolvió la carta con una sonrisa cautivadora — ser generosos con las verduras... — le guiñó un ojo coqueteando — me encantan las verduras — su tono sonó más provocativo que intencionado.

Emma asintió después de tomar nota de todo lo que le había pedido, recogió las cartas y caminó a paso ligero para alejarse de su mesa de una manera disimulada y profesional. Su respiración acelerada y el leve temblor en sus piernas, hacían evidente la intensidad de la situación. No sería capaz de reconocer el desorden de emociones que provocaba la simple presencia de Martina, pero todo se complicaba cuando encima le sonreía.

—¿Qué intentas hacer? — preguntó Martina antes de dar un sorbo a su copa.

—No entiendo la pregunta — Jaime miró hacia la playa haciéndose el interesante e intentando evadir el interrogatorio de su amiga.

—Te recuerdo que estoy con alguien... — Martina ladeó la cabeza mientras mantenía su sonrisa.

—A ver... entonces dime — Jaime se inclinó sobre la mesa y lo miró a los ojos — ¿cuántas veces has pensado en Ángela desde que has mirado a Emma mientras nos hablaba del vino? — hizo una pausa para observar la reacción de su amiga — porque a mí personalmente, con que me hubiese dicho que no era de brick, me bastaba, pero no, la chica ha decidido contarnos la versión larga, ¿y todo para qué? — enarboló su sonrisa más engreída — para dedicarte alguna miradita clandestina...

—Simplemente, hacía su trabajo — Martina se recostó sobre el respaldo de su silla sin ser capaz de aguantarle la mirada a su amigo, miró hacia el mar y dio otro sorbo de vino.

—Apostemos... — con esa proposición logró recuperar toda la atención de Martina — el que

tenga razón, pues gana... ósea yo — rio fuerte Jaime mientras Martina continuaba mirando a su amigo con curiosidad — y el que pierda, ósea tú — la señaló sonriendo — invitará las próximas cinco veces, ¿trato?

Martina asintió y ambos sonrieron para luego disfrutar de aquel exquisito caldo que les había servido la camarera objeto de dicha apuesta. Durante unos minutos, se estableció entre ellos un silencio cómodo, Martina disimulaba, o por lo menos lo intentaba y, de vez en cuando, recorría con su mirada la parte de la barra hasta que localizaba a Emma y la observaba durante unos segundos. Emma llegó a su mesa con sus platos y los dejó sobre la mesa sin mediar palabra, pero sin dejar de sonreír y cuando sus miradas se volvieron a cruzar, se apresuró a alejarse de la mesa de nuevo.

—La vas a desgastar de tanto mirarla — replicó Jaime al descubrir a su amiga con la mirada fija en cada paso de la camarera.

—¿No crees que cojea? — preguntó Martina sin dejar de mirar a Emma mientras se movía entre las mesas.

—¿Intentas convencerme de qué solo le miras las piernas de manera profesional? — Jaime sonaba divertido, pero Martina le dedicó una mirada sería acompañada de una mueca — sí, creo que de vez en cuando hace algún paso en falso.

—No debí derivarla a Rovira... todo mi trabajo no habrá servido de nada — Martina levantó la mano y llamó su atención.

—Martina, ¿qué pretendes? — susurró Jaime al ver que Emma se acercaba a su mesa respondiendo a la llamada de Martina.

—¿Desean algo más? — preguntó Emma con su tono más profesional.

—Sí — Martina respondió con una sonrisa — me he dado cuenta de que cojeas de vez en cuando... si sientes dolor, deberías venir a mi consulta para que revise esa pierna...

—No te preocupes... — respondió Emma con algo de apuro — el Doctor Rovira me ha subido la medicación...

—Si no haces la recuperación como toca, todo mi trabajo no habrá servido para nada... — respondió Martina — el Doctor Rovira no tiene ni idea de cómo...

—Pues fuiste tú quien me derivaste a él — la interrumpió Emma y su tono había cambiado, subiendo un par de notas su entonación.

—Sí, porque tú me lo pediste... — Martina intentó usar un tono neutro, pero falló en el intento, y acabó sonando como un reproche en respuesta a Emma.

—Pero yo...

—La operación fue un éxito, pero si la recuperación no se hace como se debe...

—Y eso es todo lo que te importa, ¿verdad? — replicó Emma con un tono visiblemente enfadada — que tu trabajo sea criticado...

—¿Emma! — exclamó muy seria Martina — o haces las cosas bien o te quedarán secuelas para toda tu vida... — los ojos de Emma se humedecieron un poco y Martina se dio cuenta, así que cesó en su reclamación.

—¡Chicas! — Jaime intervino al ver que la conversación se estaba encarnizando — no es momento, ni lugar.

—Por favor, Emma, ven a verme — concluyó Martina dulcificando su tono y sonriendo en señal de paz.

7. Nunca la has olvidado

Martina cocinaba mientras Ángela la observaba en silencio, era un silencio cómodo entre ellas. Al cabo de unos minutos, la escena frente a ella se convirtió en un deseo irresistible y se acercó a ella sigilosamente y se colocó detrás de Martina. Le quitó la camisa despacio, con movimientos firmes y seguros, Martina se dio media vuelta descubriendo unos ojos brillantes y profundos, oscurecidos por el deseo. Su respiración comenzó a incrementarse cuando las manos de Ángela viajaron lentamente hasta la cintura de su pantalón y lo desabrochó. Martina apartó la sartén del fuego con una gran destreza, ya que su atención continuaba fija en los movimientos de Ángela. Lucía una sonrisa tan irresistible que Ángela no dudó en lanzarse a devorarla con urgencia. Martina la sujetó por la cintura y la sentó sobre la mesa que había tras ellas, mientras continuaba sumergida en el beso inmensamente pasional. Sus manos viajaron por debajo de la camiseta de Ángela, acunó uno de sus pechos en su mano y lo estrujó provocando un gemido que murió en su propia garganta. Martina deslizó sus manos recorriendo el abdomen de Ángela y continuó bajando hasta lograr su objetivo, deshacerse de su ropa interior. Ángela comenzó a mover sus caderas a un ritmo desesperante al sentir el suave tacto de Martina, que solo pretendía dejar caricias provocativas cerca de su centro. Martina no tenía interés en ser delicada, así que, sin previo aviso, introdujo dos dedos, haciendo que el cuerpo de Ángela se estremeciese en cada penetración y sus gemidos se perdían en su boca. El interior de Ángela comenzó a contraerse, pero Martina no bajó su ritmo, haciendo que gritase casi desesperadamente. En cada movimiento acertado, aumentaba el placer de Ángela, que pensaba que sería capaz de desmayarse al recibir tanto placer. Entre gemidos y respiraciones erráticas, Ángela fue capaz de pronunciar a duras penas el nombre de Martina, dándole a entender que su orgasmo se estaba prolongando, y eso la estaba volviendo loca. Su respiración se aceleró exponencialmente, sintió como su capacidad de audición disminuyó de la misma manera que cuando metes la cabeza debajo del agua, su corazón iba descompasado completamente. Martina escondió la cabeza en el hueco del cuello de Ángela, respirando sobre su piel mientras encontró su propio placer en cada roce con el cuerpo de Ángela. Sintió como una corriente eléctrica recorrió su columna, dejó un mordisco sobre su piel, lo que catapultó a Ángela a un orgasmo explosivo. Definitivamente, Martina sabía cómo moverse. Después de su arrebato de pasión, tuvieron que pedir comida para cenar, la intención de Martina de sorprender a Ángela en su propia cocina cocinando algo sencillo, acabó calcinada.

Martina había accedido a la invitación por parte de Ángela para pasar la noche en su casa. A pesar de la revolución que existía en su cabeza desde el día anterior, cuando fue a comer al puerto con Jaime y volvió a encontrarse con Emma. Necesitaba aclarar sus sentimientos y decidió darse una oportunidad para comprobar lo que sentía por Ángela. Estaba sentada en la cama con medio cuerpo apoyado en la pared, revisaba sus correos y leía atentamente aquellos que provenían de la universidad. El ruido de la puerta, abriéndose, llamó su atención y levantó la vista para observar detenidamente a Ángela, que se acercaba a la cama vestida con una simple

camiseta que dejaba un hombro al descubierto.

—¿Piensas dormir con eso?

—Sí — respondió Ángela con una sonrisa ardiendo en picardía.

Gateó sobre la cama hasta llegar junto a Martina, le dio un beso rápido en los labios y se puso a horcadas sobre ella. Levantó los brazos y se quitó la camiseta lentamente, dejando su cuerpo completamente desnudo, las manos de Martina viajaron por su contorno reconociendo cada curva de su anatomía. Ángela comenzó a balancearse mientras dejaba besos recorriendo su cuello hasta llegar a su clavícula. El ritmo de sus movimientos aumentó y Martina sentía como estaba a punto de estallar, Ángela marcó con sus dientes un lado de su cuello, provocando que ella gimiese casi desesperada. Se incorporó levemente y metió la mano entre sus cuerpos, mientras se lanzó a devorar su boca cuando palpó la creciente humedad de Martina, se incorporó un poco, lo justo para que pudiese entrar en ella. Comenzó a moverse de nuevo, pero esta vez de manera más enérgica, cada movimiento iba acompañado de gemidos y gruñidos contra la boca de Martina. Las manos de Martina se anclan en su pecho para ayudarse a mantener el ritmo, disfrutaba del tacto poco delicado que le ofrecía esa postura, echó la cabeza hacia atrás, permitiendo que Ángela se deleitase lamiendo su cuello y aumentó un nivel más el ritmo de sus caderas, incrementando así su placer. De repente, detuvo sus movimientos de golpe y Martina la miró con una mirada llena de frustración, Ángela le respondió con una sonrisa de medio lado y una mirada completamente oscura llena de deseo, se dejó caer hacia un lado, llevándose a Martina con ella mientras la sujetaba por los hombros. La mano de Martina se cuela entre sus cuerpos hasta llegar al sexo de Ángela, encontrándose con una humedad caliente y palpitante, introduce dos de sus dedos provocando un gemido ronco en Ángela que, al sentir la presión de su mano en su sexo, araña la espalda de Martina dejando unas leves marcas. Se tomó su tiempo, explorando, acariciando y mimando cada uno de sus recovecos, Ángela curvó su espalda y gimió más fuerte, dejando escapar toda la intensidad que sus caricias le estaban provocando. Su piel suave como la seda y cálida, se estremecía en cada caricia intencionada que Martina le ofrecía. Sus labios viajan por todo su cuerpo, adorando cada una de sus partes, burlándose del éxtasis cuando amenazaba con aparecer, entonces ella, bajaba la intensidad de sus caricias, dejando a Ángela completamente necesitada y con ganas de más. Martina tampoco soportaba mucho más la necesidad de liberarse, se colocó sobre su cuerpo y devoró su boca con ansia mientras se colocaba estratégicamente para tener el mayor contacto de piel con piel. Las manos de Ángela buscaron consuelo estrujando entre sus dedos las sábanas cuando sentía que llegaba a la cúspide del placer. El orgasmo la dejó sin aliento, dejando su garganta muda y su corazón se saltó algún latido, a Martina solo le bastó dos profundos movimientos más para acompañarla en su caída libre al vacío. Ángela sonrió inconscientemente, dobló una de sus piernas y con un ligero movimiento, invirtió las posiciones, quedándose tumbada sobre el cuerpo sudado de Martina, su mirada era penetrante y profunda, luciendo una sonrisa prometedora, rozó su nariz con la de Martina y fue dejando besos tiernos por todo su rostro. Poco a poco fueron cayendo en los brazos de Morfeo, completamente agotadas. Ángela dormía plácida, con una expresión tierna y relajada, con los labios ligeramente entreabiertos, el ceño de Martina levemente arrugado era una clara mueca de satisfacción.

Las primeras luces del día comenzaban a colarse por las rendijas de la ventana, iluminando toda la habitación. Los viejos edificios del centro, se distinguían entre los modernos y gigantescos edificios que rodeaban el centro histórico de la ciudad. La casa de Ángela estaba situada en una de las calles que limitaban el barrio más bohemio de Málaga. A pesar de la oscuridad que se resistía a irse, se podía ver como se movían las hojas de las distintas plantas que

vivián en el balcón. La suave brisa entraba por la Ventana, acunando de manera muy dulce el calor que ofrecía la temporada de primavera. El silencio había sido el único cómplice de la noche. El sol comenzaba a despuntar por el horizonte anunciando una madrugada cálida, estaban tumbadas en la cama, Martina rodeaba a Ángela entre sus brazos, mientras ella descansaba la cabeza en su pecho y dibujaba figuras en su piel con su dedo índice.

—Hoy te he echado de menos... — confesó Ángela entre los brazos de Martina — y me ha dado miedo...

—¿De qué tienes miedo? — preguntó un poco confusa Martina.

Pasaron unos minutos sin que hubiese respuesta por parte de Ángela, Martina pensó que se había quedado dormida, ya que también cesaron los movimientos de su dedo por su abdomen. Pero el llanto procedente de la chica tumbada sobre ella, puso en alerta a Martina que la estrechó entre sus brazos para consolarla.

—¿Quieres contarme qué te pasa, Ángela?

—No me puedo creer que no te hayas dado cuenta... — dijo Ángela secándose las lágrimas que caían a traición, dejándola al descubierto.

—Ehh... ¿Si digo que soy disléxica, me salvo de la acusación? — el comentario de Martina provocó que Ángela rompiese a reír.

—Martina, estoy muy bien contigo... — Ángela levantó la cabeza y miró fijamente a Martina a los ojos — y me lo paso muy... — sonrió — muy bien contigo... pero las dos sabemos que esto no va a ninguna parte...

—Ángela, yo... — intentó interrumpir Martina, pero Ángela le puso un dedo en sus labios para que se callase.

—Si insistimos en continuar con esto... — hace tiempo que Ángela había perdido cualquier esperanza — estaríamos perdiendo el tiempo... — se recolocó para poder mirar de frente a Martina — yo quiero a alguien pasional, que me desee, que me necesite... que me haga vibrar con tan solo mirarme... Martina, quiero a alguien que me deje llegar hasta su corazón... — Martina desvió su mirada — y las dos sabemos que tu corazón está ocupado... y esa mujer ha reaparecido otra vez... — las lágrimas de Ángela se secaron al revelar por fin todo lo que llevaba dentro y tuvo el valor de sellarlo con un beso.

—Te quiero, Ángela y no quiero perderte — esta vez fue el turno de Martina, sus lágrimas comenzaron a precipitarse por su rostro. Corría el riesgo de perderla para siempre, al confesar el huracán de emociones que revolucionaba su interior, pero Ángela se merecía la verdad.

Ángela gateó por la cama hasta colocarse a horcajadas sobre Martina, rodeó su cuello con sus brazos y dejó un tierno beso en sus labios. Fue un beso íntimo entre dos personas que se conocían desde hacía tiempo y que habían mantenido una relación, pero ahora las dos sabían que se estaban despidiendo de esa relación para siempre. Había llegado el momento de que cada una continuase su camino.

—Yo también te quiero, Martina... no me vas a perder...

Pasaron el resto de la mañana de forma muy relajada en la habitación de Ángela, acostumbrándose a su nueva relación. Martina escuchaba atenta mientras Ángela le contaba historias sobre su corta estancia en Madrid. Martina contraatacaba con historias graciosas sobre aventuras con ligues durante la universidad, de ella y Jaime y para su sorpresa, Ángela le confesó la relación que mantuvo con un compañero de clase durante los dos primeros años de carrera. Martina le confesó que le iba a contar esa historia a Jaime y le aseguró que no tardaría ni un día en recibir algún tipo de invitación por su parte, conocía muy bien la galantería de su amigo.

Cuatro días después del reencuentro con Martina y Jaime en el restaurante donde trabajaba, Emma estaba sentada en la misma sala de espera de la que, cinco semanas antes, había huido. Observaba cada rincón de la sala, reconociendo el estado impoluto en la que se encontraba. Una enfermera salió y le preguntó su nombre, en cuanto confirmó que era la siguiente paciente, la invitó a acompañarla a la consulta. Emma se fijó, nada más entrar, en una vitrina alta colocada en la pared de enfrente, estaba llena de pelotas de futbol, de golf, algunas de tenis y un par de guantes de boxeo, todos esos objetos estaban firmados y dedicados. Era evidente que los deportistas confiaban en las manos de Martina. La enfermera la sacó de sus pensamientos y la invitó a sentarse en la silla que estaba frente a la gran mesa de la consulta.

—¿Desea agua o café mientras espera? — Emma negó con la cabeza — ¿No? Bueno, la doctora Montenegro vendrá en unos minutos, está terminando una intervención de urgencias.

Emma recorrió la sala con la mirada y se fijó en una pared cubierta de fotografías. En cada una de ellas, Martina aparecía con personas diferentes y fue capaz de reconocer a varios deportistas nacionales y alguno local que le sonaba por las noticias en la prensa. Todos sonreían como si les hubiesen tocado la lotería. La enfermera se dio cuenta de la curiosidad de Emma.

—El muro de la fama de la Diosa de los huesos — comentó al mismo tiempo que le colocaba el manguito del tensiómetro alrededor del brazo.

—¿Por qué la llaman la diosa de los huesos? — preguntó Emma llena de curiosidad.

—Porque la doctora dio muestras de un increíble talento para la cirugía de trauma, desde el primer momento que cogió un bisturí. Es conocida en todo el país por sus milagros. Todas las personas que ve ahí, son antiguos pacientes a los que esas manos tan hábiles les salvaron la carrera e incluso la vida. El mote se lo pusieron sus profesores en la facultad de medicina al ver su destreza y todavía le dura, pero seguramente, si pregunta a cualquiera de esas personas — dijo señalando las fotos — seguro que están de acuerdo con el apodo — la enfermera escribió algo en su historial y luego lo dejó sobre el escritorio.

La puerta se abrió y apareció Martina con una bata blanca, planchada perfectamente, Emma pensó que era la mujer más sexy que había visto nunca. Por primera vez en los últimos años, Emma se convenció de que merecía un poco de buena suerte después de tantos tropiezos en la vida y algo en su interior le decía que Martina era el camino para hallarlo.

—Hola, señorita Peralta — Martina sonrió y su atractivo había aumentado varios puntos — ¿preparada para el reconocimiento?

—¿Te aprovecharás de la situación y me dirás que me quite la ropa? — Emma se golpeó mentalmente, no sabía de donde había salido esa pregunta, pero sonrió a pesar de que salió sin permiso.

—Tranquila, prefiero que, frente a mí... te quites la ropa por voluntad propia — Martina no levantó la vista del historial, pero media sonrisa se asomó entre sus labios al ver de reojo la cara de Emma — de momento solo voy a necesitar hacerte unas radiografías... y para eso no tienes que quitarte nada... así que, tranquila.

Martina llamó a la enfermera y le dio las instrucciones de todas las pruebas que iba a necesitar. Martina fue paciente, amable y muy cariñosa con ella, tanto que el muro de Emma se derrumbó

sin que pudiese hacer nada para evitarlo. Martina ayudó a Emma a sentarse en la silla de ruedas para que la pudiesen llevar más cómodamente a realizar todas las pruebas que había ordenado.

—Y dígame Doctora Montenegro... — Emma contuvo la sonrisa ante la proximidad de Martina e intentó controlar sus emociones — ¿así es como trata a todos sus pacientes? — esta vez la sonrisa supo cómo abrirse paso entre sus labios.

—Esto es un trato experimental — Martina se puso seria, pero su semblante continuaba siendo relajado y afable — lo llevo a cabo con los pacientes más impasibles... — sonrió mirándola a los ojos — los que tienen un exterior de acero, pero que luego resulta que por dentro son una magdalena...

Martina y Emma estuvieron bromeando de una forma tan intencionada que hasta un ciego podía ver la tensión que existía entre ellas. Las miradas y las sonrisas solo fomentaban que esa tensión creciese y creciese, pero las dos estaban encantadas por la situación.

—Voy a tener que ponerte una férula... — dijo Martina con un semblante que reflejaba algo de preocupación — no hacer el reposo aconsejable durante las primeras semanas, no ha sido lo más conveniente para la recuperación...

—¿Eso qué significa? — los ojos de Emma se humedecieron.

—No quiero que te preocupes — Martina se levantó y se sentó frente a ella, sobre su escritorio — soy buena en esto, créeme... te prometo que solo tienes que hacerme caso durante las próximas seis semanas y no te quedarán secuelas... — Emma levantó la vista y sonrió al verse reflejada en la mirada de su doctora favorita — tranquila, todavía estamos a tiempo de hacer las cosas bien.

FLASHBACK

—¡Ya tenemos el nombre de la reina y el rey del baile — gritó la directora sobre el escenario en mitad de la fiesta de fin de curso — el rey del baile es... ¡¡Daniel!!

Un chico alto y moreno subió a la tarima y todos lo vitorearon, Martina bufó junto a dos de sus amigos del club de ajedrez, tenían claro que el capitán del equipo de baloncesto del instituto fuese elegido como el rey del baile. Ahora faltaba adivinar cuál de las tres chicas más populares iba a ser la reina del baile.

—Y ahora vamos con la chica más votada para ser la reina del baile — dijo la directora después de colocarle la ridícula corona a Daniel — y la más votada ha sido... ¡¡Lorena!!

Tras ese nombre, los vítores llenaron la sala, pero alguno que otro abucheo proveniente del equipo de voleibol que estaban seguras de que la reina del baile sería Emma. Ella fue elegante y aplaudió la elección de la reina, intentó con todas sus fuerzas que la decepción que sentía en su interior, no destacase en el brillo de sus ojos.

—Tú siempre serás la reina entre todas las elegidas — le susurró Martina a Emma al pasar por detrás de ella.

Emma se giró y sus miradas se cruzaron durante unos instantes, Martina le sonrió y continuó su camino hacia el pasillo de las taquillas del instituto. Emma la siguió con la mirada y cuando Martina cruzó la puerta, Emma siguió sus pasos a un ritmo más apresurado. Fue capaz de alcanzarla cuando llevaba pocos metros del pasillo recorrido. La agarró con fuerza del brazo y la empujó contra las taquillas y sin darle tiempo a reaccionar, la besó con vehemencia.

—Ni se te ocurra volver a acercarte a mí — dijo Emma a pocos centímetros de su boca.

Le dejó otro beso rápido en los labios y se fue recorriendo por el mismo camino que la había

llevado hasta allí. Martina continuaba de pie contra las taquillas, estuvo segura de que su corazón se saltó más de un latido. Una lágrima cayó recorriendo su rostro reconociendo la naturaleza de aquel beso. Emma jamás se permitiría el lujo de ignorar los comentarios de la gente, así que nunca sería ni tan siquiera su amiga y, mucho menos, algo más por mucho que lo deseara. Martina se prometió así misma, en la penumbra de aquel pasillo, que no volvería a saludar, a hablar, ni siquiera a mirar a Emma. Sin poder controlar su mente, aquel beso quedaría en su recuerdo para siempre, pero nunca más volvió a tener algún tipo de acercamiento hacia ella.

Emma no dejaba de mirar a la puerta, esperando a que se abriese y Martina apareciese luciendo su brillante sonrisa, esa sonrisa con la que había soñado las últimas noches. Los minutos iban pasando y su decepción aumentaba, cerciorándose de que Martina no iba a aparecer.

—Ya está Emma — dijo la enfermera sacándola de sus pensamientos — seguro que con esta férula podrá moverse bien...

Habían pasado casi cuatro meses desde el accidente de moto y, aunque la cicatriz había curado muy bien, la desobediencia de reposo absoluto que Martina le aconsejó, había forzado el hueso a no cicatrizar como se esperaba. La férula especial que había pautado Martina durante seis semanas, ayudaría a corregir la cojera.

—Gracias Sara... — Emma volvió a mirar hacia la puerta, no se resignaba a irse sin ver a Martina — disculpa... ¿Está Martina? — se atrevió por fin a preguntar.

—Sí, está en su consulta... — Sara la miró durante un segundo sabiendo lo implicada que estaba la chica frente a ella — pero debo advertirle que en los últimos días tiene un humor de perros.

—¿Cree que pueda ir a verla? — Emma titubeó al pensar que se estaba extralimitando y quizá no era tan buena idea.

—Creo que se llevará una grata sorpresa — Sara sonrió y le indicó que podía salir por la puerta interna para acceder directamente a la consulta — espero que su visita la relaje y vuelva a ser la de antes.

—¿Por qué dice eso? — preguntó Emma extrañada por la afirmación de la enfermera.

—Porque sus ojos han brillado cuando ha visto su nombre en la agenda de hoy.

Esas palabras provocaron una tierna sonrisa en Emma que no fue capaz de disimular. Emma se sonrojó por el cumplido y sintió que se le llenaba el pecho de un calor agradable. Con las mejillas un poco sonrojadas, bajó de la camilla y caminó hacia la puerta que le conducía directamente a la consulta de Martina. Desde que Martina entró en su vida y la trató con cariño y atención, había soñado en varias ocasiones con una vida bella, sin tener que esperar siempre malas noticias que la pillasen desprevenida. En sus últimos años sentía que su vida iba cuesta abajo y sin frenos y ella, simplemente, se dejaba llevar agotada por la situación. Esa sensación había desaparecido un poco desde hacía un par de semanas atrás, cuando una noche, en medio de una discusión con Carlos, que le recriminaba la falta de intimidad entre ellos, encontró el valor suficiente para recoger sus cosas y largarse de una vez por todas. No le importó las veces que le confesó el dolor que sentía en su pierna, Carlos simplemente reclamaba su derecho. Emma se estaba acostumbrando a tomar sus propias decisiones y, aunque sentía un cierto vértigo por el cambio tan radical en su vida, se sentía feliz. Su pecho estaba lleno de ganas por vivir su nueva vida. Durante las dos últimas semanas, Martina se colaba en sus sueños, revelándole un deseo que le quemaba en el pecho y que estaba a punto de explotar. Así que, con la libertad que le

permitía la nueva férula, que por fin podía caminar sin dolor, estaba decidida completamente a intentar seducir a Martina.

—Hola Doctora Montenegro, ¿puedo pasar? — preguntó Emma asomando la cabeza por la puerta.

Martina levantó la mirada de los historiales que tenía sobre la mesa y sonrió. No esperaba que Emma aprovechara la oportunidad de poder caminar sin dolor, para verla a ella antes que cualquier otra cosa.

—Hola, señorita Peralta — respondió Martina acomodándose en su silla — veo que Sara te ha colocado la férula...

—Sí, ha sido muy amable — dijo Emma entrando en la consulta.

—¿Cómo te sientes? — le preguntó mientras la observaba caminar hacia ella para sentarse en una de las sillas frente a su mesa.

—Bien, muy bien — Emma se armó de valor y la miró a los ojos, necesitaba descifrar lo que Martina podía llegar a sentir — yo creo que en un par de semanas podré invitarte a bailar — sonrió ampliamente.

—Necesitas algo más que un par de semanas para poder bailar — Martina se levantó y se sentó sobre su mesa, quedando frente a Emma y más cerca — pero si me haces caso en tu recuperación, te prometo que en seis semanas iremos — Martina clavó su mirada en la de Emma de una forma tan intensa que era casi intimidatoria.

—¿Iremos? — Emma aguantó su mirada estoicamente — ¿Cómo si fuese una cita?

—Es una cita — la confirmación de Martina hizo que ambas rompiesen a reír — hace mucho que no salgo a bailar, así que puede que me falte un poco de práctica, pero si puedes soportar mi compañía, seré tuya durante una noche.

El corazón de Emma se aceleró, pero podía asegurar que se saltó más de un latido. Frente a ella tenía a una mujer que la había tratado con respeto desde el instituto a pesar de sus burlas y años más tarde, seguía tratándola con amabilidad y cariño. Emma no estaba segura de cómo debía responder a ese comportamiento, así que siguió a su instinto y se dejó llevar.

—Será todo un placer tenerte para mí toda una noche — confirmó Emma sin ningún tipo de titubeo.

Emma se sentía valiente cuando estaba con Martina, era una sensación tan nueva que le calentaba el pecho de una manera muy agradable. Se levantó de la silla y se acercó a Martina, le pasó los dedos por el pelo colocando una greña detrás de su oreja y sintió como se relajó al instante. Dejó un beso en su mejilla y salió de la consulta sonriendo, dejando allí a Martina completamente hipnotizada e inmóvil sentada sobre su mesa.

Jaime entró, como de costumbre, en su consulta sin llamar. Martina estaba de pie junto a la ventana, con la mirada perdida en los edificios que había frente al hospital. Jaime cerró la puerta y pasó el pestillo, ese sonido hizo que Martina, desde su posición, riese fuertemente.

—Van a hablar de nosotros, si sigues cerrando la puerta cada vez que entras en mi consulta... — dijo Martina sin apartar su mirada de la ventana.

—Esa es mi intención — respondió Jaime, colocándose a su lado y dirigiendo su mirada hacia el mismo lado que lo hacía Martina.

Pasaron así varios minutos, nos les hacía falta hablar, la confianza que existía entre ellos después de tantos años, les permitía permanecer en completo silencio sin que este fuese

incómodo.

—¿Qué te pasa, Martina? — preguntó suavemente Jaime.

—Estoy cansada... — Martina resopló y se giró hacia su amigo — vámonos de vacaciones — dijo firmemente.

—Tengo la maleta preparada amiga... — Jaime se acercó a Martina y la besó en los labios — pero sabes que no es eso lo que te sucede... — Martina sonrió tímidamente y desvió su mirada al suelo — Martina, te quiero y me preocupo, hace unos días dejaste a Ángela... aunque fue ella quien te dejó, realmente...

—¿Y tú cómo sabes eso? — preguntó confundida.

—Me la encontré el otro día y estuvimos... hablando... — Martina sonrió al descubrir que su amigo le ocultaba algo más — pero te conozco Martina, no es eso lo que te pasa, Ángela no era más que una amiga con derechos más especiales que las demás, nunca ha sido capaz de llegar hasta tu corazón...

—No me apetece hablar de esto...

—Pues te jodes — Jaime le golpeó en las costillas — llevas varios días que no eres tú, así que ha llegado el día de hablar de lo que te pasa.

El tono de Jaime sonó serio y decidido, así que Martina supo que no tenía escapatoria. Respiró profundo y se dejó caer en su sillón. Jaime continuaba mirándola desde su posición de pie junto a ella.

—Me estoy volviendo loca, Jaime...

—¿Emma? — preguntó Jaime.

—¿Tan evidente es? — Martina sonrió y puso su cabeza entre sus manos — no sé cómo gestionar todo esto...

—Déjate llevar, querida — Jaime se sentó sobre la mesa junto a su amiga y pasó su mano acariciando su hombro — por una vez en tu vida, arriégate, vive, disfruta de lo que sientes, haz lo que te apetezca y no lo que es correcto y políticamente aceptable...

—¿Y si me destroza?

—Si te destroza... que no lo creo — aclaró Jaime — pagarás dos billetes de avión y desapareceremos por un tiempo...

—¿Dónde yo quiera? — preguntó Martina sonriendo.

—No — Martina rompió a reír ante la contestación tan rotunda de Jaime — no pienso arriesgarme a que me lleves a ver museos en algún país nórdico donde haga un frío infernal, iremos a algún sitio caluroso... cócteles en la playa y chicas en bikini... hazme caso, sé de lo que hablo.

—Definitivamente, eres el hombre de mi vida — respondió Martina y luego se volvieron a besar en los labios, con un roce casto y honesto.

8. Noche de suerte

El día se había despertado algo sombrío, el sol se estaba haciendo de rogar, era media mañana y todavía no había despuntado en el cielo. Las nubes anunciaban una tormenta y el aire era fresco, tanto que te obligaba a cerrarte el cuello del abrigo para no congelarte.

Martina había tenido una operación a primera hora de la mañana, un accidente de coche con tres heridos, había complicado su día, tuvo que retrasar varias visitas porque la complicada operación se había alargado más de lo previsto. Caminaba hacia su consulta, completamente distraída y pensando en lo que sería capaz de adelantar en lo que le quedaba de mañana. Pasó por la puerta de rehabilitación y una risa llamó su atención.

—Buenos días — dijo asomándose por la puerta.

—Buenos días, Doctora Montenegro — respondió la fisioterapeuta con una enorme sonrisa.

Era extraño ver a la doctora pasar por el servicio de rehabilitación, bueno, en realidad, era extraño ver a cualquier médico de traumatología en rehabilitación. Por norma general, una vez había terminado el postoperatorio, derivaban al paciente al fisioterapeuta y ellos continuaban con el siguiente paciente. Pero la doctora Montenegro tenía un interés especial por esta paciente en concreto.

—No quiero interrumpir... — dijo Martina acercándose a Emma — venía a ver cómo te desenvuelves con la férula...

—Bien... — dijo Emma algo tímida.

—Si sientes dolor o notas algo...

—No, no — interrumpió Emma enseguida — solo quiero que esto acabe ya... necesito estar bien.

—Bueno, tranquila, las cosas llevan su tiempo — Martina miró el ejercicio que estaba haciendo Emma junto a la fisioterapeuta — y por lo que veo, será antes de lo esperado.

—Entonces... — dijo la fisioterapeuta clavándole la mirada descaradamente — ¿no volveremos a verla por aquí?... una pena... — musitó sonriendo.

—Siempre puedes venir a mi consulta ante cualquier duda o problema — respondió Martina educadamente.

—Lo tendré en cuenta — la fisioterapeuta se acercó un poco más a Martina para responderle.

Emma, que continuaba de pie junto a ellas, cambió su semblante, completamente, al ver el coqueteo descarado de la fisioterapeuta, ver como una mujer se acercaba así a Martina, hacía que su sangre hirviese.

—Me tengo que ir ya... — Martina se dirigió a Emma con una sonrisa, aunque ella no le respondió de la misma forma — si tienes algún tipo de dolor, pasa por mi consulta antes de irte.

Martina se dio media vuelta y salió de allí dejando a Emma con una revolución interna que no era capaz de gestionar y, para colmo, tuvo que soportar los comentarios de las allí presentes, piropeando, sin vergüenza alguna, a Martina. Los celos que recorrían su interior eran difíciles de

domar, hizo acopio de toda su fuerza interior para comportarse correctamente.

Dos días más tarde, Martina fue durante su tiempo de descanso hacia la zona de rehabilitación. Caminaba a paso ligero y mirando su reloj, intentando llegar a tiempo a la hora de la terapia de Emma, pero para su sorpresa, se la encontró en el pasillo, caminando hacia la salida.

—¿Ya has terminado? — preguntó Martina cuando estuvo frente a ella.

—Sí — su respuesta fue tajante — pero tranquila, creo que la fisioterapeuta tiene para un rato. Emma se marchó de allí sin decir nada más, dejando a Martina completamente confundida.

Al día siguiente, Emma salió de su terapia y se encontró a Martina sentada en la silla que quedaba justo enfrente de la puerta.

—¿Qué haces aquí? — a Emma le salió sola la pregunta, ni tan siquiera midió el tono de voz esta vez.

—Esperándote... — Martina se puso de pie junto a ella.

—Pues yo ya he terminado, así que puedes pasar, la fisioterapeuta se ha quedado libre — dijo con un poco de desdén.

—Solo quiero saber cómo vas con el dolor... — Martina ignoró el tono de Emma y continuó usando un tono suave y dulce.

—Bien, la medicación está funcionando.

Emma respondió y comenzó a caminar hacia la salida, Martina la siguió en completo silencio. El interior de Emma se iba ablandando a cada paso que sentía que Martina la seguía. Llegó hasta la puerta del hospital y antes de dar el paso que la sacaba de allí se dio media vuelta.

—¡¡Doctora Montenegro!! — una enfermera corría tras ellas — la están buscando en urgencias.

—Enseguida voy — respondió Martina y volvió a mirar a Emma con una sonrisa entre sus labios.

—¿Por qué haces esto? — Emma no aguantó sus ganas y se atrevió a preguntarle de frente.

—Porque me importas, Emma — respondió Martina acercándose a ella y le dejó un beso en la mejilla para luego salir corriendo detrás de la enfermera camino a urgencias.

Martina estaba manteniendo una conversación con un compañero en la puerta del hospital, mientras Emma los observaba desde una distancia prudencial para no desvelar su presencia. No perdió detalle sobre aquella mujer, llevaba unos vaqueros claros, con unas zapatillas de color oscuro y una camiseta de color gris, de su hombro colgaba una mochila, que Emma había reconocido al verla varias veces en su consulta. Una sonrisa se abrió paso entre sus labios al verla reír con aquel otro chico, le encantaba Martina y no podía disimularlo.

—Emma, querida... — la voz de Jaime la sorprendió por la espalda — tienes un aspecto ridículo... pareces una acosadora vigilando a Martina desde aquí.

—Gracias Jaime, me alegra saber la opinión que tienes de mí — respondió Emma con las mejillas un poco sonrojadas al sentirse descubierta.

—Vamos, querida, tienes la piel muy fina... — Jaime se sentó en el borde del gran macetero que Emma había usado como escondite — solo digo que Martina merece más que esto... así que sal de tu escondite y ve en su busca, estoy Seguro de que le encantará.

Jaime intentaba ser amable con la persona que tenía el poder de romperle el corazón a su amiga. Martina entró en el hospital y el cuerpo de Emma se relajó, Jaime sonrió al ver su cambio de actitud.

—No estoy tan segura... — dijo Emma sin apartar la vista de la puerta del hospital.

—Mira Emma, hace veinte años le hiciste mucho daño... — Jaime suavizó su tono — ahora has vuelto a aparecer y me doy cuenta de que sigue habiendo restos de ti en su corazón... aunque te reconozco que no lo entiendo, veo el brillo en sus ojos cuando habla de ti... — puso su mano sobre el brazo de Emma — me alegro de que estés bien y de la relación agradable que tenéis, pero si tienes pensando volver a marcharte cuando acabes tu recuperación, díselo ahora... Ya no tenemos diecisiete años... esta vez no será tan fácil superarlo. Tiene su propia vida, no permitas que la pierda... si le haces daño me encargaré de que lo lamente — terminó su discurso con un tono neutro.

—Gracias por ser sincero conmigo... — los ojos de Emma se habían humedecido ante las palabras sinceras de Jaime — ¿Tan mal se lo hice pasar en el instituto?... pensaba que no le afectaba el amor-odio que manteníamos... siempre creí que encontraría a alguien más afín a ella... — Emma volvió a mirar fijamente hacia la puerta del hospital — tú y yo sabemos que yo no era buena para ella... era mejor tenerme lejos... — no era capaz de voltearse, temía enfrentarse al hombre que tenía a su lado.

—¡¡Una mierda!! — exclamó Jaime recuperando la atención de Emma — era ella quien tenía el derecho a decidir... no tenías que tratarla como lo hiciste... — fue el turno de Jaime para fijar su mirada en la puerta del hospital — estaba enamorada de ti y pasó un infierno... ella nunca te lo dirá porque no es esa clase de persona que quiere que te sientas mal por venganza... Dime Emma, ¿cuándo te dijo una palabra más alta que otra o algo fuera de lugar? — preguntó visiblemente enfadada.

—Tienes razón, Jaime, Martina nunca hizo algo parecido... — Emma miró al suelo — ¿Te ayudaría saber que todo lo hice por miedo? Por qué despertaba en mí algo que no sabía gestionar... — levantó la vista y miró a Jaime a los ojos — me sorprendió muchísimo cuando se ofreció a operarme... y luego a seguir toda mi recuperación... yo pensé que me dejaría en manos de otro médico, pero no lo hizo.

—Despierta Emma, claro que Martina no ha hecho nada de eso... — Jaime buscó la mirada de Emma — ella te quiere, idiota — Emma desvió su mirada de nuevo — ha habido varias mujeres que querían ocupar su corazón, pero la tonta de Martina, ha acabado rechazándolas a todas de forma muy gentil, consiguiendo ser amiga de todas ellas... y créeme que algunas de esas mujeres

eran auténticos bellezones. Le pregunté por qué no elegía una y seguía con su vida, ¿quieres saber lo que me respondió? — preguntó Jaime suavizando el tono.

—Sí, quiero saberlo — confesó Emma en voz baja.

—Dijo que no sería justo meterse en una relación con un corazón roto, esa fue su respuesta. Yo no volví a preguntar nunca... pero ahora estás aquí — dijo Jaime con un aspaviento — Emma, sus ojos vuelven a brillar, veo la ilusión reflejada en ellos, así que te hago responsable de su corazón... Si le vuelves a dañar, te buscaré, te prometo que te encontraré y esconderé tu cadáver.

Jaime la señaló con el dedo de forma amenazante para luego dejarla allí sola. Emma se quedó durante unos minutos pensativa, debía gestionar todo lo que ella y Jaime habían hablado. Respiró hondo varias veces y se armó de valor para entrar en el hospital. Emma caminó con mucha habilidad por los pasillos del hospital, nunca imaginó que se desenvolvería tan bien por ese edificio. Las cinco semanas de rehabilitación habían dado su fruto, podía apoyar la pierna con normalidad sin sentir ningún tipo de dolor. Y las visitas de Martina, con la excusa de asegurarse de que los movimientos correctos para su recuperación, ayudaban a ser constante en los ejercicios. Llegó a la puerta de la consulta y se frotó las manos contra sus mulsos, sentía que le sudaban como nunca antes, sentía que le sudaba todo el cuerpo, en realidad. La conversación con Jaime seguía bombardeando en su mente, el día tan esperado había llegado, si Martina no sacaba el tema de la cita que tenían pendiente, estaba decidida a invitarla ella.

—Perdón... no quería interrumpir — dijo Emma con la voz temblorosa.

Emma tocó la puerta y seguidamente entró en la consulta sin dar tiempo a Martina a responder, pero su respiración desapareció de forma súbita cuando descubrió a Martina abrazando a una mujer en su consulta.

—Emma... — dijo Martina con una sonrisa — Ángela... ella es Emma — dijo sin soltar la cintura de Ángela.

Ángela extendió la mano para saludarla y Emma respiró profundo un par de veces antes de acceder al saludo.

—Venía a... pero... da igual... — Emma no era capaz de coordinar una frase coherente — esperaré fuera.

Emma se dio media vuelta con la intención de salir de la consulta, pero en ese preciso momento, se abrió la puerta y una nueva figura con bata blanca se asomó.

—¿Esto es lo que te enseñaron en la facultad? — Jaime sonreía mientras se colocaba junto a Emma — está feo hacer un trío y no invitar a tu mejor amigo.

Martina y Ángela sonreían mientras Emma continuaba con su gesto serio.

—Tú siempre serás mi favorito — respondió Ángela enarbolando una sonrisa.

—Aquella noche debiste irte conmigo y no con esta... desagradecida... — Jaime se acercó a Ángela y pasó el brazo por sus hombros y la acercó a su cuerpo — que bien te lo hubieses pasado...

Emma continuaba inmóvil en su sitio, viendo toda aquella escena sin entender nada, pero la sangre le seguía hirviendo al ver como Ángela cogía a Martina de la mano. Se le formó un nudo en la garganta, necesitaba salir de allí corriendo, gritar, respirar aire puro, pero continuaba en silencio en la misma posición, siendo testigo de la camarería entre ellos y sintiéndose invisible.

—Ángela... — Jaime llamó su atención — te invito a un café... Martina tiene que atender a la señorita Peralta, como es debido — la sonrisa cómplice entre Jaime y Martina descifraba muchos secretos.

—Vamos — Ángela dejó un beso en la mejilla de Martina — tú sí que sabes tratar a una mujer

cómo es debido — cogida de Jaime se dispusieron a salir de la consulta — Emma, ha sido un placer conocerte.

Cuando Ángela y Jaime salieron de la consulta, Martina continuaba en la misma posición, sentada sobre su mesa y mirando fijamente a Emma, que bajó la mirada encontrando el suelo muy interesante.

—Emma... — dijo Martina casi en un susurro — ¿quieres sentarte? — señaló la silla junto a ella.

Emma sonrió y asintió casi tímidamente.

—¿Puedo invitarte a comer? — preguntó Emma directamente.

Se moría por pasar tiempo con ella y las continuas visitas de Martina a rehabilitación, solo aumentaron su valor para atreverse y buscar más momentos con ella.

—No sería muy ético... — respondió Martina sonriendo.

—¿Tienes que pedirle permiso a tu novia? — Emma no supo disimular su sonrisa forzada y eso hizo que la valentía de Martina aumentase.

—¡¡Oh!! No, no... tranquila, tenemos una relación abierta — Emma miró al suelo con la mirada llena de decepción, Martina le levantó la cara con los dedos en su barbilla — es broma, Ángela y yo no estamos juntas.

—Yo pensaba...

—Hemos quedado algunas veces en el pasado... — Martina sonreía y el brillo de su mirada la delataba — pero eso terminó hace un tiempo...

—¿Por qué?

—Porque ha aparecido en mi vida una mujer de mí pasado — dijo Martina con seguridad.

Emma sonrió y se perdió en la profundidad de sus ojos, y ese gesto desarmó a Martina por completo que, al verse reflejada en el brillo de su mirada, perdió la poca cordura que le quedaba.

—¿Tienes tiempo para ir a comer hoy? — preguntó muy sonriente Emma, en el fondo, esa invitación le hacía más ilusión de la que era capaz de reconocer.

—Si no ocurre ninguna catástrofe, podré disfrutar de la tarde — Martina se quitó la bata.

Emma reconoció en su interior que cada gesto de esa mujer, la removía por dentro y, a ella, sí que le producía una catástrofe. Martina ayudó a Emma a levantarse de la silla y ambas caminaron hasta el parking.

—¿Algún sitio concreto dónde te gustaría ir? — preguntó Martina mientras le abría la puerta del coche muy caballerosamente.

—Me da igual, mientras esté contigo — Emma no era capaz de reconocer de donde salió esa valentía para confesarle su deseo, pero se sintió orgullosa al ver la cara de Martina, que reflejaba una felicidad absoluta.

Cuando Martina detuvo el coche delante del restaurante y miró la reacción de Emma, descubrió, en ese momento, que el esfuerzo que había hecho para reorganizar su horario había valido la pena. Emma tenía los ojos completamente abiertos y un sonido salió en forma de susurro entre sus labios declarando su sorpresa. Entraron en el restaurante y uno de los camareros los acompañó hasta el jardín que había en la parte trasera y les indicó que su mesa era la del rincón.

—Qué bonito es esto — dijo Emma.

Martina sonreía al ver que el lugar había cumplido su objetivo, sorprender a Emma. Se llevaron una sorpresa cuando vieron entrar en el jardín a Jaime, acompañado por una mujer, algo

más joven que él, y con una melena negra larga y unos ojos de gata que intimidaban.

—Martina... — dijo sonriente Jaime — está claro que somos gemelos separados al nacer... — Jaime cogió a la joven de la mano — Martina, Emma, ella es Alicia, es la nueva enfermera de la UCI pediátrica.

Jaime hablaba deprisa, quería alejarse cuanto antes de su amiga, sabía que, cuanto más tiempo permaneciese cerca de ella, más posibilidades tenía de someter a su nuevo ligue a las tomaduras de pelo de Martina.

—Encantada Alicia — dijo Martina con una sonrisa divertida — aprovecha de los servicios que te ofrece Jaime, porque es un buen...

—¡Emma! ¿Qué tal tu pierna? — Jaime intervino antes de que Martina pudiese continuar.

—Mucho mejor, ya no tengo dolor... — desvió su mirada hacia Martina — gracias a los consejos de mi buena doctora — Martina sonrió.

—Estoy seguro de que sus consejos no se limitaran a la rehabilitación — Jaime miró fijamente a Martina con una sonrisa llena de picardía.

—Jaime, querido, el camarero os espera — dijo Martina señalando tras ellos con la intención de que la conversación terminase en esos términos antes de que fuese peor.

—Sí... será lo mejor... — musitó mirando fijamente a su amiga sin dejar de sonreír — mañana nos vemos en el hospital.

Martina no pudo evitar echarse a reír mientras observaba como Jaime se alejaba con su nueva conquista. Jaime no tenía remedio, las mujeres lo volvían loco y no era capaz de sentar cabeza con ninguna de ellas. Emma había advertido, durante la corta conversación, que la risa bailaba en los ojos de Martina y el pánico en los ojos de Jaime cuando se acercó a la mesa. Saber la complicidad que existía entre ellos, era divertido a la misma vez que casi peligroso. Nadie conocía a Martina como Jaime, y viceversa.

—Eres mala Doctora Montenegro — dijo Emma con una sonrisa.

—Solo soy mala cuando me provocan, querida — Martina la miró fijamente, sonrió y sujetó la mano de Emma por encima de la mesa.

Los gestos cariñosos y, tímidos a la vez, iban surgiendo con naturalidad entre ellas, disfrutaron de la comida que les sirvieron y del ambiente del restaurante. A Emma le hizo gracia cuando algunas personas que entraban a comer al mismo restaurante, se fijaban en la joven doctora y se acercaban hasta su mesa para darle las gracias por solucionar muchas de sus lesiones. Emma nunca había oído hablar de tantos golpes de golf o saques de tenis. Martina se lo tomaba con naturalidad y escuchaba atentamente a sus pacientes mientras de vez en cuando acariciaba la mano de Emma por encima de la mesa. Ella no recordaba haber sido tratada con el respeto que demostraba Martina cada vez que la presentaba a la siguiente persona que acudía a la mesa. Martina se enorgullecía de tenerla sentada a su lado y ella nunca había sido el centro de atención de nadie. Carlos jamás había demostrado tanto interés por ella, para él solo era la chica con la que, se aseguraba tener sexo cada vez que le apetecía.

—¿Quieres que vayamos a otro sitio? — preguntó Martina cuando terminaron sus postres y disfrutaron de una larga charla de sobremesa.

—¿Cuánto tiempo te puedo disfrutar? — el talante cariñoso y valiente de Emma, que surgía con naturalidad, desarmaba a Martina, convirtiéndola en la chica vulnerable del instituto.

—Para siempre, si puedes soportarme tanto tiempo.

—Eso me encantaría... — respondió Emma con una mirada ardiendo en picardía — pero me refiero a hoy.

—¿Te decepcionaría saber que Sara, ha cambiado por iniciativa propia, todas mis citas

pendientes de hoy para mañana?

—Esa mujer se merece un aumento de sueldo — respondió Emma sonriendo agradecida por la intuición de la mujer — así podremos pasar la tarde juntas.

Martina miró a Emma sin decir nada. “*Genial, ahora das por hecho que quiere pasar la tarde contigo*” se repitió mentalmente Emma, mientras observaba a Martina quieta en su silla sin decir ni hacer nada. Como había venido en su coche, no podía levantarse e irse sin más, no le quedó más remedio que esperar a la reacción de Martina. Y como era habitual en su comportamiento, Martina no reaccionó como Emma esperaba. Se inclinó lentamente hasta posar sus labios sobre los suaves labios de Emma, sonriendo sinceramente, porque las dos habían deseado hacer eso desde hacía tiempo. El beso se fue haciendo más intenso y a Emma le resultó muy agradable poder hundir sus dedos en el pelo de Martina y profundizar, todavía un poco más el beso, disfrutando del tacto generoso de los labios de Martina.

—No me dejes... — susurró sobre Martina sobre sus labios — esta vez no me alejes de ti...

—Martina... — Emma acunó su cara entre sus manos y la miró a los ojos — no me voy a ir a ninguna parte, te lo aseguro — volvió a besar de nuevo a Martina — puede que ahora ya no quiera dejar de hacer esto — dijo sonriendo con un brillo diferente en su mirada.

Emma se perdió en el verde de su mirada, era una mirada que le recordaba al cielo de una noche de verano junto al mar.

—Quiero perderme en ese brillo — susurró Martina sin dejar de mirarla fijamente.

Su mirada penetrante y profunda era la única cosa que se mantenía intacta en sus recuerdos, no había sido capaz de olvidar el tono exacto de sus ojos avellana y que ahora era capaz de descifrar todo lo que Emma guardaba en su interior. Estaban salpicados por unas pequeñas motas doradas que a Martina le parecía que destellaban pura magia. Ampliando un poco más su campo de visión, Martina observó detenidamente cada detalle del rostro de Emma, descubriendo unas pequeñas arrugas alrededor de los ojos y que describían todas las sonrisas a lo largo de su vida.

—¿Qué estás mirando, Martina? — preguntó Emma con una sonrisa enorme dibujada en sus labios.

—Te estoy mirando a ti — Martina volvió a besar sus labios con un simple roce — ¿te das cuenta de lo hermosa que eres? No has cambiado nada...

—Gracias por decir eso — susurró Emma todavía sobre sus labios — pero ya no soy esa chica que hacía voleibol en el instituto... — se echó un poco hacia atrás y sin dejar de mirar a Martina, continuó — la época de belleza ha pasado para mí... es algo que me recuerda el espejo todos los días — desvió su mirada sin tener el valor de continuar mirando a Martina a los ojos — cada día hay algo un poco más caído... alguna arruga más... y vivo muy cansada... — dijo con resignación en sus palabras.

—Emma... — Martina buscó su mirada y conectaron sus ojos, haciendo que una sonrisa volviese a dibujar la curva en los labios de Emma — tienes treinta cinco años y no eres precisamente una abuela... — Martina miró descaradamente a Emma de arriba abajo — y mi diagnóstico definitivo, es que te sientes tan cansada porque no has sido lo suficientemente feliz... — Martina se acercó peligrosamente a Emma — pero tengo una receta para acabar con ese estado... — la besó de nuevo — te garantizo que te levantará el ánimo permanentemente...

—¿Ah, sí? — Emma la besó un poco más intensamente de lo que Martina lo había hecho — ¿y en qué consiste ese tratamiento Doctora Montenegro?

La respuesta llegó en forma de un beso intenso y dos fuertes brazos que la estrecharon contra su cuerpo con fuerza. Para Martina, ese tratamiento era algo que necesitaban las dos. ¿Serían capaces de empezar algo sobre los cimientos de un pasado complicado entre ellas?

Se dedicaron caricias y besos aprovechando la intimidad que les permitía la localización de su mesa, pero necesitaban algo más. Ese momento no tenía un final así de sencillo.

—Si me sigues besando así en los labios... — dijo Emma separándose unos centímetros — moriré...

—¿Y si los labios son el único sitio donde no te beso? — la sonrisa de Martina era muy tentadora.

Emma se ruborizó levemente y desvió su mirada. Estaba encantada con lo que estaba sucediendo entre ella y Martina, pero, realmente, no sabía cómo gestionarlo.

—Martina... no te quiero engañar... — Emma levantó la mirada — soy un juguete roto... — la mirada de Emma perdió su brillo — con esto no quiero espantarte o desanimarte... Simplemente, quiero proponerte algo real, no quiero un cuento de hadas y un engaño. Porque sabes que yo llevo un equipaje lleno de heridas que he acumulado a lo largo de estos años, imagino que tú también... — Martina acunó la cara de Emma entre sus manos y la dejó terminar — así que no te prometeré un final de “felices para siempre”

—Emma, no necesito que me prometas nada — Martina la besó — solo quiero que te dejes llevar por lo que sientes aquí — Martina cogió la mano de Emma y la puso sobre su pecho.

—Entonces, llévame a casa — Emma pasó sus brazos rodeando el cuello de Martina y la besó con mucha más intensidad de la que habían disfrutado antes.

—¿Voy a tener suerte cuando lleguemos a mi casa? — dijo Martina riendo sobre los labios de Emma.

—Sin duda la tendrás — respondió con su mirada oscurecida por el deseo que había despertado los labios de Martina en su interior.

Martina ayudó a Emma para que levantarse y salieron del restaurante cogidas de la mano. Emma captó la envidia en los ojos de algunas mujeres que las observaban. Era como si el nombre de la doctora Montenegro se había tachado de una lista de solteras apetecibles.

9. La primera vez

—Siéntate, estás en tu casa... — señaló Martina, el sofá de su salón — ¿quieres tomar algo? — le preguntó.

—¿Vino? — preguntó Emma.

—¿Tinto o blanco?

—Blanco... ¿Podría ser?

—Sí — Martina dejó un beso en sus labios y caminó hacia la cocina — genial elección.

Cuando Martina volvió al salón no encontró a Emma sentada en el sofá como esperaba encontrarla.

—¿Emma? — dijo en un tono elevado.

—Estoy aquí — la voz de Emma salía de la habitación de Martina.

Al entrar en su habitación, el pulso de Martina se aceleró, estuvo a punto de dejar caer la botella de vino y las dos copas de cristal que había cogido de la cocina. Emma estaba sentada sobre la cama, vistiendo, únicamente, ropa interior de encaje, resaltando cada una de sus curvas. Era fácil perderse en su belleza. Aunque Martina llevaba años esperando a entrar en una habitación y encontrarse a Emma de esta manera, sintió que sus pies estaban pegados al suelo y que su cerebro se había paralizado. Allí plantada, abriendo y cerrando la boca como un pez fuera del agua, Martina intentaba, frenéticamente, obligar a su cuerpo a cooperar con la parte de su cerebro que le chillaba que corriese hacia la cama. Mientras Emma continuaba sentada en el mismo lugar, risueña al ver la reacción que había obtenido su plan de seducción. Desde su posición podía distinguir deseo en la mirada de Martina.

—Cariño... — Martina sonrió al escuchar el apelativo que tantas veces había deseado oír de su boca por los pasillos del instituto — ven — dijo Emma desde la cama.

Martina solo pudo asentir con la cabeza sin apartar su mirada de los ojos de Emma, si se despistaba y volvía a recorrer su cuerpo una vez más, sentía como sus piernas flaqueaban y se precipitaría sobre el suelo. Sacudió su cabeza y logró dar los pasos necesarios para llegar junto a la cama. Emma no dejó de mirarla a los ojos mientras le quitaba de las manos la botella de vino y las dos copas de cristal.

—¿Te sientas aquí conmigo? — preguntó Emma con un tono que destilaba inocencia. Martina sonrió y asintió la cabeza como una idiota. Emma contuvo las ganas de estallar a carcajadas — creo que ya hemos esperado suficiente... — los dedos de Emma se paseaban por el borde de la camisa de Martina, asegurándose que cada botón quedaba desabrochado a su paso — te confesaré que yo también soñé contigo alguna noche... — cuando llegó al cuello, deslizó los dedos por dentro de la tela para tocar la piel, Martina cerró los ojos temblorosos al sentir el contacto — ha llegado nuestro momento... ¿No crees?

—¿Estás segura? — preguntó Martina en un susurro — Emma, no quiero hacerte daño... — dijo pasando la mano por encima de la pierna lesionada.

—Muy segura... — la expresión de sus ojos, estaban sobrecargados de libido — quiero que me hagas vibrar — dijo Emma tirando de Martina acercándola a su cuerpo.

A Martina se le secó la boca antes esas palabras, sus manos comenzaron lentamente a recorrer con sutileza su cuerpo, conteniendo cada impulso, declarándose esclava de su cuerpo y de su deseo. El primer roce entre sus labios resultó eléctrico, muy distinto a los demás besos que se habían dado hasta ahora. Martina se acercó más, cerciorándose de que no golpeaba la pierna de Emma. Recorrió con sus largos dedos la piel que quedaba expuesta por encima del sujetador de encaje y observó como los pezones de Emma se endurecían abriéndose paso entre la tela. Martina no entendía por qué estaba tan nerviosa, claramente no era la primera vez que se acostaba con una mujer, pero sí era la primera vez que lo hacía con Emma. Solo quería que fuese perfecto. Lo había vivido tantas veces en su mente, que aún se sorprendía que por fin pudiese tenerla entre sus brazos. Las manos de Martina acariciaban las caderas de Emma, reconociendo que aquellas curvas le robaron más de una noche el sueño. Con una sonrisa tímida, los labios de Emma buscaban aquellos besos que tanto le habían gustado. Sus manos se fueron sintiendo más valientes y acabaron acariciando los pechos de Martina, mientras ella le regalaba besos intensos y el carmín de sus labios se quedó grabado no solo en su cuerpo, si no también en su alma. Emma se estremecía, su corazón latía a toda prisa, el deseo que crecía en su interior, iluminaba su cara. Martina se acercó con una mirada llena de provocación, haciéndola sentir extrañamente cortada y, a la misma vez, muy valiente. Ambas vibraban con cada momento cómplice entre ellas, se regalaban besos llenos de deseo. Emma descubrió que, antes de Martina, nadie le había hecho el amor, simplemente era sexo, y ahora sentía como temblaba en cada caricia pausada que le ofrecía Martina. En los últimos días, había fantaseado con las sensaciones que se derivarían de la unión de sus bocas y, de verdad, que su mente lo había evocado como el acontecimiento más indescriptiblemente alucinante experimentado en su vida, pero estaba preparada para lo que sintió cuando la fantasía se hizo realidad.

—Qué manos tan suaves... — susurró Emma al oído de Martina mientras acercaba su cuerpo más al de ella.

—Uso una crema carísima... — contestó Martina riendo sobre sus labios en medio de un beso.

La mano de Martina viajó hasta uno de sus hombros y tiró de uno de los tirantes, observando como a su caída, dejaba un pecho de Emma al descubierto. Por una fracción de segundo, el rostro de Emma se llenó de miedo y Martina detuvo en seco cada uno de sus movimientos, tomando la precaución por si Emma había cambiado de idea.

—Emma, ¿Qué ocurre? — Martina acarició su mejilla delicadamente — si quieres parar... no pasa nada... no quiero que pienses que me lo debes o algo parecido...

—¡No! — Emma la atrajo hacia ella y la besó — no quiero parar, pero tengo miedo de lo que vas a descubrir cuando esté desnuda... ya no soy una jovencita... — Emma se sonrojó al confesarle su miedo.

Martina pensó que la mejor manera de hacer frente a la situación y acabar con los miedos de Emma, no era con palabras, sino con actos. Apartando los ojos, un segundo de los de Emma, bajó el otro tirante y destapó dos pechos perfectos con unos pezones sonrosados que ahora estaban firmes. Condujo a Emma a tumbarse sobre la cama, se tomó su tiempo y contempló el cuerpo medio desnudo de Emma, su piel era suave y lisa al tacto. Se inclinó sobre ella, apoyó todo su peso sobre su brazo izquierdo y con la mano derecha, acarició suavemente la garganta de Emma, haciendo un recorrido hasta uno de sus pechos, dejando la piel de gallina a su paso. No podía tener sus manos quietas, la acariciaba con una firma delicadeza, dándole una estabilidad tanto física como emocional. Su mirada se quedó grabada en la memoria de Emma, nadie jamás

en su vida la había mirado de esa manera. Sus ojos eran brillantes, de tono oscuro, y en su reflejo se descubría como lo más único y perfecto del mundo. Su mirada no causaba la típica vergüenza al estar desnuda frente a ella. Antes de seguir adelante, le pidió en silencio a Emma, que levantara las caderas para poder quitarle las bragas de encaje. Al ver el cuadro completo, Martina sintió de todo menos decepción. Se levantó y se colocó de pie junto a la cama, se quitó la camisa y cuando empezó con el botón de los pantalones, miró fijamente a Emma.

—Eres una mujer preciosa... y me muero por recorrer cada centímetro de tu piel.

Sacó los pies de los pantalones cuando cayeron al suelo y se inclinó para quitarse la ropa interior. Cuando la última prenda de ropa cayó al suelo, Martina se quedó allí plantada, dándole la misma oportunidad a Emma de mirarla.

—Hazme tuya, cariño... — musitó Emma con la confianza que le generaban los actos de respeto que Martina le mostraba.

Se colocó despacio sobre el cuerpo de Emma, sujetando su peso sobre los antebrazos para no aplastarla, bajó la cabeza y la besó con intensidad. La besó durante un rato suave y firmemente, y su cuerpo reaccionó a los movimientos de su boca, sublevándose en masa, mientras se acostumbraban al hecho de que estaban desnudas. Y, es que, por un momento, no había existido nada más que su forma de besarla, su universo entero se había visto reducido a sus labios y se había abandonado a aquella sensación, dejando que rompiera todos sus esquemas y que la descolocara entera. Martina fue la primera en apartarse, cosa que hizo soltar a Emma un gemido de decepción. Tras separar con cuidado las piernas de Emma con la rodilla, Martina juntó sus sexos. Notaba el calor y la humedad que emanaban de la parte más íntima de Emma y dedicó un momento a regodearse en la idea de que era capaz de provocar ese efecto en la mujer que tenía bajo su cuerpo y con la que había soñado tantas noches. Martina deslizó una de sus manos hasta encontrar la humedad del sexo de Emma, recorriendo cada uno de sus pliegues, lento, despacio y delicado, como si estuviese haciendo un recorrido por un territorio nuevo a explorar. Emma descubría lo excitante que resultaba ver como Martina se tomaba su tiempo. Martina se deslizó lentamente, haciendo un camino de besos por su abdomen y enterró la cabeza entre sus piernas. La sensación que producía el roce de su lengua con su sexo era vertiginosa, su cuerpo se tensaba por momentos en un intento por aguantar el deseo que la desbordaba. Los instintos más bajos y primarios de Emma la devoraban por dentro cada vez que Martina recorría su cuerpo y se relamía los labios con deseo, anticipándose a lo que iba a suceder. Martina incentivó sus movimientos ávidos con la lengua, acentuando el roce, mezclando sus jadeos, convirtiendo sus respiraciones arrítmicas. Sus pulmones le exigían oxígeno, su pecho ardía necesitado, apretó los labios cuando su interior estaba a punto de estallar, liberó tanta tensión con un jadeo tortuoso y lo acompañó con movimientos de cadera desesperados.

—Joder... — susurró Emma entre jadeos — qué buena eres... — reconoció y se inclinó un poco sobre el colchón — ¿Cómo es que nadie te ha cazado? — preguntó moviendo sus manos por la espalda de Martina, encantada con la sensación de piel con piel.

—Créeme... — Martina se levantó y gateó por la cama hasta quedar sobre Emma — yo tampoco he encontrado a nadie como tú — se metió el labio inferior de Emma en la boca, cortando toda la conversación por el momento.

Martina había esperado casi veinte años para que se hiciese realidad lo que había soñado tantas noches. Levantó un poco el tronco para poder agachar la cabeza y contemplar el pecho de Emma, mientras se besaban, sus pezones se habían clavado en su propio pecho, volviéndola loca. Cuando Martina se apoyó en un brazo, los músculos de sus brazos destacaron en relieve, haciendo que Emma se fijase en la perfección de su cuerpo. Antes de poder seguir admirando el

físico de la doctora, una boca insistente se apoderó de uno de sus pezones y el placer instantáneo que le dio esa sensación, hizo que cerrase los ojos disfrutando de cada caricia. Martina se apresuró a dedicar el mismo grado de atención a ambos pezones y luego pasó a otras zonas inferiores. Dos de sus dedos se deslizaron con suavidad hasta penetrarla, descubriendo una humedad abundante. Emma sentía que necesitaba más, mucho más, sus paredes estaban demasiado dilatadas y Martina pareció darse cuenta. Sonrió sobre su clavícula y se recolocó sobre ella, en un movimiento avisado, profundizando sus movimientos y moviéndose lentamente. Con sutileza movía sus caderas, buscando ese punto de desenfreno suplicante que catapultaría a Emma a lo que tanto estaba deseando. Emma sujetaba con firmeza su cuello, pegándola a ella con posesividad, exigiendo más y más de una forma silenciosa. Martina se inclinó para besarla, recorrió su mandíbula y descendió por su cuello, ella inclinó la cabeza hacia atrás dejándole explorar a su antojo. Su pulso palpitaba con un ritmo rápido y fuerte contra los labios de Martina, revelando lo excitada que lograba ponerla, desquebrajando así su control. La respiración de Emma se volvió pesada y Martina sonrió contra su piel mientras la mordía ligeramente, apenas un leve roce de sus dientes era suficiente para hacerla estremecer. El ritmo de su respiración aumentó y sus manos viajaron hasta la nuca de Martina, sujetándola con fuerza en un acto osado. Quería abrazarla por los sus hombros musculados, recorrer sus brazos, estrujarle las nalgas contra ella y deleitarse con ello. La lengua de Martina se movía sensualmente recorriendo su piel, un gemido casi agónico se escapó de los labios de Emma, su cuerpo reaccionaba a cada movimiento certero de Martina mientras continuaba entregándose por completo a la nueva sensación que recorría su cuerpo. La mano libre de Martina, descendió lentamente, recorriendo cada una de las curvas que se encontraba en su camino, afianzándose en su cadera firmemente. Sus alientos chocaban y Emma sentía un cosquilleo en su mandíbula por el calor que desprendía Martina, provocando que su lengua le lamiese la boca de una manera demasiado erótica. Los labios de Martina se curvan en una sonrisa seductora, su mirada era penetrante, pero con un brillo que transmitían seguridad y complicidad. Emma la abrazó con fuerza y Martina profundizó un poco más los movimientos de sus dedos en el interior de Emma y pegó su cuerpo un poco más al de ella. Los ojos de Emma brillaban por la excitación, había emoción en sus jadeos y sus labios dibujan una curva perfecta, temblando con cada exhalación contenida y pausada. Emma movió con intensidad sus caderas buscando el placer demandante que le exigía su cuerpo, elevó la cabeza y buscó su boca para besarla. Entre jadeos y gemidos, su lengua se arrastra con delicadeza y lentitud por el paladar de Martina. Los jadeos de Emma eran cada vez más agitados, sus paredes se contraían cada vez con más intensidad, su humedad aumentó y el sonido que producía la mano de Martina, era el único sonido que resonaba por toda la habitación. La mirada de Emma se oscureció dando paso a un orgasmo prolongado en el tiempo por los movimientos acertados de Martina. El mundo se detuvo, su respiración se atascó en su garganta y su cuerpo se estremecía en medio de una cascada de sensaciones. Los brazos de Martina la envolvieron permitiéndole descender de las alturas, necesitaba centrarse por completo en recuperar el control de su cuerpo tras tanto derroche de adrenalina, taquicardia, sudor, gemidos y entrega.

El sonido de una llamada entrante en su teléfono, interrumpió la fiesta de besos y caricias. Martina gruñó al reconocer el tono de la llamada, era el sonido que identificaba una urgencia en el hospital.

—¿Qué tienes para mí, Sara? — dijo nada más descolgar el teléfono mientras Emma seguía con su intención de recorrer cada centímetro de su cuerpo con los labios — de acuerdo, voy enseguida... ir preparando el quirófano, avisar a la doctora Robles por si tuviese que intervenir...

¡Ah! Sara, por favor, dile a Óscar, que prepare algo muy enérgico... — Martina miró a Emma con una sonrisa pintada — lo voy a necesitar... — y colgó.

—¿Parece que tu mirada me culpa por tu falta de sueño? — Emma la besó en los labios mientras se colocaba a horcajadas sobre el regazo de Martina— ¿o son imaginaciones mías?

—No son imaginaciones... — Martina sonrió dentro del beso — eres culpable — ambas sonrieron y se volvieron a fundir en un apasionado beso — tengo que irme... puedes esperarme aquí... si no hay complicaciones en tres horas, más o menos, estaré de vuelta...

—Mmmm... — Emma volvió a besarla con vehemencia — aprovecharé para dormir.

—Aprovecha, te vendrá bien... — Martina logró separarse del beso con gran dificultad y mucha fuerza de voluntad — tengo que irme...

—Vale... — Emma la volvió a besar para luego bajarse de su regazo y tumbarse sobre la cama — cuanto antes te vayas... antes volverás...

Martina sonrió ante la descarada provocación cuando Emma se pasó la mano recorriendo todo su cuerpo de una forma muy sensual. Gateó por la cama y le dio un beso de despedida para luego vestirse en un tiempo récord. Emma lo observó de arriba abajo y sonrió al ver a la prestigiosa doctora, “la diosa de los huesos”, vestida con un cómodo chándal y unas deportivas, preparada para operar. Martina bajó las escaleras hasta el garaje de dos en dos con una sonrisa pintada en sus labios, se sentía completa, feliz, verdaderamente feliz, no podía dejar de sonreír después de todo lo acontecido esa misma noche. Todo lo soñado durante tantos años, se había convertido en realidad. Tanta felicidad solo fue truncada cuando el teléfono sonó con una urgencia en el hospital, que maldiciendo lo poco oportuna que fue la llamada, se levantó de la cama, prometiéndole a Emma croissants recién hechos para desayunar. Un beso menos casto de lo que debería haber sido, fue su dura despedida dejando a aquella mujer desnuda en su cama. Martina contaba los minutos para volver a tenerla entre sus brazos y sentirla suya una vez más.

Tras pasar cuatro horas y media en el quirófano operando, Martina salió del hospital visiblemente apurada y con prisas. Su objetivo era claro, llegar lo antes posible a su casa.

—¿Qué llevas puesto? — preguntó Martina nada más escuchar como había descolgado.

—Nada, estoy igual que me has dejado esta mañana — Emma rio con fuerza cuando oyó el gruñido de Martina al otro lado del teléfono.

—Acabo de salir del hospital — Martina miró a ambos lados de la calle antes de cruzar la calle — ¿necesitas algo?

—A ti... desnuda bajo estas sábanas... — Martina volvió a gruñir y ambas rieron sonoramente — ¿con qué música has operado esta vez?

—Con los Rolling Stone — la risa de Emma aumentó — ¿esperabas música clásica o algo así?

—Ese quirófano parece un *after*, pensaba que eras más de pop y menos rock...

—Cariño, necesitaba mantenerme despierta durante la operación... no me has dejado dormir nada en toda la noche...

Emma sonrió al escuchar el cariñoso apelativo que usó Martina para dirigirse a ella.

—Y pienso hacer lo mismo durante todo el día...

De repente, la llamada se cortó y Emma miró extrañada el teléfono, tras comprobar que Martina ya no estaba al otro lado de la línea, decidió volver a marcar el número para retomar la conversación, pero el ruido de la puerta abriéndose detuvo su intención.

—¿Por dónde íbamos? — Martina apareció de golpe en la habitación.

Emma se sobresaltó por la sorpresa, pero no tardó ni una milésima de segundo en sonreír. Sus miradas se cruzaron y Martina comenzó a desnudarse bajo la atenta mirada de Emma, que no perdía detalle de cada uno de sus movimientos. Una vez se quedó completamente desnuda, caminó despacio hacia la cama, Emma fue testigo de cómo sus ojos se fueron oscureciendo por el deseo a cada paso que la acercaba más a ella. Tiró de la sábana, con la intención de dejar totalmente expuesto su cuerpo frente a la intensa mirada que lucía Martina, que no pudo retener su instinto más primitivo de deseo y se lanzó sobre Emma sin tiempo que perder para devorarla. Enfocó su mirada en recorrer cada centímetro de su rostro, parecía concentrada en cada caricia, esa noche se entregó cómo nunca con cada fibra de todo su ser. Con una pasión que sobrepasaba cualquiera anterior servida, si eso era posible. Martina se sentía agradecida al universo por la oportunidad que le brindaba. Besó sus parpados cerrados, la deseaba tanto y había esperado tanto, que no quería que ese momento terminase. Se centró en su placer, única y exclusivamente, fue esclava de sus movimientos cuando el orgasmo anunciaba su llegada como un caballo de batalla, Martina observó cada gesto para no perderse ni el más mínimo instante. Emma se dejó llevar entre susurros llenos de intenciones.

—¡¡Joder!! — susurró Emma.

Martina era increíble en muchos aspectos de su vida, pero principalmente, destacable, en todo lo relacionado con el sexo. Emma descubrió que la vida era mucho más que nacer, crecer y morir, para que podamos evolucionar como seres humanos. Nos enfrentamos a nuestros monstruos diariamente, sorteamos obstáculos y dificultades, sabiendo que con facilidad no aprendemos nada. Hay personas que llegan cuando estas en tu peor momento de la vida y, casi sin darte cuenta, se convierten en ese refugio que tanto anhelaste. Descubres en esa persona, esa paz que solamente sientes cuando estás en casa y, desde ahí, das gracias por cruzarte en su camino. El beso que compartió Martina con Emma cuando llegó al clímax, no fue un beso más, sintió como llegaba hasta lo más profundo de su ser. Su alma.

—¿Sabes? — susurró Martina mientras continuaba respirando sobre su piel intentando recuperar el ritmo aceptable de su respiración — fuiste la forma más triste y más bonita, a la vez, que tuvo la vida de decirme que no se puede tener todo...

—¿Cómo puedo tener miedo a algo tan bonito?... — musitó Emma — ¿Me lo puedes explicar?... porque no quiero que me necesites... quiero que me quieras a tu lado...

—Me importas mucho, siempre lo has hecho... — Martina levantó la mirada para fijarla en sus ojos color avellana — jamás sería capaz de prohibirte algo... lo que pretendo mostrarte es que, desde tu libertad, descubras lo que yo significo para ti... porque si algo he aprendido en todos estos años, es que cuando alguien es completamente libre, es capaz de demostrar mejor las cosas...

—Al principio, pensé que solo hablaríamos un rato... — Emma sonrió sin dejar de mirar fijamente la profundidad del verde que se teñía de tonos brillantes — que a la semana... ni te acordarías de mí... y mírame ahora... — dejó un beso en su frente — en tu cama, descubriendo la parte amable de la vida...

—Eres muy especial para mí... siempre lo has sido... — Martina dejó un beso sobre la piel desnuda bajo de ella — y todo lo que hagas o te suceda, me va a importar... — se incorporó y fue dejando besos por todo el cuerpo de Emma — estoy bastante interesada en ti... — sonrió dentro del beso sobre su piel — jamás serás una molestia... y ahora me pregunto... ¿Qué habré hecho para merecerte?

—Yo... — Emma sonrió — no hago más que pensar en ti... me emociono con un simple mensaje o una llamada... me haces muy feliz... — levantó la cabeza hasta alcanzar sus labios y

dejó un suave beso en ellos — gracias.

—¿Sabes quiénes son las personas más fuertes? — Martina continuaba sin apartar la mirada — las que sonríen con el corazón roto... aquellas que lloran desconsoladamente con la puerta cerrada... — señaló el corazón con su dedo índice — las que han luchado mil batallas y de las que nadie se ha enterado jamás... esas son las personas más fuertes.

—Nadie se ha quedado a mi lado nunca... así que no te sientas mal, si llegado el momento, tú también sientes la necesidad de irte...

—Una vez alguien me dijo... — Martina volvió a besarla — el tiempo no cura, lo que cura, es lo que hacemos con ese tiempo...

—Contigo estoy descubriendo que cuando una persona quiere permanecer en tu vida, hace hasta lo imposible para quedarse... — Emma volvió a besar sus labios — tú lo has hecho y yo me voy a dejar hasta el alma para que no quieras que me vaya... — acunó la cara de Martina con la palma de su mano — te lo aseguro.

Martina gateó por encima de la cama hasta colocarse completamente sobre el cuerpo desnudo de Emma y cada movimiento lo hizo sin perder la sonrisa.

—¿Sabes qué pasa? Qué de pronto... — susurró Martina sobre su piel antes de dejar un beso sobre su clavícula — llega alguien que quiere bailar contigo... — dejó otro beso sobre la piel de su cuello — y aunque no me guste bailar... — besó el contorno de su mandíbula — yo lo haré porque es contigo... — besó sus labios — quiero bailar contigo... así de simple — ambas se fundieron en un intenso beso.

Emma deslizó sus dedos a lo largo de toda su espalda, disfrutando de la suavidad de su piel y descubriendo la tensión de cada uno de sus músculos ante cualquier movimiento sobre su cuerpo.

—Lo que te enamora de una persona... — Emma susurraba mientras permitía que Martina devorase su cuello con vehemencia — no es lo que ves... — gimió — es lo que sientes cuando la ves...

Martina sonrió sobre su piel al escuchar sus palabras, elevó la cabeza y se quedó fija en sus ojos color avellana, pero tras unos segundos, inició un camino de besos en descenso con un objetivo, devorar todo su cuerpo.

—Si esto no puede ser... — dejó un beso en la barbilla — o quizá en otra vida... — dejó un beso en la clavícula — o en otro tiempo... no sé — dejó un beso en la otra clavícula — quiero que jamás olvides esto... — dejó un beso cerca de uno de sus pezones — haberte conocido... — otro beso — fue... — otro beso — es... — otro beso — y será... — besó el otro pezón — una de las mejores cosas de mi vida... — levantó la mirada y sonrió al ver la reacción de Emma — y no importa donde estés... — continuó con su camino de besos por el abdomen — o con quién estés... — dejó un beso sobre su ombligo — mientras seas feliz... — sonrió sobre la piel cerca de su centro cuando sintió a Emma removerse a causa de su tortura — estaré feliz por ti... mi corazón será feliz... — dijo sin apartar su mirada de la de ella — te lo prometo.

Y tras esas palabras, selló su sexo y culminó con una tortura que provocaban los gemidos más eróticos que había oído nunca. Emma sintió como su interior palpitaba por los suaves roces de su lengua, alzó la vista y al descubrir una imagen tan sensual, imaginó varios posibles escenarios y todos ellos muy diferentes. Su cuerpo comenzó a temblar levemente, no por lo que estaba sucediendo, sino por la anticipación de lo que se avecinaba. Contuvo su gemido apretando fuertemente sus labios, cerró los ojos y se dejó llevar a donde las caricias de Martina la empujaban.

El hecho de que ninguna de las dos se diese cuenta de que las estaba observando desde la acera de enfrente, era suficiente para Carlos, que no se había molestado ni en ocultarse lo más mínimo. Martina y Emma, cogidas de la mano, salían sonriendo de la cafetería que estaba frente al hospital, las dos caminaban sonrientes y no dejaban de tocarse con cualquier simple excusa, no podían evitar el contacto entre ellas. Carlos pensó en como acercarse poco a poco, sería paciente y aprovecharía su oportunidad para tener a Emma a su alcance. Carlos se quedó resguardado en el mismo sitio mientras continuaba vigilando cada gesto de cariño que Emma le brindaba a Martina, su sangre hervía al ver como otra persona disfrutaba de todas las atenciones de Emma. No era capaz de reconocer la sonrisa que lucía Emma, durante toda su relación, no recordaba haberla visto sonreír así.

Durante las últimas semanas, Carlos se había convertido en un chico formal, haciendo creer a Emma, que había aceptado su ruptura sin ningún tipo de consecuencias, pero ahora, al verla feliz en brazos de una mujer, había revolucionado su interior sintiendo como ardía. Había llegado el momento de hacer entrar en razón a Emma para que volviese a su lado. No estaba dispuesto a darle ese tipo de libertad, ella era suya y ya iba siendo hora de que se diese cuenta de ello. Cruzó por el paso de peatones cuando el semáforo se puso en rojo para los coches, comenzó a tararear la canción que sonaba en la radio del primer coche parado.

Emma se sentía feliz y ese sentimiento se apoderó de su pecho. Nunca antes se había sentido así, pero comenzó a acostumbrarse muy rápido. Fantaseaba con el plan que le había prometido a Martina, le propuso ir a su casa nada más saliese del trabajo y así le podría preparar su plato estrella. Devolverle, de algún modo, todas esas atenciones que había recibido ella desinteresadamente por su parte. Emma miró el reloj, descubriendo que disponía de poco más de tres horas, pensó en sorprenderla, así que cocinaría algún postre también. Tuvo tiempo de pasar por la tienda de delicatessen para conseguir todos los ingredientes necesarios, pero al llegar frente a su puerta, las llaves se le escurrieron entre sus dedos por haber estado jugando con ellas como una niña. Emma se agachó para recogerlas y, al incorporarse, sintió como alguien la empujó con muy poca delicadeza contra la propia puerta de su casa. Sus ojos se llenaron de pánico al descubrir de quién se trataba, Carlos la tenía sujeta por una de sus muñecas por la espalda, limitando sus movimientos. Emma solo pudo girar levemente la cabeza para mirarlo a

los ojos y tras descubrir la sonrisa engreída que lucía, el miedo se apoderó de todo su ser. Carlos abrió la puerta de una patada y llevó a Emma a empujones hasta dentro, pero no pudo pedir ayuda, su garganta se cerró de golpe al imaginarse lo que le esperaba junto a ese hombre.

10. Gilipollas

Martina llegó a casa de Emma a la hora acordada, pero su sonrisa desapareció, sorprendida al ver la puerta forzada y entreabierta. Su sangre se quedó fría como un témpano de hielo y un pensamiento oscuro invadió su mente. Se apresuró a entrar, la mezcla de nervios y fuerza, fue una combinación poco idónea y su entrada fue anunciada con un portazo. La escena que presencié frente a ella, terminó por congelar completamente todo su ser. Descubrió a Emma en el suelo de rodillas, llorando desconsoladamente y con la cara ensangrentada y, a su lado, de pie y con actitud desafiante, estaba Carlos, amenazándola con matarla allí mismo por haberle engañado.

—¡¡Debería matarte aquí mismo!! — Carlos gritaba como un loco — ¡¡no eres más que otra puta!!

Seguido a esas palabras, Carlos le dio una patada en el abdomen, que dejó a Emma tirada sobre el suelo. Ella simplemente se cogía las costillas y gemía por el dolor que le había producido ese golpe, incapaz de plantarle cara e intentar detener cada uno de sus golpes. Martina observó horrorizada la escena y, en un simple segundo, reaccionó con toda la furia que emanaba de su interior. Llegó junto a Carlos en milésimas de segundos, lo cogió del cuello con ambas manos y lo empujó contra la ventana, evitando que fuese capaz de volver a golpear a Emma, que continuaba tirada en el suelo aquejándose de los diversos golpes que ese animal le había propinado.

—Así que tú eres la hija de puta que se folla a mi mujer — dijo Carlos lleno de rabia en su mirada — pues esta puta es mía... yo estaba primero.

—Te voy a dejar claro un par de cosas... — musitó Martina entre dientes con la mandíbula apretada — primero, Emma no es tuya... — apretó su mano presionándole un poco más el cuello — dejó de ser tuya cuando le pusiste tus sucias manos encima... — Carlos sonrió mientras soportaba la presión de la mano de Martina — segundo, jamás debiste entrar en su casa sin invitación... y tercero, y esta es de regalo... — Martina susurró en su oído asegurándose que escuchase bien cada palabra — yo estuve mucho antes que tú... miserable.

Carlos se fijó en ella más detenidamente y sonrió de forma maliciosa.

—Así que tú eres la desviada enferma del instituto que estaba enamorada de ella... — Carlos se zafó del agarre de Martina — y mientras tú llorabas por ella... esta puta — señaló a Emma — se follaba a todo el equipo de fútbol...

Carlos vacilaba sobre sus pasos mientras Martina seguía quieta en su lugar, protegiendo con su cuerpo a Emma que continuaba en el suelo llorando. Si ese malnacido tomaba la mala decisión de intentar volver a golpearla, sería por encima de ella.

—Soy la enferma que jamás le ha puesto una mano encima... porque eso demuestra lo muy poco hombre que eres... — el objetivo de Martina era cabrearlo para que solo se centrara en ella y que se olvidase de Emma.

—Soy mil veces más hombre que tú, puta desviada — Carlos se encaró en Martina y escupía cada palabra con una rabia desmesurada al sentir que ponía en duda su hombría — si no pregúntale a esa puta — volvió a señalar a Emma de nuevo mientras ella lo miraba con el terror bailando en sus ojos — que me la he follado cada vez que me ha dado la gana... porque siempre me rogaba la muy puta, siempre estaba dispuesta...

—Te sobran pantalones... — Martina se movió dando un paso hacia su derecha para impedir que hubiese contacto visual entre ellos — nunca serás un hombre digno para ella.

—Solo es otra puta que no sabe qué hacer sin un hombre de verdad a su lado — dijo Carlos intentando aproximarse a Martina.

—Si sigues con la actitud de seguir insultándola... — Martina lo observaba detenidamente para poder anticiparse a sus movimientos — me voy a olvidar de mi juramento hipocrático y te voy a hacer mucho daño para que aprendas de una vez.

—No me hagas reír... no eres más que una desviada, una enferma que solo busca que un hombre de verdad te dé tu merecido... — Carlos reía mirándola fijamente — voy a romperte esa cara bonita que tienes y luego me voy a follar a mi mujer... no es más que una puta... puedes mirar, así sabrás lo que puede hacer un hombre de verdad...

—Te lo advertí — sin previo aviso y sin que Carlos fuese capaz de anticiparse, Martina le dio un golpe en la rodilla y cayó al suelo.

Desde el suelo, Carlos se apoyó sobre su brazo izquierdo para levantarse, pero también recibió un golpe seco a la altura del codo que impidió su propósito. Martina sonrió al escuchar el crujido que confirmaba la rotura del hueso. Carlos se levantó rápido, gruñendo por el dolor y con mucha furia, golpeó a Martina en el estómago con el puño derecho, pillándola desprevenida, se retorció de dolor y Carlos aprovechó para cogerla del cuello y empujarla contra la pared.

—Tortillera... — dijo Carlos empujándola contra la pared mientras continuaba sujetándola por el cuello — te voy a dar la lección de tu vida por meterte con un hombre de verdad.

—Te tengo donde quería... — Martina lució una sonrisa de medio lado — gilipollas.

Martina sonrió ampliamente y eso puso más nervioso a Carlos, así que la soltó del cuello para volver a golpearla con toda su fuerza, pero en una maniobra rápida y esperando que él cometiese el error de soltarla, Martina le retorció la mano con la que pretendía golpearla. Cuando Carlos cayó de rodillas al suelo por el dolor en el brazo, Martina le propinó una patada en las costillas, asegurándose de que fuese incapaz de volver a levantarse. De rodillas, frente a ella, lo tenía donde quería para disfrutar del siguiente movimiento. Todavía sujetando fuerte la muñeca derecha de Carlos, se dispuso a darle una clase magistral de conocimientos.

—Te voy a enseñar unas cosas que te debieron explicar de pequeño... — (crusshhh dedo meñique roto) — a las mujeres se les respeta... — (crusshh dedo anular roto) — a las mujeres no se les grita... — (crusshh dedo corazón roto) — a las mujeres se les hace reír... — (crusshh dedo índice roto) — a las mujeres se les ama... — (crusshh dedo pulgar todo) — a las mujeres se les dice cosas bonitas... — (crusshh muñeca rota) — y lo más importante, a las mujeres, jamás, pero jamás, se les pone una mano encima.

Martina continuaba con su discurso explicándole cómo era la forma correcta de tratar a una mujer entre los gritos de dolor por cada dedo roto, cuando fue el turno de la muñeca, el grito fue gutural y sonoro. En ese momento Emma, apareció detrás de Carlos y miró a los ojos a Martina, su dolor todavía se reflejaba en su mirada.

—Emma, cariño, sal de aquí... — le dijo amablemente Martina — esto es entre este cerdo y yo.

—He llamado a la policía.

Martina le propino otra patada en las costillas a Carlos, asegurándose de dejarlo tan dolorido en el suelo, que sería incapaz de levantarse, luego se acercó a Emma y la estrechó entre sus brazos. Por encima de su hombro, pudo ver como entraban varios policías y, tras ellos, apareció Ángela.

—¿Qué haces tú aquí? — preguntó Martina sorprendida al ver a Ángela entrar en casa de Emma.

—Estoy de guardia en los juzgados... — dijo Ángela sin dejar de mirar al hombre que estaba tumbado en el suelo llorando de dolor — Dios mío... Martina, ¿qué ha pasado?

—Entró a la fuerza... — Martina seguía con Emma entre sus brazos — y la agredió, solo he intentado defenderla de ese animal...

Ante esas palabras, Emma se separó del cuello de Martina y la miró fijamente a los ojos, se vio reflejada en ellos, no había ni un atisbo mínimo de violencia, fue en ese preciso momento cuando se dio cuenta de que, entre sus brazos, estaba verdaderamente protegida. Como un acto inconsciente, besó tiernamente a Martina en los labios.

—Por lo que veo... — dijo Ángela cuando se acercó a Carlos mientras dos policías lo engrilletaban — has hecho más que intentarlo...

Martina sonrió y Ángela le devolvió la sonrisa, a fin de cuentas, como profesional, siempre agradecía una demostración de que las mujeres indefensas no estaban solas.

—¡¡Emma, esto no va a quedar así!! ¡¡¡eres mía!!! — gritó Carlos todavía desde el suelo mientras continuaba custodiado por dos policías.

—Yo no abriría la boca — Ángela lo miró con aires de superioridad — pienso utilizar todo lo que diga en el juicio contra usted...

—Por cierto... — Martina llamó la atención de Ángela, mientras Emma continuaba entre sus brazos — creo que podría tener un par de costillas rotas, también los cinco dedos de la mano derecha... la muñeca y... ¡Ah! El codo izquierdo es posible que también esté roto...

Ángela sonrió con completa complicidad hacia Martina, había hecho un trabajo asegurándose de que no pudiese volver a golpearla.

—Ya te la puedes llevar de aquí... — susurró Ángela a Martina señalando a Emma, intentando asegurarse de su bienestar.

Martina condujo a Emma cogiéndola por la cintura hasta la cocina, le sirvió un vaso de agua y esperaron pacientes allí, Ángela les había dicho que la policía les haría algunas preguntas, necesitarían una declaración de la víctima. Martina siempre se mantuvo junto a Emma mientras contestaba cada una de las preguntas que le hizo la policía. Cuando todo acabó, Martina le ofreció ir a su casa, allí la cuidaría dándole los mimos que merecía, Emma sonrió ante aquella propuesta, aunque continuaba conteniendo sus emociones. El remolino que maltrataba su interior la mantenía bloqueada.

—Por favor, no me sueltes — sollozó Emma entre los brazos de Martina.

—No te voy a soltar — Martina sujetó con más fuerza a Emma contra su cuerpo — pero vamos al coche, te voy a llevar a mi casa, necesitas descansar.

Martina no dejaba de preguntarse cómo Emma, con un futuro prometedor en los estudios, medalla de oro en varios campeonatos de voleibol, siendo, además, una de las chicas más populares del instituto, había acabado con un imbécil como Carlos. Martina la observó detenidamente intentando descifrar lo que pasaba por su cabeza, mientras Emma perdía su mirada por la ventanilla del coche, mirando a la nada, callada e inmóvil. Martina extendió su mano y entrelazó sus dedos con los de Emma y los apretó en señal de apoyo, también era un gesto para intentar tranquilizarla. Emma giró la cabeza y la miró fijamente durante unos

segundos.

—Hace unos días, estuve hablando con Jaime... — musitó Emma con la voz casi apagada.

—¿Te ha dicho algo que te molestase? — preguntó Martina sin quitar la vista de la carretera.

—No... — los ojos de Emma se humedecieron — estuvimos hablando de ti... me habló de tus cursos de defensa personal... — una lágrima la traicionó y se precipitó recorriendo lentamente su rostro.

—¿Y pensaste que un día te usaría como un saco de boxeo? — preguntó Martina mirándola a los ojos.

—Sí... — Emma rompió a llorar — pero luego me has defendido de Carlos... y me he sentido como una mierda por pensar así de ti — sollozaba entre palabras y su respiración se alteró visiblemente — siempre me has tratado bien... de hecho, me has tratado como nadie en esta vida lo ha hecho... — se inclinó hacia ella con los ojos llenos de súplica — ¿podrás perdonarme por haber pensado eso sobre ti?

Martina giró el volante y detuvo el coche a un lado de la calle, rodeó a Emma con sus brazos y la estrechó contra su cuerpo. Ella, al sentir el calor que desprendía el cuerpo de Martina, rompió a llorar casi sin consuelo.

—No tengo nada que perdonarte... — Martina dejó un beso en la mejilla de Emma — después de lo que has vivido, es lógico que pienses en tu seguridad — acunó la cara de Emma entre sus manos — quiero que sepas que, en un futuro, conmigo puedes hablar de todo... de tus problemas, dudas, miedos... — Martina sonrió de medio lado — estamos empezando algo Emma, así que, cuanto más hablemos, menos probabilidades habrá de que perdamos el rumbo — dejó un beso casto sobre sus labios — además, mi único contrincante siempre ha sido el saco de boxeo del gimnasio...

—Cariño... — Emma le devolvió el beso — no tienes que justificarte conmigo... — sonrió levemente — ojalá me hubiese atrevido a conocerte más en el instituto... seguramente mi vida no habría sido tan desastre... — dijo con resignación.

—No te creas... no te habría gustado por aquel entonces, era un bicho raro... — Martina sonrió — ahora puedes disfrutar de la dulce Martina — ensanchó su sonrisa.

—Ahora sé que te aceptaría de cualquier modo — Emma volvió a besarla — te quiero, Martina.

Martina se echó hacia atrás y miró fijamente a Emma en completo silencio y sin gesticular lo más mínimo, tras oír las palabras que acababan de salir de su boca. Un sentimiento de miedo invadió el pecho de Emma, que ejercía una presión con mucha intensidad al observar que Martina no lucía una cara de felicidad tras sus palabras. Genial, ahora la has asustado, pensó Emma.

—¿Qué has dicho? — preguntó finalmente Martina.

—Que te aceptaría de cualquier modo — dijo Emma con cautela.

—Después de eso.

—Te quiero, Martina — la voz de Emma titubeaba un poco al volver a pronunciar esas palabras.

—Sí, eso — Martina se inclinó un poco hacia Emma — ¿lo dices en serio? — preguntó con una sonrisa en sus labios.

—Con todo mi corazón... — dijo Emma, más relajada al ver la sonrisa de Martina — sé que, prácticamente, solo llevamos un par de días juntas, pero...

—Te quiero, Emma — interrumpió Martina y la besó con vehemencia — ahora tenemos que hacer una cosa más — afirmó tras separarse del beso por la falta de aire.

—¿El qué, cariño? — le preguntó Emma mirándola a los ojos.

—Necesitas un abogado.

—Martina, ¿por qué necesito un abogado? — Emma la miró curiosa sin entender muy bien a que se refería.

—Necesitas dejar atrás tu pasado... — Martina la miró a los ojos — tienes que denunciar a Carlos y sacarlo de tu vida para siempre.

El timbre sonó y Martina se levantó de la cama dejando un tierno beso en la frente de Emma, fue directa a abrir la puerta y sonrió al ver con cara de sueño a su amiga plantada en su puerta, consecuencias de una noche divertida.

—Estás en condiciones de trabajar, ¿verdad? — preguntó divertida Martina — parece que no hayas dormido mucho esta noche...

Ángela la miró con una sonrisa llena de picardía y dio dos pasos para entrar en su casa, pasando por su lado con un movimiento más que sugerente.

—Como haya pasado la noche no es asunto tuyo — afirmó contundentemente Ángela — y estoy en condiciones de desarrollar mi trabajo perfectamente.

—¿Qué crees que pueda pasar? — preguntó Martina visiblemente preocupada.

—Después de los hechos de ayer — Ángela dejó su maletín y varias carpetas sobre el sofá — no lo volverá a ver en su vida, pero por favor, no vuelvas a agredir así a nadie — Martina sonrió — lo que más me va a costar es demostrar la defensa propia por tu parte.

—Me da igual lo que pase conmigo, quiero que protejas a Emma de ese animal — Ángela miró fijamente a Martina, descubriendo lo segura que estaba de sus palabras.

—De acuerdo, Martina — Ángela posó su mano sobre el brazo de Martina — quédate aquí, yo me ocupo, quizá no se sienta cómoda hablando conmigo si tú estás delante — Martina asintió y observó como Ángela se perdía por el pasillo en dirección a su habitación.

Al llegar a la habitación, Ángela se quedó apoyada en el marco de la puerta, se cruzó de brazos mientras observaba detenidamente a Emma que jugaba con su móvil en sus manos, completamente distraída y sin ser consciente de su presencia. En ese preciso momento, Ángela cayó en la cuenta de que ella era la mujer por la que Martina nunca había sido capaz de abrirse con ninguna otra.

—Soy Ángela Tena, quiero presentarme oficialmente, la otra vez casi no tuvimos tiempo — dijo Ángela ofreciéndole la mano a Emma en un cordial saludo — me alegra volver a verte, aunque sea en estas difíciles circunstancias.

—Emma Peralta, gracias por venir — respondió Emma estrechando su mano con la misma educación que Ángela le había prestado — ¿Qué clase de relación tienes con Martina?

—Emma, estamos aquí para hablar de ti, no de mí, quiero ayudarte a salir de una mala situación de la forma más agradable que sea posible. No quiero mentirte y no soy mujer que anda con rodeos... no va a ser nada fácil, nadie quiere ir a la cárcel. Su abogado te someterá a juicio, y si es bueno, pondrá en duda tu historia... pero en esta ciudad, no hay un abogado así de bueno

que me haga sombra, no es por darme la fama, pero en mi trabajo soy la mejor. Así que necesitare que me des informaci3n sobre tu vida con Carlos.

—¿Qu3 necesitas saber? — pregunt3 Emma.

—En primer lugar... — Ángela la mir3 fijamente a los ojos, intentando descifrar si ser3a capaz de mentir — ¿sigues enamorada de ese hombre? Porque si es as3, esto va a ser una p3rdida de tiempo para m3, para Martina y para t3. Si tienes pensado volver con 3l y retirar los cargos, dar3 igual lo buena que yo sea, no ganaremos. Si es as3, volveremos a tener esta conversaci3n dentro de seis meses como mucho, porque se le ha vuelto a ir la mano...

—Eres muy franca, Ángela — Emma no titube3 en su respuesta — no pienso volver con Carlos, no lo quiero, quiz3 por eso me ha pegado... no soporta perder... pero yo pienso hacer lo que haga falta para salir de todo esto y dejarlo atr3s, as3 que no te preocupes por eso, no pienso volver a su lado — dijo Emma con convicci3n. Mir3 de nuevo a Ángela y alz3 la barbilla con aire desafiante.

—Muy bien, no echas a perder esta oportunidad, Emma, aprov3chala para volver a levantarte... — Ángela suaviz3 su tono.

—¿Levantarme?... — Emma suspir3 y sinti3 como se humedec3an sus ojos — los sueños que siempre he tenido, se han ido desvaneciendo... mi vida siempre ha jugado con el infierno...

—Emma, cada d3a tenemos la oportunidad de empezar de nuevo para ser quien queramos ser y tener la vida que queremos tener.

—Bueno, desde tu posici3n se ver3 diferente la vida... tienes tu trabajo, tus estudios, tienes a tu lado a Martina... mis decisiones me han alejado de una vida as3...

—Querida, no te equivoques, yo no tengo a Martina... — Ángela sonri3 t3midamente — o por lo menos, no como t3 imaginas... tuve mi oportunidad, pero ese tiempo ya pas3... desde que la conozco, muchas mujeres han deseado estar a su lado, pero la realidad es que solo ha habido una mujer en su cama... y yo estoy sentada en una silla... eso deber3a darte la pista que necesitas para saber que has ganado la competici3n y que todas las dem3s no tenemos nada que hacer...

—Por favor, no me avergüences... — Emma desvi3 su mirada — no creo que pueda competir con alguien como t3... esa elegancia, ese estilo...

—Emma, podr3a llevarte de compras y tendr3as el mismo aspecto que yo... — Ángela se inclin3 y sonri3 — no es la ropa o la posici3n social... t3 fuiste su primer amor. Conozco a Martina y es fiel hasta la m3dula, as3 que no tienes ni que competir... eres la chica del instituto, ¿verdad? — pregunt3 Ángela.

—¿Te lo confes3 en alguna ocasi3n en esta misma habitaci3n? — pregunt3 Emma intentando averiguar hasta donde llegaba la relaci3n que hab3a tenido Martina con Ángela.

—Para ser sincera... es la primera vez que estoy en esta habitaci3n... — respondi3 Ángela mirando a su alrededor.

—¿No te has acostado con Martina? — pregunt3 muy sorprendida Emma.

—No he dicho eso, solo he dicho que nunca he estado en su habitaci3n, de hecho, nunca hab3a estado en su casa. No tengas celos, lo nuestro siempre ha sido coincidir en el mismo lugar al mismo tiempo, pero nada especial. Siempre pens3 que era al3rgica al compromiso, solo con mencionarlo, parece que le salga un sarpullido... — Ángela se puso de pie y la mir3 a los ojos — Te voy a ser sincera, quiero a Martina, tiene gente a su alrededor que tambi3n la quiere, as3 que, por favor, p3rtate bien con ella, es una mujer absolutamente extraordinaria.

Emma sonri3 t3midamente y desvi3 la mirada a sus manos que jugaba con la s3bana enredando los dedos. No era capaz de articular palabra y mucho menos de aguantarle la mirada a Ángela despu3s de esa confesi3n.

El timbre volvió a sonar y Martina se llevó una grata sorpresa cuando abrió la puerta.

—Hola, mi amor — dijo Jaime mientras entraba sin esperar una invitación.

—¿Qué haces aquí? — preguntó Martina mientras observaba como Jaime se movía con total confianza por su casa.

—Siempre estoy aquí, soy el hombre de tu vida, ¿recuerdas?

—Eso ya lo sé listillo, pero te hacía complaciendo los deseos carnales de alguna bella mujer.

—Y eso estaba haciendo hasta que tú la has llamado — declaró con total naturalidad sin darle importancia a la reveladora confesión.

—¿Perdona? — dijo Martina, sorprendida.

—Te perdono — Jaime echó la vista atrás y sonrió al ver a Ángela caminar hacia ellos — hola... — susurró cuando Ángela pasó por su lado.

—Martina, ahí arriba tienes a una mujer muy especial. Los próximos meses van a ser difíciles para ella, así que quiero que te asegures de que comprende que vas a estar ahí para apoyarla. Quiero que vayamos a juicio antes de que le des el alta definitivamente, esa lesión se la hizo en su moto y ese cabrón dio positivo en drogas y alcohol, pienso utilizar todo eso a nuestro favor. No me puedo creer que vaya a decir esto, pero allá va... — inspiró fuerte y soltó todo el aire de golpe — me alegro por ti, Martina, has esperado una vida entera y creo que por fin vas a conseguir a la chica. Pero comprenderás que una parte de mí tenga ahora un berrinche espantoso, aunque éste, de aquí — señaló a Jaime — me está ayudando a sobrellevarlo — los dos sonrieron cómplices — dile a Emma que la llamaré esta semana con los detalles del caso y le explicaré en qué punto estamos del proceso — dijo Ángela.

—Te quiero, Ángela, lo sabes, ¿verdad? — dijo Martina.

—Sí, cariño, lo sé y yo también te quiero.

Martina aprovechó la sinceridad de la ocasión y abrazó fuertemente a Ángela, un impulso la empujó a despedirse de ella con un beso en los labios. Sin importar las veces que habían estado juntas, ese beso fue el más íntimo que habían tenido nunca, ambas sabían que ahora se estaban despidiendo de esa relación que habían mantenido en varias ocasiones sin ir a nada más serio nunca. Había llegado el momento de seguir cada una por su camino. Ángela recogió sus cosas y dejó un beso en los labios de Jaime.

—Te espero fuera — le dijo Ángela a Jaime dándole el tiempo necesario para despedirse de su amiga.

—Martina, te debieron de quemar en la hoguera o algo así en tu vida anterior — dijo Jaime mientras cogía sus llaves de encima de la mesa.

—¿Por qué dices eso? — preguntó Martina mientras observaba cada uno de sus movimientos.

—Porque jamás en la vida he visto tanta devoción por una mujer... — Jaime se colocó junto a su amiga — Ángela tiene razón al decirte que Emma es buen partido, ahora lo veo... — le dejó un beso en los labios y caminó hacia la puerta.

Martina miró fijamente a su amigo y dejó que una sonrisa sincera y encantadora se abriese paso entre sus labios.

—Sabes que de todas las mujeres que han pasado y pasarán por mi vida — Martina se acercó a su amigo y lo estrechó entre sus brazos antes de que cruzase la puerta — tú siempre serás el hombre de mi vida — Martina dejó otro beso casto en sus labios.

—Lo sé... — dijo al separarse del beso — pero sigo pensando que nos saldrían unos niños muy guapos... — ambos rompieron a reír a carcajadas y se despidieron.

En plena noche, Martina se despertó sobresaltada por los gritos de Emma, la miró detenidamente y descubrió que todo era producto de una pesadilla. La rodeó con sus brazos y la atrajo hacia cuerpo para intentar que los malos sueños cesasen.

—¡¡No!! Por favor, no te acerques... — suplicó Emma casi llorando — no me pegues más...

Martina la soltó inmediatamente, creyendo que había asustado a Emma.

—Emma... Emma... — Martina le dedicaba suaves caricias — soy Martina, aquí estas a salvo...

—¿Martina? — preguntó Emma con un tono lleno de confusión, abrió los ojos despacio, parpadeó varias veces para acostumbrarse a la luz y observó en silencio a la mujer tumbada junto a ella.

—Sí, cariño... tranquila... — Martina volvió a acercarse para estrecharla entre sus brazos — no te voy a hacer daño... ¿Estás bien? — le preguntó.

—Sí... siento haberte despertado — Emma se acomodó entre los brazos de Martina — estaba soñando que Carlos había vuelto y me estaba dando otra paliza... — el labio inferior de Emma tembló levemente y sus ojos se humedecieron.

—Tranquila, aquí solo estamos tú y yo... —Martina dejaba suaves besos sobre la cabeza de Emma — no voy a dejar que vuelva a hacerte daño... ¿Crees que podrás volver a dormirte?

Lo último que quería Emma era alejarse de los brazos de Martina, llevaba años teniendo ese tipo de pesadillas y que, en demasiadas ocasiones, se convertía en la realidad de su vida cotidiana. Cada vez que tenía una pesadilla de ese tipo, sentía muy real la sensación de tener los pies pegados en el suelo mientras Carlos se acercaba a ella con los puños apretados y una expresión enloquecida en sus ojos. En todas esas ocasiones, Carlos era el claro ganador en sus pesadillas, pero, por primera vez en su vida, sentía que bajo la protección de los brazos de Martina, Carlos no podía ganar. El juego había cambiado.

—¿Puedes abrazarme toda la noche?... que si no puedes dormir así, lo entiendo, pero yo te agradecería que no me soltases en toda la noche... — farfulló Emma casi sin respirar, agobiada por si su petición era demasiado.

—No te voy a soltar, tranquila, duérmete — dijo Martina estrechándola y acomodándola entre sus brazos.

A los pocos minutos, Martina sintió como la respiración de Emma era cada vez más relajada, señal de que estaba cayendo en los brazos de Morfeo. Antes de caer profundamente de nuevo en su sueño, Emma guio la mano de Martina hasta su pecho y la sujetó entre sus manos con dulzura, ese gesto conmovió a Martina que sonrió sobre su piel mientras le dejaba un beso en la frente. Aprovechó la posición en la que se encontraban tumbadas sobre la cama, para memorizar su olor, aspiró con fuerza cerca de su rostro, quería grabar a fuego ese olor en su subconsciente.

—¿Martina? — susurró Emma de pronto y Martina respondió con un sonido dando paso a la siguiente pregunta — ¿Qué te ha dicho Ángela sobre las lesiones que le has provocado a Carlos?

—No quiero que hablemos de eso ahora... — Martina dejó otro beso sobre su cabeza — tienes que descansar — Emma intentó salir del abrazo de Martina, pero ella no se lo permitió — nada de lo que debemos preocuparnos, de verdad...

—¿Algún día podrás perdonarme por todos los problemas que te he ocasionado?... — Martina notó la humedad de las lágrimas de Emma sobre su pecho y la estrechó con más fuerza — estás cargando conmigo... y soy exactamente lo que nadie está buscando.

—Yo no tengo nada que perdonarte, pero tu sí que deberías pensar en ese perdón... — Martina levantó el rostro de Emma sujetando su barbilla con dos dedos y buscó sus labios para dejarle un tierno beso sobre ellos — el perdón es el mayor acto de valentía y de amor que existe — la miró fijamente a los ojos — y es esa fuerza la que te llevará a la libertad absoluta, perdonar para perdonarse, a veces no hay otro camino...

Se abrazaron en la cama y se regalaron caricias llenas de sentimiento, Martina solo quería demostrarle que entre sus brazos, la vida no tenía nada que ver con la vida que había tenido todo este tiempo atrás. Emma comenzó a sentir por primera vez que entre sus brazos hallaría su propio remanso de paz.

—Emma, ¿estás bien? — cuestionó Martina cuando noto que Emma no se había dormido cuando las primeras luces del alba entraban por la ventana.

—Sí, no quiero que te preocupes, de verdad — la voz de Emma sonaba neutra, vacía — lo que sucedió ayer, solo ha sido un acto más a los que ese hijo de puta me ha sometido durante mucho tiempo...

—Emma, yo... — Martina no pudo continuar al notar un dedo de Emma sobre sus labios.

—Martina, creo que debería irme... — Emma bajó la mirada — si me quedo, te puede ocurrir algo, puede ir a por ti...

Esta vez fue Martina quien puso dos dedos sobre los labios de Emma para no dejarla continuar.

—Cariño, si te quieres ir porque no quieres estar conmigo, de acuerdo, pero no quiero que por miedo a ese cabrón te separes de mí — Martina levantó la cara de Emma y ambas se quedaron mirando fijamente — me estoy volviendo a enamorar de ti... y no creo que pueda vivir sin tus besos, tus caricias... — Emma se abalanzó sobre Martina y selló su boca con sus labios, evitando que continuase hablando.

—Yo también me estoy enamorando de ti — dijo separándose unos centímetros de sus labios.

11.Trato hecho

Emma colgó el teléfono y caminó hacia el baño, se quedó apoyada en el marco de la puerta y observó a Martina mientras se duchaba completamente ajena a su presencia.

—¿Te gusta lo que ves? — dijo Martina saliendo de la ducha en busca de una toalla.

Emma se mordió el labio inferior y sus mejillas se tornaron de un color rosado, sonrió con picardía y cuando Martina se cubrió con la toalla, ella sacudió la cabeza en un intento de alejar esas ideas tan provocativas, una vez que lo logró, comenzó a contarle lo que había hablado por teléfono.

—Acabo de hablar con Ángela... — Emma se acercó peligrosamente hacia Martina — dice que el abogado de Carlos no ve el caso tan grave y que el juez dictaminará que simplemente, ha sido una pelea de pareja... — la abrazó por la espalda y miró su reflejo en el espejo — pero lo que en realidad me preocupa... es que se atreva a ir a por ti... — Emma la estrechó con más fuerza entre sus brazos — no podría soportar la idea de que algo te suceda por mi culpa...

—Tranquila, cariño — Martina se giró dentro del abrazo de Emma y se quedaron cara a cara — Ángela es muy buena en su trabajo, ese cabrón no se librará... — le dejó un beso en la frente — y le he dicho que si al final de todo esto, se llega a librar — Martina sonrió — me compraré un bate de béisbol y le daré una lección que tardará mucho tiempo en olvidar — Emma se lanzó en un impulso incontrolable y rodeó con sus brazos el cuello de Martina y la besó en los labios — solo te pido un favor... — Martina la miró fijamente a los ojos — que me prometas que tendrás cuidado mientras dura todo el proceso.

Martina había estado muy pendiente de Emma durante las dos últimas semanas, asegurándose de que recuperaba su confianza para hacer una vida normal. Echaba de menos compartir su vida íntima, porque había frenado su vida amorosa a la espera de que Emma estuviese recuperada y, sobre todo, preparada. Pero después de algunas noches llenas de largas sesiones de besos y caricias, Emma estaba a punto de explotar. Y ahora que se descubría reflejaba en la mirada dulce con la que Martina la miraba, sentía como su pecho se calentaba al sentirse amada y protegida por alguien como ella. Emma pasó sus manos lentamente recorriendo toda su espalda, notando como su deseo aumentaba en cada caricia. Sin poder contener más sus ganas, se lanzó a devorar con vehemencia el cuello de Martina.

—Emma... — susurró Martina — si sigues así, no podré contenerme... — enredó sus dedos en el pelo de Emma cuando bajó y comenzó a devorar uno de sus pezones — no sabes de lo capaz que eres despertándome el deseo con tan solo una mirada... así que imagínate si sigues tocándome así...

—Martina... — Emma dejó caer la toalla que cubría a Martina al suelo y la besó con una intensidad urgente — hazme el amor... quema mi piel con toda esa pasión que tienes dentro, no te contengas... necesito toda la fuerza de tu amor... hazme saber que soy toda para ti y tú eres toda mía...

Los labios de Martina se abrieron de inmediato al sentir el suave roce de la boca de Emma, sus lenguas comenzaron una batalla de poder. Martina sujetó con fuerza a Emma y la levantó contra su cuerpo, ella enredó sus piernas alrededor de su cintura. Emma necesitaba eso, había llegado el momento de dejar de lado los miedos, quería ser feliz. Completamente feliz. Martina conseguía llevarla a ese estado y, por encima de todo eso, Martina la quería y se lo demostraba. Dio la bienvenida al beso húmedo que le ofreció sintiendo como la humedad de Martina aumentaba, despertando así sus deseos más primitivos.

—Sí... fóllame... — murmuró Emma dentro del beso — solo tú... — dijo al mismo tiempo que sus caderas empezaban a agitarse — te quiero a ti... solo a ti...

Llegados a este punto, a Martina no le interesaba hacerlo delicadamente, ni despacio, deseaba a Emma con todo su ser, necesitaba demostrarle toda la pasión que contenía su cuerpo. Si Emma se hubiese quejado o hubiese dicho que no era lo que quería, Martina se habría detenido en ese mismo momento, pero Emma estaba tan excitada como ella. Lo notaba por su creciente humedad y porque sus movimientos de cadera eran cada vez más frenéticos.

—¡Joder! — jadeó Emma — sííí... que ganas te tengo...

—Creo que deberías hablar una vez por semana con Ángela, si luego te vas a poner así... — Emma se echó a reír cuando le susurró al oído — si este va a ser siempre el resultado... deberíais ser amigas... — musitó entre dientes sin detener sus caricias.

—Pero, doctora... — Emma intentaba coger aire a duras penas para continuar la conversación — con la cantidad de tiempo que hemos perdido... joder... — Martina introdujo dos de sus dedos en su sexo con poca delicadeza, aumentando el ritmo de sus jadeos y convirtiendo su respiración cada vez más irregular — ¿solo quieres hacerlo una vez por semana?

—Menos mal que hago ejercicio... — dijo Martina mientras aumentaba la profundidad de sus movimientos — porque podría morir si me haces mantener este ritmo cada noche... — Emma besó sus labios con fuerza — pero bueno... menuda forma de morir...

Los labios de Martina viajaron desde su clavícula hasta su mentón, haciendo un recorrido sensual con la punta de su lengua, quemando su piel a su paso, para terminar con un beso ardiente sobre sus labios, mordió su labio inferior y la devoró con la mirada. Los ojos de Emma brillaban intensamente, estaban bastante oscurecidos por el placer, pero todavía predominaba un poco de dorado en ellos. Emma sentía su cuerpo latir intensamente, su sangre corría con rapidez, la voz de Martina era lejana y en ese momento, se refugió en su cuello y se aferró a sus brazos. Una corriente eléctrica comenzó a recorrer su interior anunciando la llegada de un orgasmo intenso. Martina disfrutaba viéndola llegar al éxtasis entre sus brazos, su piel se sonrojaba levemente, su respiración se aceleraba y su cuerpo se curvaba mientras, entre balbuceos y jadeos, pronunciaba su nombre. El reloj se paró en cada beso dejando plasmado el tiempo en cada gemido. Esta vez no fue solo cosa de dos cuerpos, se amaron físicamente con el alma y llegaron al orgasmo más placentero, mirándose a los ojos y demostrando la pasión que sentían la una de la otra. Se entregaron con el sentimiento más primitivo de cada ser, se sintieron una de la otra sin existir el resto del mundo, conectaron sus almas, poseyeron sus cuerpos y se dijeron cuanto se querían. No había rastro del pasado sobre ninguna de las dos. Desde ese momento, los recuerdos empezaban y acababan con sus caricias y con la pasión en la que se habían entregado.

—Martina, cómo te he echado de menos.

—Y yo a ti, amor.

Emma se dio la vuelta sobre las sábanas y descubrió que el otro lado de la cama estaba vacío.

Sintió decepción al descubrir que Martina se había ido, pero ella esperaba que después de la noche que habían compartido, por lo menos, la despertase para avisarla. Descubrió por la poca luz que entraba por la ventana, que había bastante oscuridad, así que, todavía no era la hora en la que Martina debía levantarse, pensó entonces que quizá la habrían avisado de alguna urgencia en el hospital. Estiró la mano para coger su móvil de la mesita y sintió como la cama se movía advirtiéndolo del regreso de Martina.

—¿Dónde estabas? — preguntó Emma girándose de nuevo — pensaba que te habías ido...

—Tenía que hacer pis... — Martina dejó un beso cariñoso en su cabeza mientras se acomodaba de nuevo en su lado de la cama — siento haberte despertado, cariño.

Emma se movió entre las sábanas hasta recostarse sobre el pecho de Martina, sintiéndose encantada con la sensación de su piel contra la suya. Después de todo lo que había sentido, por lo sucedido entre ellas, le costaba conciliar el sueño, sentía cierta emoción al descubrir cómo había cambiado su vida y no dejaba de darle vueltas dándose cuenta de lo mucho que había sufrido. Ahora, entre los brazos de Martina, descubriendo otra manera de amar, se daba cuenta de lo usada que había sido por los hombres de su pasado.

Desde hacía varios días, Emma sentía una seguridad en sí misma, que revolucionaba su interior, dándole el valor suficiente para pensar en su futuro y ser capaz de hacer lo que se propusiese. Se puso a pensar en lo que quería hacer a partir de ahora, no le apetecía tener que volver a trabajos precarios y tampoco pretendía ser una mujer florero. Así que tuvo una idea y tenía la esperanza de que Martina la apoyase en lo que se le había ocurrido.

—Cariño, ¿estás dormida? — preguntó Emma en voz baja.

—No — contestó Martina mientras movía las manos por la espalda desnuda de Emma — solo estoy gozando de tenerte desnuda... ¿Te pasa algo, cariño?

—Creo que ya he decidido lo que quiero hacer con mi vida...

—¿Crees? — preguntó Martina.

—Bueno... — Emma apoyó sus manos sobre el pecho de Martina y la miró a los ojos — sé lo que quiero hacer con mi vida.

—¡Eso es genial! — Martina sonrió — ¿qué has pensado?

—Quiero terminar mis estudios — dijo Emma con una sonrisa enorme.

—¿Y puedo saber que empezaste a estudiar?

—Diseño gráfico... — reveló con una enorme sonrisa — me quedé en el último año... podría retomarlo... terminar y hacer el trabajo de fin de carrera... ¿Lo ves estúpido?

—No, para nada — Martina acarició suavemente su pelo — creo que es una idea increíble... no sabía que habías estudiado diseño... — Emma sonrió orgullosa — al final hiciste lo que más te gustaba... — Martina dejó otro beso en sus labios — ¿sabes que Jaime está en el consejo de dirección de la universidad?

—¿Crees que él pueda o quiera ayudarme?

—Estoy segura — Martina la miró fijamente — pero no caigas en sus tácticas de profesor sexy... no tengo nada que hacer contra sus prácticas de seducción... — ambas rompieron a reír a carcajadas.

Martina colocó a Emma boca arriba con un suave movimiento y se pasó un rato besándola despacio, dedicándole caricias tiernas repartidas por su cuerpo. Luego estuvieron hablando sobre las dudas de Emma ante las posibilidades que tenía para entrar en la facultad, Martina le prometió que le ayudaría en su admisión. Esa noche, fue la noche donde Emma se sintió más ella misma que nunca, más mujer que nunca. Sus ojos por fin reflejaban una felicidad que su nueva vida junto a Martina le estaba brindando. De pronto, los rayos de sol iluminaban la habitación, a

pesar de haber pasado toda la noche hablando sobre la nueva vida de Emma a partir de ese día, no se sentían nada cansadas. Una nueva vida empezaba.

Días después, habían quedado para cenar y celebrar que habían admitido a Emma en la facultad de diseño. Gracias a la intervención de Jaime, había podido empezar las clases con seis semanas de retraso. A pesar de que se tenía que poner al día con todo el temario, estaba muy ilusionada.

—Hola — dijo Martina al otro lado del teléfono — ¿Qué tal el día, cariño?

—Hola cariño — respondió Emma risueña — ha sido genial...

Martina se iba relajando con la conversación de camino a casa, saber que Emma estaba bien, la tranquilizaba. Su última operación había sido una mujer con la mandíbula rota por la agresión violenta de su marido y le había afectado más de la cuenta. El juicio de Emma contra Carlos se acercaba y eso la tenía más nerviosa que de costumbre.

—¿Te importaría decirle a tu chica dónde vamos esta noche para que pueda decidir qué ponerme?

—Un segundo... — Martina sonrió — ¿estás desnuda? — preguntó con picardía.

—Sí, Martina — Emma sonrió al escuchar el gruñido al otro lado del teléfono — estoy desnuda esperando saber qué ponerme... así que dime.

—No sé... ¿A ver qué te parece mi plan? — Emma sonrió sabiendo que su plan sería de todo menos decente — si estás desnuda cuando llegue a casa, te invité a todos los postres que quieras... —le propuso Martina.

—Si traes el postre a casa... — Martina escuchaba atenta la contraoferta de Emma — podrás quitármelo a lametones del cuerpo — bromeó Emma.

La única respuesta que escuchó fue un gruñido ahogado al otro lado del teléfono. Emma calculó el tiempo que llevaba hablando y se puso su bata para asomarse por el balcón para ver como Martina aparecía por la calle.

—¿Estás desnuda debajo de eso? — preguntó Martina por teléfono mirando hacia el balcón.

—Sube y descúbrela — dijo Emma antes de colgar el teléfono.

Entró corriendo en la habitación, se quitó la bata y el conjunto de sujetador y bragas de encaje que se había puesto y saltó sobre la cama. Se echó a reír cuando oyó a Martina tirando sus cosas por el suelo, demostrando la prisa que tenía por llegar hasta la habitación.

—Hoy te he echado mucho de menos, cariño... — confesó Martina desde la puerta.

Emma tenía claro, al ver a Martina desnuda en la puerta de la habitación, dirigiéndose hacia ella, que iba a necesitar otra ducha antes de salir para ir a cenar. Martina se abalanzó sobre ella y las hizo rodar hasta que Emma quedó sobre ella. Emma sintió que se duplicaba su excitación al sentir la humedad entre sus piernas cuando las manos de Martina le cubrieron las nalgas y las apretó con firmeza. Emma interrumpió el beso y fue descendiendo por el cuerpo de Martina.

—No sabes cuanto te he echado de menos yo, amor... — dijo susurrando contra su piel — entre tantos apuntes... y yo solo podía pensar en cómo me follas...

Mientras hablaba, no dejaba de acariciar el cuerpo de Martina, solo con el roce de sus pezones contra su cuerpo, Martina comenzó a jadear casi desesperada. El sol del atardecer iluminaba la habitación lo suficiente para que Emma viese el efecto de lo que hacía en el cuerpo de Martina cuando se colocó a horcajadas sobre ella. Se colocó completamente erguida y deslizó su mano hasta encontrar su propio sexo, comenzó a masturbarse bajo la atenta mirada de Martina, que no

perdía detalle de sus movimientos. Martina no lo soportó más y con un ágil movimiento, cambió las posiciones, se colocó entre sus piernas y enterró su cabeza, dispuesta a terminar lo que ella había empezado. Con la punta de su lengua, se puso a escribir el alfabeto sobre el punto más necesitado de Emma, optó por la opción de las letras en minúsculas porque había que hacer más maniobras. Al llegar a la letra g, Emma agitaba las caderas intentando aumentar la presión que aplicaba Martina sobre su necesitado sexo y antes de que llegase a la letra j, no pudo más.

—¡¡Joder!!... no voy a aguantar mucho más, cariño — confesó Emma entre jadeos desesperados.

Martina tampoco soportaba más sus jadeos, así que se elevó hasta llegar a su boca y dejando un beso muy sensual, deslizó su mano entre sus cuerpos y acarició con delicadeza su sexo, sintiendo el calor que desprendía su interior. A los pocos segundos, Martina comenzó a sentir como el cuerpo de Emma comenzaba a convulsionar levemente, señal de que estaba llegando al deseado orgasmo. Martina supo que Emma estaba disfrutando de sus caricias porque enredó los dedos en su pelo y la atrajo hacia su boca fundiéndose en un beso necesitado. Se separaron por falta de aire y el ritmo de sus movimientos aumentaron, Martina escondió la cabeza en el hueco de su cuello, pero Emma aprovechó que sus dedos continuaban enredados para sacarla de ahí y mirarla a los ojos.

—No, cariño... — musitó con dificultad por la falta de aire — quiero mirarte a los ojos cuando me corra... así que no te muevas...

Martina se quedó en el mismo lugar, dispuesta a satisfacer los deseos de Emma, sujetando su peso con la otra mano para no aplastarla, empezó con una serie de besos lentos por su cuello para luego regresar a sus labios. Los movimientos de Martina eran suaves al principio, pero luego eran con fuerza y determinación. Emma rodeó la espalda de Martina con las piernas, lo que permitía más libertad en sus movimientos, así que presionó con más fuerza.

—Joder... sí, cariño... mírame Martina, ¡mírame! — gritó Emma al mismo tiempo que sus pupilas se dilataban y su cuerpo convulsionaba, Martina sintió como palpitaba su centro y presionó para alargar el orgasmo.

Con una vez no le bastó, así que Emma levantó sus caderas para pegarse bien a Martina y comenzó a moverse de nuevo. Martina, muy obediente, introdujo los dedos en su sexo y retomó el ritmo en cuestión de milésimas de segundos. Emma buscó su sexo y comenzó a recorrer cada pliegue de forma casi descontrolada hasta encontrar el punto más necesitado de Martina y comenzó a jadear cerca de su oreja, indicándole que volvía a estar al borde del orgasmo. Martina aceleró las embestidas y en esta ocasión llegaron juntas al orgasmo.

—Cariño... que bien lo haces... — dijo Emma moviéndose bajo el cuerpo de Martina que se había desplomado sobre ella — deberías pensar en trabajar menos y hacerme el amor así todo el día...

—Si me pasase todo día haciendo esto... — dijo Martina dejándose caer sobre el colchón — estaría muerta al cabo de una semana.

—Espabila cariño... — dijo Emma dándole una palmada en el culo a Martina — me tienes que sacar a cenar... y si no para qué me despiertas el apetito... — Emma se fue directa a la ducha — no me has dicho todavía donde vamos.

—¿Y tu instinto aventurero? — dijo Martina levantándose de la cama.

Emma se asomó dentro de la ducha y ajustó la temperatura del agua a un calor tolerable antes de meterse. En cuanto puso la cabeza debajo del chorro de agua, notó un cuerpo cálido que se pegaba a su espalda.

—¿Crees que estoy sucia? — le preguntó Martina mientras paseaba sus manos por todo su

cuerpo.

—Sí, y además eres incorregible, así que las manos quietas o jamás saldremos a cenar — dijo Emma.

Siguió acariciando el cuerpo de Emma con las manos enjabonadas, sabiendo que Emma nunca rechazaría sus atenciones.

—Y si te invito a una hamburguesa del BBQ Burger, ¿me dejarás tocarte? — preguntó con picardía Martina.

—Cariño, por una de esas superhamburguesas con patatas asadas, tendría un hijo tuyo — dijo Emma sin ser consciente de sus palabras.

—Trato hecho — respondió Martina al instante y con seguridad.

Emma se dio media vuelta y se quedó de frente a Martina, su respuesta la dejó anonadada, y por un instante pensó que se había pasado de la raya. Nunca habían hablado de ello, Emma sabía que era demasiado pronto para tratar un tema así en su corta relación, pero lo cierto era que habrían tenido que acabar sacando el tema si querían contar con un embarazo saludable, por una cuestión de edad.

—Martina... — dijo Emma con precaución — ¿has dicho que trato hecho porque me vas a invitar a una buena hamburguesa o lo has dicho porque quieres tener un hijo conmigo? — acabó preguntando.

Cruzó los dedos mentalmente para que Martina no se acobardase y le diese la respuesta que ella quería oír.

—Las dos cosas — Martina rodeó su cintura con los brazos y la atrajo hacia su cuerpo — quiero invitarte a una superhamburguesa con patatas asadas... — le dejó un beso en los labios y continuó — y quiero tener hijos contigo... pero si no quieres...

—No cariño... — Emma sonrió — claro que quiero hijos... y los quiero contigo, pero primero quiero terminar mis estudios, encontrar un trabajo, tener mi propia vida...

—Y todo eso lo vas a conseguir, estoy segura — Martina besó con ternura a Emma.

Por fin las cosas estaban saliendo bien para Emma, solo le faltaba saber comunicarse con total seguridad y sinceridad, algo a lo que no estaba acostumbrada.

Martina se había vestido con unos vaqueros y una camiseta de los Simpsons, mientras que Emma se había puesto un vestido sencillo y unas zapatillas deportivas.

—¿Habías venido alguna vez aquí? — le preguntó Martina a Emma mientras le abría la puerta del local, permitiéndole el paso a ella primero.

—Menos de las que me hubiese gustado — respondió Emma con una sonrisa enorme — me encantan sus hamburguesas.

Martina y Emma caminaban cogidas de la mano buscando una mesa libre, de pronto, Emma tiró suavemente de la mano de Martina y señaló una mesa situada al fondo del restaurante. Martina dirigió su mirada hacia donde le había indicado Emma y sonrió al descubrir quienes estaban sentados en aquella mesa, manteniendo una conversación muy íntima, completamente distraídos sin ser conscientes de su presencia.

—Dos de mis personas favoritas... juntas... — dijo Martina con una sonrisa enorme cuando llegó a la mesa donde se encontraban Jaime y Ángela manteniendo una agradable cena.

—Martina... has estado cuatro horas en quirófano... — musitó Jaime con un tono fingido de desprecio — te hacía en casa... disfrutando de las atenciones de esta bella dama — Jaime se levantó de su silla y besó en la mejilla a Emma saludándola correctamente.

—Teníamos hambre — Martina se encogió de hombros.

—Sentaros con nosotros — propuso Ángela mientras se levantaba e imitaba el gesto de Jaime para saludar a Emma — será divertido cenar los cuatro juntos...

Martina acercó una silla a la mesa y le indicó a Emma que se sentase, luego ella hizo lo mismo y, así, comenzó una noche de risas, llena de anécdotas.

La noche estaba siendo completamente diferente a como Emma se la había imaginado, pero no le importaba, se sentía cómoda. A pesar de que los principales protagonistas de la noche estaban siendo Martina y Jaime, contando mil y una batallas vividas durante sus largos años de amistad, Ángela también aportaba algunas de sus anécdotas más divertidas durante la universidad. Sin embargo, Emma se limitaba a reír y a disfrutar escuchando tantas historias. Martina la observaba y temía que su silencio se debiese a que se sentía incómoda.

—Emma... — susurró Martina — ¿estás bien?

Emma miró a los ojos a Martina, sabía que, en algún momento, debía iniciar la conversación pendiente que quería tener con ella y que había estado retrasando, pero debían aclarar su situación. Emma no quería dar nada por sentado con respecto a su futuro, pero tenía miedo de las respuestas que podía obtener.

—Sí... — Emma se acercó a Martina — pero es que hay algo de lo que quiero hablar contigo...

—Soy toda oídos, cariño... — Martina giró su cuerpo y le dedicó toda su atención — ¿de qué se trata?

—Martina, estoy viviendo en tu casa... — Emma sonrió tímidamente — no quiero abusar de tu ayuda... al pagar la matrícula de la universidad, me voy a quedar sin ahorros... así que necesito tiempo para encontrar un trabajo y un sitio donde mudarme, puede que tarde un poco, pero... — soltó casi sin respirar.

Martina negó con la cabeza y no permitió que Emma continuase con su discurso.

—No tienes que mudarte... — Martina cogió las manos de Emma entre las suyas — y por tus estudios, no te preocupes, yo me puedo hacer cargo...

—No puedo vivir a tu costa...

—¿Por qué no?

—Eso no está bien... — Emma negaba con la cabeza — no te puedo pedir eso... debo hacerme cargo de mis cosas yo.

—Qué cabezota eres, Emma, en eso no has cambiado nada desde el instituto... Tú no me has pedido nada, yo te lo he ofrecido y sin ningún tipo de condiciones... — Martina miró a Emma con una sonrisa nerviosa — ¿O no quieres vivir conmigo?

Emma se dio cuenta de que Martina se pasaba los dedos por el pelo y supo que estaba nerviosa ante la posibilidad de recibir una respuesta negativa a su pregunta.

—Claro que quiero vivir contigo... — Emma acunó la cara de Martina entre sus manos y la besó en los labios — pero quiero contribuir... no debes cargar conmigo, cariño.

—Pero, ¿qué dices? Emma, te quiero y quiero que seas feliz, que descubras todas las cosas que te hagan sentirte feliz... apóyate en mí ahora en lo que necesites y eso te dará la oportunidad de hacerte más fuerte, para que yo en un futuro pueda hacer lo mismo contigo... — Martina miraba fijamente a los ojos a Emma — considéralo un préstamo, no de dinero, sino emocional... La vida ya ha sido bastante cruel contigo, cariño, no te pongas más piedras en tu camino — dejó un beso en los labios de Emma — además, tengo pensado exigir la devolución durante el resto de mi vida si me aceptas... a menos que mi compañía te resulte insoportable... quiero que te quedes conmigo — Martina alargó la mano y cogió la de Emma, intentando transmitirle la veracidad de

lo que estaba diciendo.

—Entiendo lo que me estás diciendo, pero... — Emma se inclinó para mirar más fijamente a los ojos a Martina — no quiero ser una carga y, por supuesto, no quiero que me hagas un préstamo...

—¿Y si lo hago yo?

Emma se giró de golpe cuando escuchó la voz de Jaime ofreciéndole el dinero que acaba de rechazarle a Martina.

—¿Cómo? — preguntó Emma entrecerrando los ojos.

—Sería como una beca... — respondió Jaime sin darle importancia a su propuesta.

Martina sonreía mirando a Jaime, sabía que era algo que estaba haciendo por ella, pero se sentía agradecida y orgullosa de su amigo. Emma iba a tardar un poco en gestionar la oferta de Jaime, descubrir que alguien pretendía ayudarla sin obtener algún tipo de beneficio a cambio, era algo que, los golpes de la vida, le había arrebatado.

—Pero... ¿Con qué condiciones? — preguntó Emma con un tono abatido.

—Pasarás a ser algo así como de mi propiedad... — dijo Jaime sonriendo mientras Emma abría los ojos al máximo — Emma, querida, tendrás que ponerte al día con las asignaturas, no bajar de la media y chivarme todos los rumores sobre mí que circulan por la universidad.

—Son unas condiciones aceptables — sugirió Martina enarbolando una enorme sonrisa — además podré jactarme de que salgo con una universitaria...

La sonrisa de Emma crecía al comprobar que uno de sus sueños se iba a hacer realidad, Martina y Jaime le estaban ofreciendo la posibilidad de terminar sus estudios y convertirse en diseñadora. Martina se ilusionó al comprobar que el brillo en los ojos de la Emma que recordaba del instituto, seguía enterrado bajo todos los revés que la vida le había dado a Emma. Ambas sonreían cada vez más mientras continuaban hablando de una vida juntas.

—¿Estás bien, amor? — susurró Jaime cerca de Ángela.

Ángela estaba lejos de estar borracha, pero los chupitos, después de cenar, le estaban produciendo un estado de ánimo muy juguetón.

—Mejor que nunca — respondió Ángela dejando un mordisco en su oreja, provocando un escalofrío que recorrió todo el cuerpo de Jaime.

—¿Sí? — preguntó Jaime acercando a Ángela por la cintura a su cuerpo — ¿y eso?

Ángela se acercó todo lo que pudo a Jaime, respirando su olor y gimiendo levemente.

—Pues... — Ángela dejó un beso en la comisura de los labios de Jaime, que más que tierno, resultó ser muy provocativo — me pones tanto... estoy tan...

—Hay más personas en la mesa — intervino Martina con una enorme sonrisa y mirando fijamente a su amigo — buscaros un hotel...

—Eso tiene fácil solución — respondió Jaime sacando su tarjeta para pagar la cuenta de la cena.

—No hará falta — dijo Martina en un tono bajito a su amigo.

—Así me gusta, que nunca dejes de ser una caballera — Jaime dejó un beso en los labios de Martina — nos vemos mañana en el hospital.

Emma sonrió al ver la relación que continuaban manteniendo Martina y Jaime a lo largo de los años. En otra ocasión, ese inocente beso, le hubiese generado algún tipo de arrebato lleno de celos, pero después de pasar tiempo con Martina, sabía que no tenía nada por lo que temer.

Martina y Emma regresaron a casa cogidas de la mano, riendo por tonterías y completamente relajadas. Emma disfrutaba de una tranquilidad que no había vivido nunca. Antes de llegar al

edificio, Martina empujó suavemente a Emma contra la pared para poder besarla antes de abrir la puerta. Emma miró a Martina con una expresión soñadora, luego le dedicó una sonrisa completamente enamorada y se apartó para que su amada mujer pudiese abrir la puerta. Subieron en el ascensor envueltas en un agradable silencio, disfrutando simplemente de su mutua compañía. Al llegar a su planta, Martina tuvo dificultades para abrir la puerta, Emma se había abalanzado sobre su espalda abrazándola con fuerza y haciéndole cosquillas para distraerla de su objetivo. Estaba dejando claro, que no quería renunciar al talante juguetón con el que Martina la había contagiado desde que llamó diciendo que volvía a casa desde el hospital y Martina, por su parte, ya estaba planeando muchas más noches como esta, pues habían podido divertirse, reír y hablar sin miedos ni prejuicios.

12.Feliz cumpleaños

—Vas a llegar tarde... — le recriminaba Jaime mientras Martina abría su taquilla — por favor, ¿quieres darte prisa?!

—Me resulta un poco desconcertante que sepas lo que Emma ha planeado y yo no — dijo Martina mientras se quitaba el pijama del hospital.

—Te quiere, solo quiere hacerte feliz... — respondió Jaime con una sonrisa ardiendo en picardía — y si además resulta que, si al mismo tiempo que te hace feliz, ella también lo es, más poder para ella — Jaime le dio una palmada en el culo y dejó un beso en sus labios — diviértete... y ¡feliz cumpleaños!

Martina sonrió al ver como su amigo era capaz de ser el cómplice que Emma necesitaba, su relación había evolucionado convirtiéndolos en amigos confidentes.

—¡¡Jaime!! — gritó una enfermera, nada más cruzó la puerta — ¡¡es el vestuario de mujeres!!

—Tranquila, Vero... — Jaime ni se movió de su sitio — no tienes nada que me interese ver...

Martina rompió a reír, contagiando a Jaime que se sumó a las carcajadas. Cuando Martina ya estaba cambiada con su ropa, Jaime resopló y le dio un papel con un par de instrucciones sencillas. Martina sonrió al reconocer la letra de Emma, besó a su amigo y se fue directa a su casa.

Nada más entrar se quitó la camisa, los pantalones, las zapatillas y los calcetines, quedándose solo en ropa interior. Martina llamó suavemente a la puerta de su habitación y esperó la invitación para entrar. Cuando lo hizo, descubrió un camino de velas, un aroma a flores silvestres y a Emma de rodillas sobre la cama con un conjunto de encaje color azul. Ese tono resaltaba su tono de piel de una forma muy sensual. Emma no estaba segura de sí, la decoración de la habitación, eran detalles que le gustarían a una mujer como Martina, pero después de verle chasquear los labios como si tratase de devolverle la humedad a su boca, confirmó que había sido una buena idea.

—Feliz cumpleaños, cariño...

Martina abrió sus ojos al máximo y caminó lentamente hacia la cama, como un león tentando a su presa.

Pasaron casi tres horas desde que Martina había desenvuelto y disfrutado de su “regalo”, pero la imagen de Emma sentada a horcajadas sobre ella, hacía que Martina olvidase el dolor que tenía en la pierna, por culpa de un calambre.

—No creo que pueda hacerlo una vez más, cariño... — confesó Emma sonriendo.

Martina trató de protestar, pero sus suaves manos recorrían las piernas de Emma de una forma tan sensual, que era capaz de ver como su cuerpo estaba cambiando de opinión.

—Solo quiero acariciarte... — dijo Martina con la mirada puesta en los erectos pezones de Emma.

Las manos de Martina, se mantuvieron alejadas de todos los puntos sensibles de Emma,

centrándose simplemente en sus piernas y en su abdomen. Martina dobló las rodillas y Emma aprovechó para echarse hacia atrás y dejarse caer contra sus musculadas piernas, disfrutando así de sus suaves caricias. Martina sonrió al ver la postura de Emma que, al inclinarse hacia atrás, su centro se movió quedando expuesto sobre su abdomen y pudo notar como la humedad comenzaba a reaparecer. Emma gimió cuando Martina pasó las manos rozando sus pechos hasta la parte superior de sus brazos antes de empezar su descenso por el camino ya recorrido. Dejó de jugar, para centrarse en sus pechos, y Martina se regocijó en ellos al sentir los pezones completamente duros.

—Espero que sepas lo bonita que eres... — Martina habló suavemente, sin dejar de mover sus manos.

Emma gimió cuando sus manos se desviaron recorriendo todo el perfil de sus brazos y desvió sus caricias, dejando el valle de sus pechos descuidado y desprovisto de atenciones.

—Martina... — Emma susurró apenas con un hilo de voz — necesito que me toques, cariño...

—Te estoy tocando, amor...

Martina dejó caer sus manos sobre los mulsos de Emma y se levantó un poco sobre la cama para poder llegar hasta sus pies y acariciarlos.

—No — Emma colocó sus propias manos debajo de sus pechos y los masajeó — quiero que me toques aquí — la mirada de Emma estaba completamente oscurecida y llena de deseo.

Todo el cansancio por el ejercicio anterior y, sobre todo, el dolor por el calambre que recorrió toda su pierna había desaparecido.

—Feliz cumpleaños para mí — fue lo que Martina murmuró mientras se acercaba a sus pezones anticipándose al deseo.

—Son todos tuyos — Emma se inclinó hacia adelante tratando de encontrar algo de alivio por el latido entre sus piernas contra el sexo de Martina.

Martina se sentó lo suficientemente erguida para alcanzar su objetivo y sellar con su boca uno de sus pechos. Al sentir la humedad de la boca de Martina en su pezón, Emma comenzó a balancear sus caderas hacia adelante y hacia atrás.

—¡Oh, sí...!

Con sus labios envueltos alrededor del pecho de Emma, Martina apretó su mano entre ellos y la arrastró hasta el punto húmedo situado entre sus piernas. Cuando sus dedos encontraron el duro y húmedo clítoris, lo acarició y tras varios gemidos por parte de Emma, no lo soportó más y la penetró delicadamente. Emma soltó sus senos y se aferró al pelo de Martina, la succión en su pecho y sentirla dentro de su interior, era demasiado para ella. Le tiró con fuerza del pelo, sus dedos estaban enredados con el deseo de sentir el suave toque de los labios de Martina sobre los de ella. Cuando Martina recibió el mensaje, lamió su lengua, y esa batalla, pudo sentirla en su centro. Emma se presionó más cerca de Martina cuando sintió el comienzo de su orgasmo, entrelazó sus dedos con los de Martina y apretó con fuerza cuando cruzó el borde del acantilado al que la había llevado, Martina acalló sus gritos con un beso. Emma no podía moverse y estaba agradecida de que Martina se contentara con abrazarla mientras volvía a tumbarla sobre la cama. Con un gruñido, Martina salió de su cálido refugio haciendo que Emma finalmente levantase la vista cuando oyó sus risas.

—¿Qué es tan gracioso? — preguntó curiosa Emma.

—Me preguntaba qué explicación creíble debería dar, el día que me rompas los dedos y no pueda operar — Martina pasó los dedos por la espalda de Emma y acercó más a ella.

—Si eso sucede... — Emma besó detenidamente el cuello de Martina — te ayudaré hasta que te recuperes para volver a tus obligaciones.

—¿No querrás decir, hasta estar lista para trabajar? — sintió como el cuerpo de Emma temblaba por la risa.

—No, estoy hablando de tus obligaciones para conmigo en esta cama — Emma se deslizó hacia un nuevo territorio mientras continuaban su conversación — y déjame decirte que puedo ser una mujer difícil... espero lo mejor, así que tengo que mantenerte en forma...

—No sé yo...

Emma saltó cuando Martina mordió uno de sus pezones.

—Cuidado — advirtió Emma antes de que Martina lo volviese a morder de nuevo — así es como te dio un calambre.

—Esto no era lo que estaba mordiendo cuando me dio el calambre — aclaró Martina sin desviarse de su objetivo.

—Tienes razón, cariño — Emma se deslizó y la fricción entre sus cuerpos estaba excitando a Martina todavía más — ¿estás bien para el siguiente asalto?

—Estoy ardiendo por ti — susurró Martina contra el cuello de Emma — ¿quieres que explote?

—Eso ha sonado muy cursi, cariño — Emma se coló bajo el cuerpo de Martina — pero habrá una explosión involucrada en mis planes... te lo aseguro.

Fue lo último que pronunció Emma antes de que Martina se acomodase entre sus piernas. Una vez posicionada, levantó la vista en busca de algún tipo de señal que le indicase que eso era lo que le apetecía a Emma en ese momento, la descubrió con una mano tapándose los ojos y la otra enredada con la sábana, más que suficiente para continuar con su propósito. Martina conocía la disciplina tan marcada de Emma para mantener las piernas abiertas y no aplastarla, así que fue amable con ella, a pesar de la urgencia que sentía, empezó con calma. Martina se empeñaba en enseñarle un mundo nuevo a Emma, así que se esforzaba para estar a la altura y, poco a poco, introducirla en un mundo donde podía disfrutar del sexo libremente y sin ningún tipo de prejuicios. Se centró en hacerla disfrutar y con el primer golpe certero de su lengua, las caderas de Emma se elevaron y su espalda se arqueó ofreciéndoles mejor acceso. Emma sucumbió a la destreza maestra de su lengua y se relajó después de un orgasmo intenso, Martina gateó por la cama hasta llegar a su altura y le besó con su sabor todavía en sus labios.

—Me gusta tanto esto... — Martina volvió a besar a Emma — y que lo disfrutes tanto... — se separó un poco esperando que sus ojos se abriesen para disfrutar de su color avellana con matices dorados.

—Si hubiese sabido esto en el instituto... — Emma abrió los ojos y sonrió — me hubiese fugado una noche contigo...

—Me encanta escuchar eso... — Martina besó de nuevo a Emma, pero su voz sonó más seria — no quiero que me malinterpretes... nuestra relación es mucho más que sexo... — su voz titubeaba levemente — y el sexo contigo es increíble... pero... ¿Me gustaría saber si...?

—Cariño, cubres todas mis necesidades — Martina sonrió contra el cuello de Emma — no debes preocuparte por eso... — Emma sonrió ampliamente, haciendo que Martina también ensanchase su sonrisa, le encantaba saber que Emma era feliz en todos los aspectos de su relación.

Un golpe en la puerta impidió que Emma continuase hablando y en su mente, intentaba, desesperadamente, recordar si Martina había cerrado la puerta cuando entró en la habitación.

—¿Sí? — preguntó Martina con el ceño fruncido.

—Martina... ¿Estáis decentes? — la voz de Jaime sonaba al otro lado de la puerta.

—¿Hay alguna razón para estarlo? — respondió Martina entre risas.

—Sí — respondió Jaime de una forma contundente — tu cena de cumpleaños estará lista en

veinte minutos, y sería un detalle que hicieses acto de presencia, aunque sea lo último que te apetezca ahora mismo.

—Cuando consiga desatarme de las ataduras con las que Emma me ha atado a la cama, saldremos — se escuchó la risa de Jaime al otro lado de la puerta y Emma golpeó a Martina en el brazo.

—No le hagas caso, está bromeando... — intervino Emma con las mejillas sonrojadas — enseguida iremos, Jaime.

—Si esa listilla que tienes al lado, no ha conseguido desatarse sola de tus ataduras... — Jaime hablaba con tono jocoso — querida, tienes muchas cosas que enseñarme... Ángela ya sabe soltarse cada vez que la ato — Jaime caminó hacia la cocina escuchando la fuerte risa de Martina, que rompió a reír conociendo a la perfección el humor de su amigo.

—No será capaz de contárselo a los demás, ¿no? — dijo Emma con incredulidad, mientras Martina rompía a reír a carcajadas.

Martina y Emma salieron de la habitación vestidas correctamente y cogidas de la mano, para encontrarse en el salón a Jaime y Ángela, ella lucía un vestido espectacular y él, pantalón negro y una camisa perfectamente planchada.

—¿Qué estás tramando, Jaime? — preguntó Martina acercándose para saludar con un beso a cada uno.

—Vas a tener que ser paciente y esperar — Jaime besó a Martina en los labios, como ya era costumbre — no te voy a dar pistas y estropear la sorpresa... pero te prometo que acabarás pensando que soy maravilloso y que no serías capaz de vivir sin mí — dijo Jaime con una sonrisa.

—Demasiado tarde querido, eso ya lo pienso — respondió Martina.

Jaime les ordenó que volviesen a la habitación para vestirse adecuadamente para la ocasión. Les dio media hora y las amenazó con entrar en la habitación si escuchaba algún sonido erótico.

—Qué guapa estás... — susurró Martina en el oído a Emma.

Luego le mordió el lóbulo y esperó a oír el gemido que sabía que se iba a producir por su atrevimiento. Emma jamás decepcionaba y al notar esa boca cálida en su piel, no solo gimió, sino que además un espasmo recorrió todo su cuerpo.

—Detente... — dijo Emma intentando alejarse de la tentación — no lo empeores... yo no habría salido de la cama... — observó el reflejo de Martina en el espejo, descubriendo la oscuridad en sus ojos llenos de deseo — ¿prometes que no arruinarás mi maquillaje? — dijo Emma relamiéndose el labio inferior.

—Prometo que mi boca no se acercará a tu maquillaje — juró Martina.

Al cabo de veinte minutos, Jaime volvió a aparecer en la habitación.

—¡¡Doctora Montenegro!! — dijo Jaime al abrir la puerta sin llamar — ¿estás molestando a la muchacha? Sal de la habitación y deja que Emma se arregle tranquilamente — bramó desde la puerta sin quitarle la vista a Martina.

—La estaba ayudando a ponerse el vestido... — se excusó Martina mientras se abrochaba la camisa — Emma responderá por mí — intentó parecer inocente.

—¿Y por qué coño llevas una camisa diferente a la que te ibas a poner? — preguntó Jaime con los brazos cruzados sobre su pecho.

—Porque se me ha arrugado mientras la ayudaba con el vestido — respondió Martina — además... ¿No crees que está guapísima? — señaló a Emma en un intento de desviar la atención y terminar con las acusaciones.

—Aduladora... — Jaime negaba con la cabeza con una sonrisa asomándose entre sus labios

— no entiendo como la soportas Emma...

—Porque compensa sus defectos con ingeniosos movimientos de su lengua... — Martina sonrió e hinchó el pecho por la defensa de su chica.

—Sois tal para cual — dijo Jaime con una mueca de asco — tenéis diez minutos, después de eso me iré con Ángela y empezaremos la fiesta sin vosotras — giró sobre sus talones y se fue farfullando lo que fuese, dejando a la pareja riendo en la habitación.

Veinticinco minutos después, Martina y Emma salieron al salón, listas para seguir el plan que había organizado Jaime. Emma intentó no hacer caso de la mirada intencionada de Jaime, pero no pudo evitar el rubor en sus mejillas y Martina lucía una sonrisa pícaro, lo que solo provocó que las mejillas de Emma, subiesen varios tonos de color. Fueron a cenar a un restaurante en el paseo marítimo, la noche fue agradable y divertida, y como Martina no quería que la celebración de su cumpleaños terminase, invitó a Jaime y a Ángela a comer en su casa al día siguiente. Acabaron pasando el fin de semana juntos en casa de Martina, aprovecharon el buen tiempo e hicieron una barbacoa en la terraza.

—¿Nos queda más queso? — le preguntó Emma a Martina.

Acababa de rayar el último trozo de queso para las fajitas que estaba preparando, mientras Martina se dirigía a la barbacoa para cocinar filetes de pollo y algunas verduras.

—Mira en el cajón de la nevera — contestó Martina dejando la bandeja que llevaba en las manos sobre la encimera de la cocina — a veces escondo algún trozo para que no te lo comas todo...

Se colocó detrás de Emma, tiró de ella y la sentó en la encimera de la cocina para poder besarla. Emma, vestida con pantalones cortos y una camiseta de tirantes finos, tenía algo que estaba volviendo loca a Martina.

—Cariño, nos están esperando — dijo Emma, sin hacer el menor intento por apartarse.

Martina llevaba todo el día con talante romántico y no tenía la menor intención de echarle el freno.

—Que esperen — sentenció Martina — tengo una mujer increíblemente bella en la cocina preparándome la comida — Martina la besó suavemente en el cuello — ¿y tengo que sentarme encima de mis manos para contenerme?

—Pues a mí... — dijo Emma con tono grave y provocativo — me encantaría sentarme encima de tus manos.

—¡¡Tenemos hambre!! — se quejó Jaime desde la puerta — ¿Cuándo llegará el día en que dejarás en paz a la pobre chica?

—Búscate un pasatiempo que te divierta, Jaime — le respondió Martina entre risas.

—Menuda gilipollez — Jaime lo señaló con su dedo de forma amenazante — controla esa lengua, mujer.

—Todo lo que tenga que ver con su lengua, debe pasar antes por esta morena de aquí — dijo Emma señalándose a sí misma.

Jaime se fue hacia la terraza con los brazos, agitándolos en el aire y balbuceando alguna que otra injuria. Emma decidió bajar de la encimera, pero se aseguró de hacerlo deslizándose, rozando todo el cuerpo de Martina. El roce hizo que los pezones de Martina se endureciesen y se hiciesen visibles bajo la fina tela de su camiseta y Emma desvió su vista hacia el deseado pecho. Metió la mano por debajo de la camiseta de Martina y tiró de ella para sacarla de la cocina camino a la terraza, pero antes de salir junto a Emma, la muy frustrada de Martina, le dio tiempo de coger la bandeja llena de carne para acabar su tarea. A Jaime le encantó ver la cara de Martina, al fin veía la luz que llevaba tanto tiempo echando de menos, casi le hacía gracia, saber

que la misma persona que frustró que esa luz no brillase, fuese ahora la misma que encendía la llama.

Ya habían terminado de comer y estaban disfrutando de una copa en una agradable sobremesa, cuando el teléfono de Ángela sonó dentro de su bolso. Se disculpó por la interrupción y se alejó un poco para contestar, ya que no fue capaz de identificar el número de la pantalla.

—¿Abogada Ángela Tena? — preguntó una voz de hombre al otro lado de la línea.

—Sí, soy yo.

—Soy el inspector de policía Molero, del departamento de homicidios — Ángela se tensó al escuchar al hombre al otro lado del teléfono — le llamo para avisarla sobre un caso que le incumbe. Hoy hemos encontrado a una joven prostituta muerta porque un animal le ha dado una paliza y... ese animal no es otro que Carlos Nuñez — Ángela se quedó inmóvil al escuchar ese nombre — tengo entendido que una de sus víctimas, es clienta suya...

—Sí, Emma Peralta.

—¿Y sería tan amable de darnos su contacto? No encontramos a Nuñez y tememos que esté escondido esperando para ir a por su próxima víctima...

—¿Y creen que pueda ser la señorita Peralta?

—Por desgracia si...

—No se preocupe, inspector Molero, ahora mismo estoy con ella en su casa, yo misma la informaré.

Tuvo que apoyarse en una silla para no caerse, el simple hecho de pensar de lo que había sido capaz ese salvaje, se le helaba la sangre. Jaime se acercó a ella por detrás y la abrazó, las pocas palabras que logró escuchar de su conversación y la cara de terror que se le había puesto, había disparado todas las alertas de Jaime. Ángela se echó a llorar cuando se sintió protegida entre los brazos de su chico.

—Tranquila Ángela, sea lo que sea... — le susurró Jaime al oído — no estás sola.

Ángela se abrazó a él más fuerte y se volvió hacia Martina en busca de ayuda para ser capaz de verbalizar lo que tenía que contar, sabiendo que los miedos de Emma regresarían. Martina le hizo un gesto amable, cariñoso, indicándole que podía desahogarse cuando se calmase un poco. Ángela cogió varias bocanadas de aire antes de contar que es lo que le había afectado tanto.

—Era un inspector de homicidios... — Ángela respiró antes de continuar — han matado a una prostituta de una paliza... — sus ojos se desviaron hacia Emma de forma inconsciente — ha sido Carlos...

Emma rompió a llorar sin consuelo, imaginándose víctima de esa agresión. Su cuerpo comenzó a temblar, recordando todas las ocasiones que los golpes de Carlos le habían brindado la oportunidad de tener el mismo destino que esa mujer. Martina la estrechó entre sus brazos, recordándole la suerte que tenía al haber logrado escapar antes de sufrir el mismo final.

—¿Dónde está Carlos ahora? — preguntó Martina.

—Eso es lo peor... — Ángela bajó la mirada — no saben dónde está...

—¿Y temen que pueda venir a por mí? — preguntó Emma limpiándose las lágrimas de sus mejillas.

—Sí, Emma — respondió Ángela con sinceridad.

—No voy a dejar que te pase nada — le aseguró Martina envolviéndola de nuevo entre sus brazos.

Emma miró la cicatriz de su pierna y se dio cuenta de que aquel accidente de moto, fue lo mejor que le pudo pasar. De no haber sido por esa lesión, seguramente habría corrido la misma suerte que había tenido esa mujer.

—Esta pesadilla no va a acabar nunca... — dijo Emma volviendo a llorar de nuevo.

—Sí que acabará — Ángela cogió la mano de Emma entre las suyas y la miró a los ojos — tienes que ser fuerte y declarar ante el juez la mierda de vida que has tenido junto a ese cabrón... — llamó la atención de Emma para que la mirase a los ojos — y el simple hecho de que entrase en tu casa a la fuerza, es lo que podemos llamar un complemento extra para que no se libre de una larga temporada en la cárcel... — Ángela rio y miró a Martina — pero él no esperaba encontrarse con tu rottweiler que te defenderá si se atreve a acercarse a ti...

—¿Ves? Ángela logrará que te libres de ese miserable — Martina besó tiernamente en los labios a Emma — se acabaron los caminos largos y tortuosos para ti, amor.

—Martina... — musitó Emma mirándola fijamente con los ojos llenos de lágrimas — quiero pedirte disculpas por arrastrarte a todo esto... Tú no tendrías que verte afectada por mis errores del pasado... — Martina la estrechó más entre sus brazos.

—No pienses en eso ahora... no tengo nada que perdonarte... — Martina miró a los ojos Emma — además si ese hijo de puta vuelve a acercarse a ti, juro que lo mataré...

—Vale, Rambo — intervino Ángela — procura no ser tan sincera frente al juez o no podré hacer mi trabajo.

El comentario de Ángela provocó las risas de todos, consiguiendo así, que el ambiente se relajase y desapareciese toda la tensión vivida por la desafortunada llamada.

—Martina... — musitó Emma — por si todavía no lo sabes... te quiero — Emma se pegó bien a Martina y la besó.

—Y yo a ti — respondió Martina con un beso en sus labios — ahora vamos a la cama, deberías dormir... — se levantó y ayudó a Emma a levantarse de su silla — mañana podemos gandulear en la cama o lo que tú quieras...

Martina y Emma se despidieron de Ángela y Jaime, prometiéndole a la joven abogada, que se verían al día siguiente para el juicio.

13.El día del juicio

Emma entró a la sala del tribunal cogida del brazo de Martina, observando cada rincón en busca de Carlos, pero no había ningún rastro sobre él. Llevaba un vestido negro, elegante y que hacía justicia a cada una de sus curvas, alardeando de su propio estilo. Martina caminaba orgullosa de ir de la mano de la nueva mujer en la que se había convertido Emma. Había cambiado tanto que ni el padre de Carlos, que estaba sentado junto a su abogado, la reconoció. Caminaron hasta la parte delantera de la sala y saludaron cariñosamente a Ángela.

—Hola — Emma pasó por delante de Martina y beso en la mejilla a Ángela — ¿Qué tal va todo?

—Debes estar tranquila... — Ángela saludó de la misma forma a Martina que se mantenía en su lugar — después de la charla que he tenido con el fiscal, Carlos está de mierda hasta el cuello...

—¡Emma Peralta! — la voz estridente del padre de Carlos interrumpió la conversación — debería darte vergüenza, pavoneándote como una vulgar ramera... — el padre de Carlos agarró con fuerza a Emma por el brazo — ¿cómo has podido hacerle esto a mi hijo con lo que él te quiere?

—Señor, no sé quién es usted, pero si no suelta a la señorita, me verá obligada a hacerlo por usted — dijo Martina en voz baja, desafiando al padre de Carlos.

—¿No me diga? No recuerdo haberle pedido su opinión, esto es un asunto de familia y a usted no le concierne, así que lárguese — dijo el viejo con bastante desdén.

—Señor, no se lo voy a repetir — Martina, apretó los dientes y tensó la mandíbula — y le voy a dejar claro una cosa, Emma es asunto mío, así que suéltela... — Martina dio un pequeño paso al frente — no se lo volveré a repetir.

—¿Me está amenazando? — preguntó el señor.

—No — dijo Martina entre dientes — le estoy prometiendo que le romperé todos los huesos de la mano y se los nombraré uno a uno al mismo tiempo, sino la suelta ahora mismo.

—Martina, tranquila... aquí no por favor — rogó Emma mirándola a los ojos.

Echó la mano hacia atrás buscando el contacto de Martina en un intento de calmar su furia. Lo último que quería, es que Martina tuviese problemas legales por culpa de todo esto.

—No voy a dejar que nadie vuelva a tratarte así, Emma — Martina avanzó un paso — y mucho menos este gordo gilipollas, al que nadie le ha enseñado modales... ¡Suéltela! — dijo con más agresividad.

La expresión de sus ojos, le demostraba al hombre que todas aquellas palabras no eran ninguna broma, así que soltó a Emma. El señor no sabía quién era Martina, pero le había quedado claro que era el perro de presa de Emma y ahora mismo no tenía ganas de averiguar si era capaz de cumplir sus amenazas.

—Emma... — el señor se dirigió hacia ella de nuevo — Carlos es un buen chico, no se merece

nada de esto, así que, te pido que pares con toda esta locura — esta vez, el hombre probó con una táctica más amable.

Emma se puso al lado de Martina, el brazo que rodeó su cintura, le brindó consuelo y seguridad, se sentía a salvo.

—No — sentenció Emma — su hijo es un animal... un salvaje que nunca tendrá la oportunidad de volver a hacerme daño.

Se sintió poderosa, valiente y empoderada por tener el valor de plantarle cara al hombre que le había enseñado como tratar a una mujer a Carlos.

—Emma, a veces la vida te da sorpresas — fue lo único que respondió el hombre antes de regresar para sentarse junto al abogado.

El padre de Carlos observaba, desde su silla, la complicidad y las atenciones que Emma compartía con la mujer que le había amenazado, dejando claro que relación que existía entre ellas. Emma apoyó la cabeza en el hombro de Martina mientras ella le hablaba suavemente intentando consolarla.

Todos se pusieron de pie cuando el juez Lorenzo entró en la sala e inició la sesión rápidamente. Alzó la vista y observó a Ángela preparada junto a su clienta con todas las pruebas frente a ellas y sonrió al ver al abogado de Carlos de pie, solo, detrás de la mesa, sonrió y el abogado comenzó a sudar.

—Buenos días, letrada Tena, ¿está la parte acusadora preparada para proceder? — preguntó el juez, centrándose en ella exclusivamente, y aguardó su respuesta.

—Sí, su señoría — contestó Ángela — y para ahorrar tiempo y en interés de la justicia, estamos dispuestas a renunciar a un juicio con jurado, si la defensa lo considera.

Ángela miró a Emma por un momento y le dirigió una sonrisa reconfortante. Emma entendió la señal de que todo iba bien.

—Gracias, letrada Tena, el tribunal lo tendrá en cuenta — dijo el juez con un tono neutro — y que hay de usted, señor García, ¿está la defensa preparada para proceder? — le preguntó el juez al abogado de Carlos.

—Señoría, rogamos la indulgencia del tribunal — el abogado tiró del cuello de su camisa sintiendo que le asfixiaba — me gustaría solicitar un aplazamiento, el señor Carlos Nuñez está recuperándose de sus lesiones...

—Ya veo... ¿Y esas lesiones se deben a un accidente laboral o a un accidente de tráfico? — inquirió el juez.

—No, señor — respondió el abogado.

—Pero conoce el paradero de su cliente, ¿cierto? — el juez probó de nuevo.

—No, señor — el abogado de Carlos cada vez sentía más agobio y le costaba respirar.

—¿No será que el señor Nuñez entró en casa de la señorita Peralta a la fuerza, la golpeó, pero esa chica de ahí sentada — señaló a Martina — la defendió, ocasionándole las lesiones de las que habla?

—Sí, su señoría.

—Entonces todo el mundo está preparado para proceder, pero no hay forma de ver la inocencia de su cliente, que además está en paradero desconocido... yo lo que veo son hechos probados — el juez desvió toda su atención al joven abogado que comenzaba a sudar de una forma muy evidente — ¿sabe lo que eso significa, señor García?

—Qué está en busca y captura — dijo el abogado — y que irá a la cárcel, nada más den con él.

—Exactamente, señor García — dijo el juez, se levantó y salió de la sala después de dictaminar sentencia.

—¿Qué ha querido decir con eso? — preguntó el padre de Carlos a su abogado.

—Quiere decir que a su hijo le esperan años de prisión... — el abogado no dejaba de hablar mientras recogía todas sus cosas — y el hecho de que no sea capaz de dar la cara y colaborar con la justicia, solo hace más dura su posible condena... — el abogado echó a andar por el pasillo, maletín en mano — todo esto no ayuda nada en su caso y su huida, añadirá más cargos en la sentencia.

Martina y Emma salieron a la calle cogidas de la mano, haciendo planes para el fin de semana. La intención de Martina era despejar a Emma por toda la tensión vivida durante el juicio y los días previos. Martina consiguió mantener un talante cariñoso y galante que disimulaba muy bien su estado real. Le abrió la puerta del coche a Emma y le ayudó a entrar en el asiento del copiloto. Emma fue capaz de notar la tensión en la mandíbula de Martina, siendo esa, la única señal externa de lo auténticamente enfadada que estaba Martina.

—Martina, cariño, te pido perdón otra vez por todo esto... — dijo Emma mientras sujetaba su mano entre las suyas.

—Emma, por favor... — susurró amablemente Martina — deja de pedir disculpas por el comportamiento de otras personas... — se inclinó hacia ella luciendo una sonrisa tranquilizadora — puede que tarde un poco... pero verás como todo esto acabará pronto...

—¿Y se acabará para siempre? — dijo Emma desviando la mirada a sus manos entrelazadas — tengo la sensación de que la sombra de Carlos siempre me perseguirá...

Emma mantenía su mirada fija en sus manos, evitaba a toda costa descubrir la desilusión reflejada en los ojos de Martina.

—Cariño... — Martina levantó la cara de Emma y la miró a los ojos — descubrirás que el dinero no da la felicidad, pero sí puede ayudarte a alejarte de las personas como Carlos... — Emma intentó volver a desviar su mirada, pero Martina se lo impidió — no quiero que lo consideres como un acto de caridad... es un regalo que te hago, libremente, y es tuyo, aunque decidas no estar conmigo...

Quería que Emma la comprendiese bien para que pudiese empezar a desprenderse parte del dolor que había en su vida a causa del pasado. Tras su declaración, Martina le acarició el pelo enterrando sus dedos, intentando que Emma la mirase fijamente, y cuando por fin levantó la vista y sus miradas se cruzaron, Martina descubrió que Emma tenía los ojos llenos de lágrimas que luchaban por no precipitarse al vacío. Martina esperó pacientemente escuchar un argumento bien razonado de por qué no iba a poder aceptar lo que tan altruistamente le ofrecía, así que, sintió un alivio revoloteando por su pecho cuando Emma simplemente se limitó a sonreírle.

—Gracias, cariño... — dijo Emma — te prometo que no voy a ir a ninguna parte y que pasaré mis días intentando que te sientas orgullosa de mí...

—Ya estoy orgullosa de ti — Martina dejó un beso tierno en sus labios — eres una joven preciosa, con mucho que ofrecer al mundo — volvió a besarla suavemente — no solo estoy orgullosa de ti, sino que, además, me siento muy honrada de que me hayas elegido para compartir tu vida conmigo... — Emma agradeció esas palabras con un beso y echó los brazos alrededor del cuello de Martina para profundizar más ese beso.

—¿Quiere tomar algo?

—No, gracias, estoy bien.

“Ya lo creo qué si lo estás”, pensó el camarero.

—Por favor, avísame si necesitas algo — Emma asintió y el camarero le respondió con una encantadora sonrisa.

Se alejó de la mesa donde Emma estaba sentada bebiendo un simple vaso de agua y llegó hasta la barra para continuar con su trabajo. La chica Morena, sentada en la barra, no disimuló mientras se quedaba mirando fijamente a Emma y el camarero se dio cuenta. No podía culparla, la mujer sentada en esa mesa, era realmente atractiva.

—Está buena, ¿verdad? — susurró el camarero, buscando un grado de camarería entre él y la descarada mujer de la barra.

—No sé de qué hablas — la mujer sentada junto a la barra, desvió su atención a su bebida al sentirse descubierta.

Intentó ocultar la sonrisa porque se acababa de sentir como una adolescente. El camarero sonrió dándole a entender que sus palabras no habían sido creíbles y mucho menos sus gestos.

—¿Quieres una mesa? — le preguntó el camarero.

—No, gracias, estoy esperando a alguien — la chica morena volvió a mirar hacia la mesa del rincón y suspiró viendo a Emma sentada sola.

Emma daba de vez en cuando un sorbo pequeño de agua, parecía que estaba intentando que ese vaso le durase una eternidad. De vez en cuando, su atención se perdía a través de la ventana junto a ella, claramente estaba esperando que alguien, deseando que esa persona, apareciese por esa calle.

—¿Crees que estará soltera? — el camarero pensó que había encontrado una compañera de confianzas en la mujer sentada en la barra.

—No sé... — la mujer se encogió de hombros — ¿sabes si está esperando a alguien? — preguntó mientras volvió su mirada hacia el camarero de nuevo.

—No tengo ni idea... — el camarero cogió un trapo blanco y se puso a secar los vasos recién lavados — pero todavía no ha pedido nada... — dejó el vaso y se colgó el trapo al hombro para acercarse a la mujer de la barra y confesarle su intención — quizá pueda conseguir que me dé su número de teléfono...

—Vamos a hacer un trato... — la mujer de la barra se puso de pie — déjame intentarlo a mi primero y si me da calabazas, lo intentas tú, ¿trato? — la morena extendió la mano y el camarero la estrechó, sellando así un trato entre ellos.

Tal vez el turno de hoy en la cafetería no iba a ser tan aburrido, después de todo. El camarero se quedó en la barra mientras observaba como la chica morena se acercaba a la mesa de Emma completamente decidida. El camarero pensó que su actitud de seguridad y su excesiva confianza chocarían contra un muro de hielo por parte de la guapa chica sentada en la mesa, así que, se aseguró de que su bolígrafo funcionase correctamente y lo dejó preparado sobre la barra. Era cuestión de minutos que la chica regresase a la barra ante el inminente fracaso.

—Disculpe señorita — dijo la chica morena cuando llegó a la mesa junto a Emma.

—Sí, ¿en qué puedo ayudarle? — preguntó Emma sonriendo.

—¿Le importaría guardarme mis cosas mientras voy al baño? — Emma se mostró un poco sorprendida por la petición tan inusual por su parte — solo serán un par de minutos, lo prometo — al ver la reacción de Emma, la chica morena intentó sonar convincente.

La morena miró hacia atrás para comprobar que el camarero continuaba observándola desde la barra y sonrió de medio lado cuando comprobó que tenía toda su atención.

—Bueno, sí solo van a ser dos minutos... — Emma asintió sonriendo a la morena plantada frente a ella — no veo problema alguno...

—Gracias — la morena dejó sobre la mesa un maletín que parecía contener un ordenador y dejó la mochila que colgaba de su hombro en la silla junto a Emma.

Caminó con seguridad hacia el baño y cuando pasó por delante del camarero, le guiñó un ojo. Nunca desvió su mirada hacia atrás, estaba segura de que se había ganado la atención de Emma. El camarero vio una oportunidad y se acercó a la mesa, decidido a aprovechar la ausencia de la chica morena.

—Eso ha sido un poco imprudente por su parte — le dijo el camarero mientras le servía otro vaso de agua — nunca sabemos el aspecto correcto de un asesino en serie — sonrió el camarero contagiando a Emma.

—Bueno, en el riesgo está la aventura — respondió Emma sonriendo.

El camarero sonrió y volvió a la barra, no quería perder ni un detalle del siguiente movimiento de la morena.

—Deséame suerte — dijo la morena cuando pasó por la barra de regreso a la mesa y le guiñó un ojo.

—¿Te importa si me siento un momento? — preguntó la chica luciendo una enorme sonrisa.

—Claro, pero mi mujer está a punto de llegar — Emma miró de nuevo por la ventana esperando que apareciese alguien — tendrás que levantarte cuando ella llegue.

—Entonces... ¿Estás cazada? — preguntó mientras separaba la silla para sentarse frente a ella.

—Sí, lo estoy y mucho... — Emma sonrió mirando fijamente a la mujer sentada frente a ella — es una mujer increíble que conozco desde el instituto...

—Pero no le importas mucho si te deja esperando sola en los restaurantes — la mujer frente a ella se acomodó en la silla y no dejó de mirarla fijamente.

—El hecho de que no pueda controlar el tiempo, no significa que no le interese... — Emma ensanchó su sonrisa — además, no me importa esperar... vale la pena.

—¿Y qué es lo que hace? — la mujer se inclinó un poco sobre la mesa — tu mujer, digo.

—Es médico — Emma infló el pecho por el orgullo que sentía por Martina — mejor dicho, es la mejor médico de trauma y ortopedia de la ciudad.

—Pues debe ser muy confiada...

La morena se inclinó un poco más sobre la mesa y apoyó los codos sobre la mesa, Emma sonrió cuando los ojos de la mujer morena se desviaron a su escote en una fracción de segundo, antes de volver a mirarla a los ojos.

—¿Ya sabes lo que quieres pedir? — el camarero tenía su libreta lista para escribir algo interrumpiendo la escena.

Por el momento, la comida no era tan importante como la conversación que estaba manteniendo con la morena sentada frente a ella.

—No, gracias, pero esas personas sí — dijo Emma señalando la mesa de al lado — lo siento — volvió su atención a la chica sentada frente a ella — ¿por qué crees que mi mujer es confiada? Que, por cierto, sí, lo es, pero ¿por qué lo dices?

—No llevas un anillo en tu dedo — la morena señaló la mano de Emma — si no llevas ninguno, hace que alguien interesado asuma que estás soltera.

—Sería presuntuoso por mi parte, comprarme un anillo y dejarle a ella sin la oportunidad de sorprenderme con uno.

—¿No te ha dado ninguno? — la morena se recostó sobre el respaldo de la silla — si yo fuera tú... me replantearía tanta devoción por esa mujer.

—Tal vez tengas razón... — Emma volvió a mirar por la ventana — pero esa mentalidad de posesión y pertenencia sobre alguien... es un poco mezquina.

Los ojos de la mujer morena la traicionaron nuevamente, se recolocó en su silla mientras hicieron un recorrido descarado por la anatomía de Emma.

—Te daré uno — sentenció la morena.

—¿Un qué? — preguntó Emma.

—Un anillo — respondió la mujer con una sonrisa de medio lado.

Emma la miró y una sonrisa ardiendo en picardía se asomó entre sus labios.

—De acuerdo — Emma se inclinó sobre la mesa sin desviar su mirada de los ojos de la morena — enséñamelo.

—¿Quieres ver el anillo antes de darme una respuesta?

—Por supuesto — Emma se cruzó de brazos luciendo una sonrisa divertida — quieres que deje a la mujer de la que estoy perdidamente enamorada por un anillo, quiero verlo.

La mujer morena metió la mano en uno de los bolsillos de su pantalón y sacó una cajilla negra, la dejó sobre la mesa frente a Emma, ella la miraba con una sonrisa enorme que desprendía su propia luz.

—Permíteme — la morena abrió la caja y dejó caer el anillo en la palma de su mano, mostrándoselo a Emma — ¿pasarías el resto de tu vida a mi lado? — preguntó sujetando entre sus dedos el anillo de oro blanco.

—Sí.

La respuesta de Emma fue simple y contundente, pero fue más allá de la pregunta, fue un acuerdo con todo lo que tenía para ofrecer. Antes de que la morena deslizase el anillo por su dedo, Emma leyó la inscripción.

—Siempre tuya — susurró Emma.

Emma desvió su mirada hacia la cajita de nuevo y se dio cuenta de que había otro anillo igual al que le acababa de poner la morena en su dedo, lo cogió y lo deslizó por el dedo de la mujer sentada frente a ella. Ninguna de las dos, eran conscientes de las miradas curiosas que tenían alrededor de ellas, se centraron en sellar la escena con un digno y tierno beso a la altura que la escena merecía. Era maravilloso ver todo el amor que había por el mundo.

—Feliz cumpleaños, cariño — dijo Martina al separarse del beso — ¿prefieres comer algo o quieres que nos vayamos a casa? — sintió el cálido aliento de Emma sobre sus labios mientras hacía la pregunta.

—A casa, ya — sentenció Emma mirando fijamente a los ojos de Martina, que se habían tornado más oscuros por le deseo que había despertado en ella.

—¿No quieres comer antes de desenvolver tu regalo? — bromeó Martina.

El camarero no aguantó más y se volvió a acercar a la mesa interrumpiendo la escena.

—¿Supongo que ya os conocíais? — preguntó el camarero algo molesto.

—No — respondió con seguridad Martina — nos acabamos de conocer.

—Si hombre... — el camarero rio y negó con la cabeza.

—De verdad... — Martina miraba fijamente a los ojos a Emma — al entrar me he fijado en esta mujer tan bonita... y sola, aquí sentada, que no he podido resistirme — Martina hablaba con un tono tan neutral que sus palabras sonaban a verdad — y ahora me voy a casar con la señorita... — señaló a Emma y entrecerró los ojos esperando una respuesta.

—Peralta, Emma Peralta — respondió Emma con una sonrisa.

—La señorita Peralta, con ella me voy a casar... — Martina ensanchó su sonrisa — ¿ves ahora por qué quería intentarlo yo primero? Tenía un buen presentimiento desde el mismo momento

que la he visto sonreír.

—Martina... — estiró su mano por encima de la mesa y Emma la estrechó — Martina Montenegro.

—Mis mejores felicitaciones — las palabras del camarero sonaban vacías y con mucho desdén — ¿pediréis ahora algo de comer para celebrarlo?

—No, gracias — Emma miró a Martina con una sonrisa llena de picardía — queremos dar un salto a la luna de miel, ¿verdad?

—Me parece perfecto — respondió Martina.

Martina se levantó con un movimiento rápido y se colgó la mochila en un hombro y con la mano libre, invitó a Emma a acompañarla, caminaron hacia la puerta luciendo sus mejores sonrisas.

—Gracias, por ser tan amable — le dijo Emma al camarero cuando pasaron junto a él.

—Ser felices — respondió el camarero con un tono que destilaba resignación.

—Te prometo que ya lo somos.

14. ¡Tú eres mi problema!

Los suaves masajes de Martina ayudaban a aliviar la tensión en su espalda tras pasar largas horas estudiando. Emma estaba decidida a recuperar el tiempo perdido y a no perder la segunda oportunidad que la vida le estaba brindando. De pronto, el teléfono de Martina sonó interrumpiendo el maravilloso momento que había creado en su propia habitación, Emma gruñó sabiendo que, si llamaban a Martina desde el hospital después de las diez de la noche, tendría que salir corriendo.

—Doctora Montenegro — contestó seria, dejando de lado su talante romántico.

Emma se dio media vuelta sobre la cama para poder observar a Martina con la esperanza de que pudiese solucionarlo por teléfono.

—No, Rovira, no estoy de guardia este fin de semana — Martina negaba con la cabeza — además, me he bebido algunas cervezas durante la cena... no... tengo plena confianza en ti, estoy segura de que serás capaz de hacer un buen trabajo...

Martina miró a Emma y sonrió al verla como se acomodaba a su lado con cara de decepción, asumiendo que, al final, tendría que ir hasta el hospital para solucionarlo.

—Escúchame Rovira, tú hazle las radiografías y luego te aseguras del alcance de la lesión con una resonancia... y luego operas... ¡Así de sencillo!

—Vamos, Doctora Montenegro — la voz de Rovira al otro lado del teléfono detonaba matices de súplica en cada palabra — es un niño de diez años... no le estoy pidiendo que opere usted, solo quiero una segunda opinión...

—Bien... — Martina resopló sabiendo que solo podía aceptar la petición de su compañero de trauma — te veré en veinte minutos, así que pide esas pruebas ya — Martina colgó el teléfono.

Emma dejó escapar un largo suspiro, esperaba que fuese capaz de dormir sin Martina a su lado.

—Lo siento cariño, pero es un niño de diez años... — le dejó un beso en la frente — prometo que no tardaré.

—No estoy enfadada contigo Martina... — Emma le dedicó una sonrisa de resignación — es que me cuesta mucho dormir cuando no estás aquí... así que date prisa.

Emma miró divertida hacia el vestidor y negó con la cabeza, se preguntaba qué es lo que pensarían los padres del niño cuando viesan a la prestigiosa “Diosa de los huesos” vestida con un simple chándal.

—Lo que tenemos aquí, doctor Rovira — Martina estaba frente a las radiografías del niño, estudiándolas cuidadosamente — son dos fracturas en la tibia derecha y una fractura importante en el fémur izquierdo con complicaciones en la rodilla. Necesitas un clavo aquí y aquí... — Martina señalaba con su dedo sobre las radiografías — luego entra con el endoscopio y limpia todo esto y cuando tengas la resonancia de su cabeza, llama a neurología y que alguien le eche

un vistazo... — Martina se giró hacia el doctor Rovira — tienes una larga noche por delante... — un poco de pánico se reflejaba en la mirada del doctor Rovira — yo hablaré con los padres antes de irme... si tienes alguna complicación, me llamas.

Eran las doce de la noche y Martina se mantenía activa gracias al café doble que sujetaba en su mano como si media vida suya dependiese del contenido de ese vaso.

—Doctora Montenegro — Rovira golpeó a Martina suavemente en la espalda — gracias por su colaboración. Que descanse.

El doctor Rovira estaba profundamente agradecido de que Martina siempre estuviese dispuesta a ayudar a un compañero en apuros. Sus conocimientos y habilidades habían dado más de una lección a sus compañeros en medio de algún caos.

—Estará de pie en unos seis meses, pero después de eso Diego volverá a la normalidad. El doctor Rovira saldrá una vez haya terminado y hablará con ustedes. Haré que una enfermera venga aquí, cada hora más o menos, si puede, para hacerles saber cómo va la intervención. ¿Tienen alguna pregunta? — dijo Martina.

Los padres del niño escuchaban atentamente toda la explicación de Martina sobre la operación. A pesar de su aspecto cansado, ambos participaron en la conversación con la doctora, resolviendo todas y cada una de las dudas que les asaltaba. Martina se levantó de su silla y estaba despidiéndose de los padres cuando vio a Jaime correr por el pasillo en su busca. Nervioso y muy agitado, llegó hasta ella.

—¡Corre! — Jaime intentaba recuperar el aliento — ¡Vete a casa, ya!

—¿Qué sucede? — preguntó Martina, completamente desconcertada y asustada por el estado de su amigo.

—He recibido una llamada desde tu móvil...

—¡Oh, mierda! Me lo he dejado en casa... — Martina se tocó los bolsillos para comprobar que así era.

—¡¡Martina!! Emma está en peligro, ha entrado alguien en tu casa.

Martina corrió hacia la salida del hospital con la máxima velocidad que sus piernas eran capaces de alcanzar. Con el pánico en sus ojos, Martina se apresuró a recorrer el camino de vuelta hacia su casa.

Cuando llegó a casa, Martina se apresuró a entrar y empujó la puerta con fuerza. La escena que se encontró en el salón de su casa, la horrorizó. Emma estaba en el suelo, llorando desconsoladamente con la cara ensangrentada y se sujetaba un brazo contra su pecho. Carlos, de pie junto a ella, con una gran navaja en su mano, no dejaba de amenazarla con matarla ahí mismo si se movía lo más mínimo. Verbalizó la siguiente amenaza, pero de pronto, al oír una voz profunda, detuvo en seco la amenaza.

—¿Sabes Carlos?... — la voz de Martina sonaba tranquila — cuando estudiaba, aprendí cosas muy interesantes que podríamos poner en práctica contigo... y quizá te ayuden...

—¿Qué aprendiste, puta desviada? — se podía distinguir la frustración en la voz de Carlos.

Carlos giró la cabeza mirando en dirección a Martina, tratando de acelerar la respuesta. No tenía tiempo para juegos estúpidos.

—Leí que un hombre como tú, necesita compensar el tamaño de su pene... así que entiendo por qué es tan grande la navaja que llevas...

—¡Cállate! No eres más que una enferma a la que voy a abrir en canal... — Carlos desvió su atención y se centró en Martina. Objetivo conseguido — esta vez, no vas a impedir que me lleve lo que es mío...

—No pienso tener otra conversación contigo sobre Emma... — Martina se encogió de hombros, su actitud parecía despreocupada, mostrando una actitud impasible que era inusual en una situación así — solo te diré que vas a pasar el resto de tus días en prisión.

—Tranquila puta, no pienso discutir contigo por algo que me pertenece... además pienso solucionar el problema ahora mismo... será fácil y rápido... te lo prometo.

—¿Qué problema tienes, Carlos?

—¡¡Tú eres mi problema!! — apuntó a Martina con la navaja — desde que te cruzaste en su camino, todo ha ido mal entre nosotros... yo estaba primero...

—¿Y si te digo que yo estuve antes que tú? — Martina le hablaba con un tono relajado, controlado y con media sonrisa, actitud que irritaba todavía más a Carlos.

—¿Qué es lo que tienes que las mujeres no te olvidan? ¿Qué trucos usarás cuando te las follas que se enganchan a ti? Dios sabrá la clase de perversiones que haces con ellas...

—Carlos... eres un verdadero poeta, no entiendo como no tienes un harem de mujeres tras de ti... — Martina estaba atenta a cualquier gesto de Carlos para predecir cuál sería su siguiente movimiento.

—¡Contéstame! — gritó Carlos — no eres más que una enferma pervertida...

—Adoro a las mujeres, Carlos... — Martina relajó su postura y dio un paso hacia la derecha, alejando así a Carlos un poco más de Emma — y todas a las que he conocido, pueden decirte que nunca tuvieron miedo a mi lado... jamás le levanté la mano a ninguna... conmigo solo han encontrado apoyo para convertirse en las mujeres que querían ser... Y te voy a confesar que adoro a Emma, no importa si está o no conmigo, ella será la mujer que quiera ser y siempre tendrá mi apoyo...

—Las mujeres como Emma no saben lo quieren... — Carlos miró de reojo a Emma, que continuaba en el suelo temblando y observando muy atenta todo lo que estaba sucediendo entre ellos — creen que pueden entrar en tu vida y hacer lo que les dé la gana... y ahora es el momento de castigarla... para que aprenda quién es el que manda.

Martina levantó su dedo índice junto al pulgar y los giró varias veces, indicándole a Carlos la comparación de un pene pequeño. Emma reconoció la risa de situación controlada de Martina, respiró al sentirse a salvo, protegida.

—¡¡No sabes una mierda!! — Carlos continuó señalando con la navaja a Martina — puta lesbiana.

—Puedes insultarme todo lo que quieras, pero soy médico... — Martina se acercó dando un paso hacia Carlos sin mostrar un ápice de miedo — mi diagnóstico cada vez es más correcto... la opinión médica es gratuita... ¡¡ahora sal de mi casa!!

—He soñado con este momento desde que decidiste robarme a mi mujer... Ahora verás Martina...

—Para ti soy la doctora Montenegro — Martina dio otro paso haciendo que Carlos retrocediese un paso — ¿Y qué voy a ver?

—Voy a partirte el culo, gilipollas... — Carlos intentó sonar amenazante cuando Martina se acercó invadiendo su espacio personal, pero no se movió, pensando que si lo hacía sería un signo de debilidad por su parte. Pensó que cuando notase la navaja, Martina retrocedería.

—¿Partirme el culo? ¿Estás en el patio del colegio? ¿Quién coño dice “partirte el culo”? — Martina hizo las preguntas muy rápidas, usando las comillas aéreas cuando llegó a la última.

Emma sonrió tímidamente pensando que solo alguien como Martina, utilizaría el humor negro en una situación como esta. Resultaba divertido, pero una forma en la que Emma jamás se había sentido aterrorizada y, al mismo tiempo, se sentía más segura que nunca. Martina parecía un gran

tigre que jugaba con su comida antes de comérsela. La temperatura de la habitación había bajado unos diez grados, por culpa de Carlos, que rompió la puerta de la terraza para colarse en su casa, pero Emma, desde su posición, era capaz de distinguir las gotas de sudor por la frente de Carlos. Estaba perdiendo el control de la situación e intentó lo único que le quedaba, así que, sin previo aviso, se abalanzó sobre el pecho de Martina con la navaja dispuesto a apuñalarla. Martina se anticipó a su movimiento y se movió en el último segundo, le cogió por la muñeca evitando que le apuñalara y le dio un rodillazo en el estómago, dejando a Carlos sin aire. Levantó la vista respirando con dificultad, mirando fijamente a Martina y susurró.

—La suerte del principiante.

—Claro que sí — rio Martina — inténtalo de nuevo y veamos la suerte que tengo.

Martina se burlaba de Carlos para que volviese a arremeter contra ella de nuevo. Carlos cayó en sus provocaciones y volvió a agitar la navaja, Martina aprovechó ese gesto y le sujetó la muñeca con tanta fuerza que la navaja cayó al suelo y, rápidamente, le sujetó la otra mano y comenzó a crujir los dedos de uno en uno.

—Este cerdito entró en una casa que no debía — se escuchó un crujido y continuó con el siguiente dedo — a este cerdito le gustaba pegar a las mujeres — crujido — este cerdito quería el mismo final que los otros dos — crujido — y este, está gritando, “¿imbécil, no te acuerdas de tu otra mano?” — crujido.

Carlos gritaba mientras Martina le rompía cada hueso individualmente, pero se negó a caer al suelo. No pensaba rendirse ante la mujer que le había robado a su mujer. Pensó alguna estrategia que le permitiese darle la vuelta a la situación.

—Sí, pero recuerda puta que yo fui el primero en follármela... — Carlos continuaba en su intento de provocar a Martina mientras se sujetaba la mano con los dedos rotos debajo de la axila y empuñó la navaja que recuperó del suelo en un movimiento rápido — Emma siempre ha sido una perra salvaje que me pedía que me la follase... — la señaló con la navaja — esta puta es insaciable.

Martina se movió tan rápido, que a Carlos no le dio tiempo de ver el golpe hasta que el impacto echó su cabeza hacia atrás por la inercia del mismo. Cayó de rodillas de al suelo, gruñó de dolor y escupió los dos dientes que el golpe le había arrancado, Martina volvió a su lugar inicial con un paso atrás.

—Eso te hará muy popular en las duchas de la cárcel — Martina señaló los dientes perdidos en el suelo.

Martina tuvo que respirar hondo varias veces para controlar su temperamento, sabiendo que, si no lo hacía, sería capaz de matar al malnacido de Carlos frente a Emma, y no se podía permitir un acto así.

—Ahora que te tengo en el suelo y estás sangrando... vamos a aclarar algo... — Martina se agachó para poder mirar a los ojos a Carlos — no hables de Emma, no respire cerca de ella, ni pienses en ella... si vuelves a decir su nombre, te dejaré sin vida antes de que puedas salir de aquí...

Emma se dio cuenta de que Martina intentaba encontrar algo de calma al descubrir como abría y cerraba las manos enérgicamente, intentaba frenar toda la ira que ardía en su interior.

—¡Te voy a matar, hija de puta!! — Carlos se abalanzó sobre Martina con la mirada llena de odio y rabia.

—¡¡¡¡Nooooo!!!! — gritó Emma al ver como Carlos alcanzaba a Martina.

Tras unos segundos tensos de un feroz forcejeo, Martina se separó unos centímetros de Carlos, lo suficiente para poder darle un rodillazo justo en su entrepierna. Lo dejó en el suelo arrodillado

y antes de que pudiese recuperarse del golpe, Martina le dio otra patada en las costillas. Carlos, que continuaba en el suelo, volvió a levantarse con la navaja en mano e intentó acercarse a Martina, le volvió a coger por la muñeca y giró su brazo hacia atrás hasta que escuchó el crujido del hueso rompiéndose. Carlos soltó la navaja y esta se precipitó al suelo muy cerca de Emma, sus ojos se llenaron de pánico cuando vio la cantidad de sangre que bañaba la hoja de acero de la navaja. Martina dio un paso al frente y le propinó otra patada en las costillas, golpeándole con todas sus fuerzas para asegurarse que varias de ellas se rompiesen. Carlos cayó al suelo entre gruñidos de dolor, Martina lo miró fijamente y cerró su puño con fuerza, pero se detuvo en su intención en el último segundo, porque antes de llegar a su casa, había decidido que no lo mataría y mucho menos delante de Emma. La vida que estaban construyendo juntas, le proporcionaba la calma suficiente para no cometer un error así, aunque Carlos se lo había ganado a pulso. Comprobó que Carlos era incapaz de levantarse del suelo y, entonces, se giró hacia Emma que continuaba en el suelo con la mirada aterrorizada.

—Cariño... ¿Estás bien? — susurró Martina acercándose a ella muy despacio — tranquila... ya no te va a hacer más daño...

—Tú... — Emma intentaba hablar entre sollozos — tú... sangre...

Un fuerte ruido hizo que ambos se girasen hacia la puerta, sintieron alivio cuando vieron entrar a Jaime seguido de un ejército de policías. Martina se levantó y miró a Jaime, y antes de que pudiese gesticular palabra, se desplomó al suelo completamente inconsciente.

—¡¡Martina!! — gritó Emma viéndola en el suelo a pocos centímetros de ella,

Martina estaba inmóvil, su respiración era lenta, superficial y la mancha de sangre sobre la alfombra y toda su camiseta empapada de la misma, anunciaba que algo no iba bien. Jaime corrió rápidamente hacia ella y se arrodilló para estabilizar la herida que tenía en un costado de su abdomen.

—Jaime, por favor, ayúdala — consiguió decir Emma entre sollozos cuando vio a Jaime arrodillado junto a Martina, presionando la herida por donde estaba perdiendo mucha sangre.

—Trae el maletín que hay en el armario... — Emma se levantó y fue corriendo al armario — vamos Martina... no te atrevas a dejarme ahora... — susurró las palabras al oído de Martina mientras presionaba con una toalla la herida con la esperanza de detener la hemorragia.

Jaime era capaz de oír las sirenas de la ambulancia acercándose muy deprisa, Emma todavía se encontraba en estado de shock al ver a Martina inconsciente en el suelo sobre un charco de su propia sangre. Estaba tan impactada que no era consciente de sus propias heridas.

—¡¡Por aquí!! — gritó Jaime — ¡¡Deprisa!!!

Los sanitarios entraron corriendo sin saber qué iban a encontrarse, pero cuando Sergio entró y vio a Jaime arrodillado sobre el cuerpo inmóvil de Martina, desplegaron toda clase de ayuda médica. Emma continuaba sujetando su cabeza y dándole besos entre lágrimas y sollozos, cuando consideraron que Martina estaba suficientemente estable para trasladar al hospital, se encontraron con el problema de sacarla de entre los brazos de Emma.

—Vamos, cariño... — susurró Jaime — deja que se la lleven... está fuera de peligro, pero tienen que llevársela ya al hospital... — Emma soltó lentamente la cabeza de Martina y se aferró al cuello de Jaime donde rompió a llorar sin consuelo alguno — vamos Emma... te llevaré al hospital, te tienen que ver esas heridas...

Jaime observó antes de subirse a su coche junto a Emma, como salía la ambulancia a toda velocidad con el sonido de las sirenas, Martina seguía con vida, pero su estado era crítico.

La noche había sido una pesadilla para todos, la operación de Martina para reparar todo el daño ocasionado por la navaja, había durado varias horas.

—¿Cómo estás? — le preguntó Jaime a Emma.

—Estoy bien... la peor parte se la ha llevado Martina — respondió Emma con los ojos llenos de lágrimas, los acontecimientos de la noche anterior aún seguían en su mente y su piel se erizaba con cada recuerdo — yo solo tengo algunos moratones, un rasguño y varios puntos en el brazo... nada importante... — Emma miró a Jaime a los ojos — ¿Sabes algo de Martina? ¿Cómo está?

Continuaban en el box de curas mientras la enfermera continuaba con la cura del cuello después de suturarle el corte profundo que tenía en el brazo.

—Ha salido de quirófano, está en cuidados intensivos y todo ha salido muy bien... ahora solo debemos esperar a que despierte... — Jaime vio un destello de inseguridad que empañó el rostro de Emma — ¿Qué te pasa?... te prometo que Martina está bien...

—Te creo... — una lágrima rodó por su mejilla — nunca debí entrar en su vida... mi exnovio ha intentado... dos... — miró fijamente a Jaime — no una, sino dos veces, matarnos... le hubiese ido mejor con otra mujer...

Jaime se acercó a ella y con los dedos en su barbilla, la obligó a mirarlo.

—Escúchame bien jovencita, eres tú con la única mujer con la que quiere estar... — Jaime sonrió sin dejar de mirarla — Martina ha sido más feliz en este tiempo contigo, que en toda su vida... créeme cuando te digo que Martina actuaría de la misma forma si ese malnacido de Carlos volviese una vez más para hacerte daño... no estás sola en esto, nos tienes a nosotros.

Jaime estrechó a Emma entre sus brazos y ambos rompieron a llorar. La tensión vivida toda esa noche, se derramó en gotas saladas, precipitándose por sus rostros, sintiendo así, como su carga emocional se hacía un poco más liviana.

—Emma Peralta, no hace falta tener una bola de cristal para adivinar el futuro que hay entre vosotras... Martina no podría acabar sola y sin familia. No está en su naturaleza...

—¿Cuál es la naturaleza de Martina, Jaime?

La sonrisa de Jaime, tan cariñosa, hizo que Emma también sonriese. Sabía que Jaime era la persona que más conocía a Martina, desde que descubrió la relación que existía entre ellos, siempre pensó que eran almas gemelas separadas al nacer. Jaime era la única persona en el mundo a la que Martina le confesaba todos sus secretos, sabiendo que con él estarían a salvo.

—Esa es una pregunta complicada y fácil de responder... — la sonrisa de Jaime desprendía añoranza al pensar en su amiga — como médico, es curar y reparar el daño, es capaz de hacer soportable lo que empieza siendo insoportable... esa es la parte más insufrible de ella, cuando habla de su trabajo no tiene midas... — Jaime volvió a sonreír — pero la naturaleza primaria de Martina, es amar a aquellos que tenemos la suerte de estar en su vida y ahora tú perteneces a su vida, Martina te amará sobre todas las cosas.

Un médico buscó a Jaime para confirmarle que las constantes de Martina estaban bien y que se encontraba fuera de peligro, así que había decidido trasladarla a una habitación vigilada para que pudiesen estar con ella. Jaime dejó a Emma en el box de enfermería para que terminasen sus curas, con la excusa de una urgencia en pediatría, quería ver primero a Martina para asegurarse de que estaba completamente fuera de peligro antes de dejar entrar a Emma.

—Vieja amiga... — Jaime susurró junto a la cama donde se encontraba Martina completamente dormida — no sé si eres muy valiente o muy tonta... no deberías haber entrado en esa casa sin policía... — un nudo en su garganta le presionaba mientras las lágrimas corrían por su cara, con la mano temblorosa, sujetó la mano de Martina y le dejó un beso en la frente — tienes que recuperarte... ¿Me oyes? No me puedes abandonar...

—Tranquilo amigo, no pienso ir a ninguna parte — la voz débil de Martina, sobresaltó a Jaime

— sé que no podrías vivir sin mí...

—¡Estabas despierta! — Jaime señaló a su amiga — solo querías ver si era capaz de llorar por ti, ¿verdad?

—Pensé que era una buena ocasión para averiguarlo — Martina parpadeó varias veces para acostumbrarse a la luz de la habitación e intentó distinguir la cara de Jaime, que era un mar de lágrimas — no llores, de verdad que estoy bien.

Ambos se fundieron en un abrazo tan intenso que no hizo falta decir nada más.

—Menudo susto me has dado... — dijo Jaime dejando un beso en sus labios al separarse del abrazo.

—¿Cómo está Emma? — preguntó Martina visiblemente preocupada.

—Está bien, ahora te la traeré, le estaban haciendo una cura en una herida del brazo... nada grave — le aclaró rápidamente al ver su cara de preocupación.

—Gracias por todo... — Martina sonreía completamente agradecida por tener a una persona como Jaime a su lado — por ayudar a Emma y no dejarla sola...

Jaime era su amigo más íntimo, una persona en su vida que siempre había estado de su lado y a quien siempre había podido acudir, sin importar el problema que tuviese.

—Martina, Emma no merece menos de nosotros... ahora ella también es mi familia... — Jaime volvió a besar en los labios a Martina — ahora deja de llorar, sensiblon... — dijo provocando la risa de ambos — voy a traer a tu chica, que estoy seguro de que tienes más ganas de estar con ella que conmigo... pero ojo, los niños con ella no te saldrán tan guapos que conmigo...

Jaime abandonó la habitación prometiéndole a Martina que acompañaría a Emma hasta su habitación, asegurándose de que estaba completamente bien y fuera de peligro.

El cansancio en su cuerpo, la medicación y el silencio que le ofrecía el turno de madrugada, era la combinación perfecta para cerrar los ojos, no pudo resistir la presión y durmió más tiempo del que pensaba. Cuando volvió a abrir los ojos, se toparon con los ojos avellana de Emma, reconociendo las motas doradas que rodeaban su iris. Martina pasó los dedos por el nuevo corte de pelo que se había hecho Emma el día anterior y acercó su rostro hacia ella de manera dulce y amable. No compartieron palabra alguna, el roce entre sus labios fue más que suficiente para decirse todo lo que tenían en su interior. Aquel sencillo contacto entre ellas, era la forma más sencilla de convencer a sus corazones de que habían salido victoriosas de esa guerra. Emma no pudo evitar acariciar a Martina por todas partes, sus labios estaban persuadiendo a los suyos de abrirse cada vez más y eso la estaba volviendo loca, sin importarle ni el momento ni el lugar. Martina estaba viva y fuera de peligro, las dos habían derrotado definitivamente a Carlos en el juego físico al que a él le encantaba jugar y lo había hecho de forma abusiva en contra de ella durante su pasado junto a él. Martina, era esa mujer a la que amaba tanto y con la que estaba dispuesta a casarse, a su lado fue capaz de descubrir su lado más valiente, dejando atrás a la Emma débil. Martina Montenegro era fuerte y apasionada en todo lo que hacía, pero lo más importante para Emma, era que se sentía una mujer respetada, deseada y amada.

—¿Te gusta? — preguntó Emma cuando sus labios se separaron.

—¿Tus besos? Sí, siempre me han gustado — respondió Martina con una sonrisa encantadora.

—No cariño, mi pelo... — pasó una mano por los mechones más cortos de su nuca — no es demasiado corto, ¿verdad?

—Me encanta... — Martina volvió a pasar sus dedos por el pelo de Emma — pero si necesitas una respuesta definitiva... sí, me gusta mucho.

15.¿Qué estás tramando?

Emma se dirigía al hospital para recoger a Martina, Jaime le había dado indicaciones muy claras de todo lo que tenía que meter en una pequeña maleta con algo de ropa y cosas de aseo. Estaba claro que algo estaban tramando, pero Emma no preguntó, simplemente siguió las indicaciones de Jaime al dedillo. Llegó hasta la puerta del hospital y estuvo varios minutos esperando a Martina, cuando la vio salir, se deslizó al asiento del copiloto. La observó mientras caminaba hacia el coche, llevaba unos vaqueros y una sudadera deportiva, Emma se sorprendió al verla vestida tan informal. No es que no estuviese acostumbrada a verla así, pero Martina solo vestía tan informal en sus días libres, en el hospital usaba una imagen más elegante que una sudadera deportiva. Todavía no había cerrado la puerta del coche Martina cuando Emma se lanzó sobre ella y la besó hasta quedarse sin aire.

—¿Alguna vez te he dicho que eres la persona más romántica del mundo? — Emma hizo la pregunta mientras pasada su dedo índice por el labio inferior de Martina.

—Creo que no... — Martina besó la punta de su dedo — no me lo has dicho, pero ten en cuenta que siempre puedes cambiar de opinión — Emma frunció el ceño ante esa confesión.

Martina condujo durante algo más de dos horas hasta llegar a un parador en perdido en una de las calas más paradisíacas de la costa del Mediterráneo. Había reservado una suite exclusiva y tenía todo lo necesario para pasar la noche más romántica de sus vidas. Era una habitación amplia, en tonos claros y relajados, en el centro había una cama con dosel y el colchón estaba cubierto de pétalos de rosas, junto a la cama, había un cubo con hielo que aguardaba una botella de vino espumoso en su temperatura óptima, y todo alumbrado por la luz tenue de docenas de velas encendidas esparcidas por toda la habitación.

—¿Temías que cambiase de opinión? — preguntó Emma volviendo a la conversación del coche.

—Esperaba ser la más romántica del universo, pero si dices que solo soy del mundo... — Martina se encogió de hombros — tendré que conformarme.

Emma se quitó la chaqueta de cuero que llevaba puesta y lentamente la dejó caer al suelo, Martina se colocó detrás de ella y pasó las yemas de sus dedos por los brazos de Emma con un toque suave y lento que dejó la piel de gallina a su paso.

—Tengo ganas de tocarte... — susurró Martina desde su posición.

—Sí... — respondió Emma en un sonido ahogado, sonando casi a una súplica.

Martina movió las manos lentamente desde los brazos de Emma hasta su abdomen, deslizándolas hacia arriba con la misma lentitud, hasta que ahuecaron los pechos necesitados de Emma. Pellizcó suavemente los pezones, logrando que se endureciesen en un tiempo récord.

—Por favor, cariño... tócame... — Emma se recostó contra el pecho de Martina.

Parecía que habían pasado años desde que la última vez que habían estado juntas, pero Martina tenía toda la intención de que esa noche durase toda una vida, así que comenzó a

desnudar a Emma con movimientos lentos y suaves, demostrando que no tenía ninguna prisa. Por cada prenda de ropa que le quitaba a Emma, Martina se deshacía de una suya, pero cuando llegó a desabrochar el botón de sus vaqueros, Emma se dio la vuelta completamente desnuda y le sujetó las manos.

—No — el tono de voz y la seguridad en sus manos, le indicaron a Martina lo que Emma deseaba — déjame a mí.

Emma desabrochó los vaqueros de Martina y pasó los dedos por la goma de su ropa interior, dejándola caer al suelo. La observó detenidamente y se mordió el labio inferior, cuando Martina estaba desnuda frente a ella, un inevitable deseo se apoderaba de ella, completamente incapaz de controlarlo. Sin poder esperar más, empujó a Martina hacia atrás y la obligó a tumbarse sobre la cama. La fuerza del aterrizaje hizo que los pétalos de rosas, volarán por toda la habitación, Martina rompió a reír mientras Emma la observaba con los ojos completamente oscurecidos. La risa de Martina cesó abruptamente cuando Emma enterró la cabeza entre sus piernas y selló, sin delicadeza y sin previo aviso, su sexo con la boca.

—¡Joder! — gruñó Martina al sentir la humedad de su boca.

Se mintió a sí misma, intentando convencerse de que podía prescindir del contacto piel con piel, con Emma mientras duró su recuperación, pero eso no significaba que no lo anhelase. En ese primer contacto, Martina ya era capaz de medir cuánto la había deseado, cuando empezó a sentir como los escalofríos comenzaban a recorrer por todo su cuerpo. Martina volteó a Emma intercambiando posiciones y dejando a Emma tumbada sobre su espalda y la inmovilizó sobre el colchón. Presionó, con una fuerza contenida, sus labios contra los labios de Emma y al saborear su propio sabor, la llevó a querer devorar a la mujer que tenía entre sus brazos. Descendió hasta enterrar su cara en el sexo de Emma, quería devolverle las mismas sensaciones que ella le había ofrecido, con largos y constantes movimientos de su lengua, volviéndola loca en cada uno. Introdujo dos dedos en su vagina y Emma se aferró a las sábanas para no precipitarse con anticipación al viaje de su vida, podía sentir como el orgasmo estaba llegando, invadiendo todo su interior, provocando que las paredes comenzasen a contraerse. Emma estaba más allá de las palabras, se aferró al pelo de Martina para mantenerla en el lugar exacto.

—Por favor... cariño... ya... — Emma necesitaba que Martina la hiciese suya, pero estaba disfrutando tanto de tenerla entre sus piernas, que no era capaz de expresar ninguno de sus deseos.

Emma estaba siendo capaz de descifrar el deseo acumulado durante todo este tiempo, en cada uno de los movimientos de Martina. Emma mantuvo las manos sobre la cabeza de Martina mientras se movía con destreza sobre su cuerpo, dejó escapar un gruñido cuando un temblor recorrió sus piernas.

—Quiero que me toques... cariño... — Martina estaba disfrutando viendo como Emma se removía por sus movimientos, pero necesitaba sentirla, necesitaba más.

—¿Estás segura? — preguntó con diversión Emma.

—Emma, cariño... — Martina se removió bajo su cuerpo mientras la miraba fijamente — no creo que este sea un buen momento para que pare y tengamos esta conversación... tendrás que confiar en mí... — Martina se colocó sobre ella y Emma la recibió con una sonrisa burlona — hazme caso y ganarás... ya hemos esperado suficiente...

Martina se colocó sobre ella lentamente, controlando el ritmo, sin importar las prisas que demostraba Emma por acelerarlo. Martina mantuvo su toque lento y gentil, mientras su lengua y labios eran todo lo contrario, estaba llevando a Emma al borde del abismo. Fue la combinación entre su boca y los movimientos de sus dedos, lo que la llevó a correrse con tanta fuerza que no

pudo evitar las lágrimas. Martina se había preocupado las primeras veces que esto sucedió, pero Emma le aseguró siempre que solo era por una sobrecarga de emociones, de muy buenas emociones. Con cuidado, Martina sacó sus dedos de Emma y se arrastró a su lado para poder abrazarla.

—Te quiero, amor — le susurró Martina al oído.

—Incluso después de todo lo que ha pasado... — Emma se removía entre los brazos de Martina — en estas últimas semanas, soy feliz, muy feliz... y mi propósito es hacerte un poquito más feliz cada día.

—No puedo pedir nada más... — dijo Martina encogiéndose de hombros.

—¿Segura? — preguntó Emma con picardía.

Era una de las mejores cosas que le estaba pasando desde que estaba con Martina, podía llevarla desde un estado con la mente adormecida a base de orgasmos frenéticos, hasta hacerla reír por las cosas más estúpidas en cuestión de segundos. Emma siempre había esperado poder disfrutar de esa parte de una relación, la parte que la hacía única, donde solo eran ellas dos, ni siquiera lo compartían con amigos o con la familia. Solo Emma conocía esa parte de Martina y se sentía especial, por eso, era la parte de esa mujer que solo le pertenecía a ella.

—Así que... — Emma se sentó a horcajadas sobre Martina — no puedes pedir nada más...

—Seguro que algo se me ocurrirá... — Martina pasó las manos por las piernas de Emma hasta llegar a sus caderas.

Emma bajó la mirada hasta encontrarse con los ojos casi negros de Martina y se inclinó hacia su rostro, se masajeó los pechos muy cerca de su boca, provocando a conciencia, despertar su libido de nuevo.

—Cariño... — dijo Emma de una forma muy provocativa — sé que te has estado controlando... — deslizó su dedo y dibujó el perfil de sus labios — te mueres por hacerlo... así que hazlo.

Emma sintió como los músculos abdominales en los que estaba sentada se tensaron cuando Martina se incorporó, aceptando de buena gana, la invitación de Emma para devorar con devoción cada uno de sus pechos.

—¿Así lo quieres? — preguntó Martina después de haber pasado su lengua alrededor de cada pezón.

—Cariño... — Emma sonrió — estoy preparada para algo más... — entrecerró los ojos y la miró fijamente — enérgico que un simple misionero básico... — y rompió a reír al ver la cara de sorpresa de Martina.

—¿En serio? — Martina arqueó una ceja y se lanzó a morder uno de los pezones que continuaban frente a su cara.

Emma no contestó después de ese ataque, colocó ambas manos sobre los hombros de Martina y la obligó a volver a recostarse sobre la cama, cuando la mujer, debajo de ella, obedeció, Emma se puso de rodillas facilitando el acceso de sus dedos.

—Muévelos, cariño — ordenó Emma de una manera muy provocativa.

—Con mucho gusto... amor.

—Mmmm... no te haces idea de cuanto... — Emma se balanceaba de forma coordinada con los movimientos de Martina.

Emma se mordió el labio inferior, Martina la sujetó por la cintura y se inclinó hacia adelante y continuó el lento y tortuoso balanceo sobre sus movimientos. Quería disfrutar de la exquisita sensación mientras pudiese, aunque, por los gemidos de Emma, sabía que no aguantaría mucho. La posición le dio a Emma la libertad de moverse al ritmo que ella misma eligiese, al que

realmente necesitaba que, en ese preciso momento, era frenético, pero sentir a Martina debajo de ella mientras la penetraba con movimientos profundos y fuertes, la conducía a un estado de éxtasis sin retorno. El final estaba llegando demasiado pronto, pero lo estaba disfrutando al máximo.

—Cariño... ¿Tienes idea de lo buena que eres en esto? — Emma había bajado lentamente hasta colocarse sobre el pecho de Martina, le estaba costando normalizar su respiración.

—Me alegra que pienses así — Martina besó la frente bañada de sudor de Emma y tiró de la manta para tapar los cuerpos de las dos mientras continuaban abrazadas.

—¿Qué pasará ahora, cariño? — la cabeza de Emma estaba apoyada sobre sus dedos entrelazados para poder mirar a los ojos a Martina mientras mantenían la conversación.

—Carlos irá a la cárcel por una larguísima temporada... — Martina estrecho a Emma entre sus brazos — tú y yo volveremos a esa vida feliz que estamos construyendo...

—¿Eres feliz? — preguntó Emma.

—Sí, lo soy... ¿Sabes? — Martina miró a los ojos a Emma — pensaba en lo feliz que era mientras peleaba con Carlos... — Emma frunció el ceño pensando que no tenía mucho sentido lo que acababa de decir.

—¿Pensabas en eso en realidad?

—Estoy segura de que no piensas que soy una persona violenta... a menos que mi familia esté en peligro, claro está — Emma asintió con la cabeza para que Martina continuase — la idea de lo felices que somos, me hizo querer matarlo allí mismo por hacerte daño... y me hubiese fastidiado que fueses capaz de encontrar con él lo que ahora tenemos tú y yo... — Martina le dejó un beso en la punta de la nariz — pero en mi cabeza habría sabido que eras feliz...

—Pero no en tu corazón — Emma tocó el pecho debajo de ella para señalar el corazón de Martina.

—Así es, no en mi corazón... si realmente, Carlos te hubiese querido, te hubiese dejado buscar tu felicidad... — Martina le besó en los labios — eso es lo que intento hacer... quiero una vida donde te sientas libre para crecer, que hagamos las cosas que más amamos y generamos una base sólida para poder construir una vida juntas... y me hace feliz hacerlo a tu lado...

Emma besó con vehemencia a Martina son necesidad de añadir nada más.

Pasados unos meses, la normalidad se había restablecido. Emma y Martina habían conseguido borrar de sus vidas todo aquel mal recuerdo, se rodearon de sus seres queridos y habían planeado varios proyectos para un futuro inmediato. Estaban fabricando recuerdos nuevos, donde la única condición era sonreír y hacerse feliz. Era el momento perfecto, para empezar desde cero, Emma había logrado graduarse en diseño gráfico, ese pequeño sueño se había hecho realidad gracias al apoyo incondicional de Martina, que siempre se mostró comprensiva y dispuesta a ayudarla a realizarse como profesional y ese momento había llegado.

Emma estaba sentada en la terraza del ático de Martina, y ahora también de ella, porque en todo el tiempo que había vivido ahí, había terminado por considerar esa casa como su hogar. Con el paso del tiempo y la nueva vida de la que disfrutaba sin miedos, Emma pudo concentrarse en su carrera y en Martina, a quien consideraba ya como su compañera de vida. Descubrió que todas las mujeres que habían pasado por la vida de Martina, habían convertido a la doctora Montenegro en una romántica empedernida. Martina siempre se mostraba cariñosa, tierna y amable, y Emma se regodeaba en las atenciones recibidas. Con el paso del tiempo, todas las personas que Martina tenía en su vida, habían dejado de temer que Emma fuese a abandonarla y, ahora, ella gozaba de una buena relación con todos ellos.

Martina le había prometido que solo trabajaría por la mañana y volvería pronto a casa, por lo

que Emma sabía que se la iba a encontrar en la habitación preparándose para ir a su graduación. Se apoyó en el marco de la puerta en completo silencio y observó detenidamente cada movimiento de Martina mientras se vestía. El pantalón negro quedaba perfecto en sus musculadas piernas y la camisa blanca que llevaba todavía desabrochaba, hacía que su piel bronceada, destacase todavía más. Emma se detuvo durante unos minutos a admirar la sonrisa deslumbrante que Martina le dedicó.

—Qué guapa estoy cuando me miras... ¿Sabes a qué me refiero? — preguntó Martina.

La sonrisa de Emma se ensanchó todavía más, advirtiéndole a Martina que algo estaba tramando, y debía ser así, ya que también era el día de su cumpleaños.

—Hola, mi princesa... ¿Cómo está usted hoy? — le preguntó Emma haciendo una reverencia.

—De acuerdo, Emma... — Martina se acercó a Emma y la estrechó entre sus brazos — ¿Qué estás tramando?

—¿Tengo que estar tramando algo? — Emma sonrió con picardía — solo te he preguntado como estás hoy... pero ahora que lo mencionas... es posible que tenga una sorpresa para ti... — Emma besó a Martina en los labios — voy a arreglarme y luego te la doy.

Emma se escapó con facilidad de sus brazos y fue directa al baño, se dio una ducha rápida y se puso un sencillo vestido color vino. Buscó a Martina por toda la casa y cuando la encontró, Martina estaba apoyada en la barandilla de la terraza, salió con dos copas de champán en su mano y se puso junto a ella.

—¿Estás lista para esta noche? — preguntó Martina cuando la vio cruzar la puerta de la terraza.

Emma dejó las copas sobre la barandilla y se abrazó a la cintura de Martina.

—La historia es... ¿Me quieres? — preguntó Emma sorprendiendo completamente a Martina.

—Siempre y para siempre, Emma... ya lo sabes — contestó Martina muy firme en sus palabras.

—Incluso si no llego a trabajar de diseñadora y prefiero ser una mujer florero... — Martina sonrió ante esa descripción que no encajaba con el carácter y la personalidad de Emma.

—Incluso así.

—Entonces... ¿Me seguirás queriendo si decido que quiero ser una mujer florero a tu lado?

—Ya te he dicho que sí — Martina le dejó un beso en los labios — aunque quieras ser una mujer florero... te seguiré queriendo...

Emma pegó la cara al pecho de la camisa de Martina para disfrutar de su olor tan característico, siempre utilizaba el mismo perfume. Era un olor limpio a maderas, Emma solo reconocía ese olor en Martina, nunca se había topado con un olor parecido.

—Eres lo mejor de mi vida... — le dijo Emma mientras pasaba los dedos por el pelo de Martina — espero que hayas tenido un buen cumpleaños... lo de esta noche solo es la guinda...

—He tenido un buen día de cumpleaños, gracias por el reloj — Martina levantó la mano izquierda y mostró orgullosa su nuevo reloj — pero mi mejor regalo eres tú... — le dejó un beso en los labios a Emma.

—Ese reloj no es tu regalo — dijo Emma desconcertando a Martina — pero esto sí.

Emma le entregó una cajita envuelta en un papel brillante y con un lazo ancho de color morado.

—¿Qué es esto? — preguntó Martina mientras levantaba la pequeña cajita.

—Ábrelo y descúbrelo — Emma cogió las dos copas — pero primero hagamos un brindis — esperó hasta que Martina cogiese su copa y la chocara contra la suya antes de continuar — esto es el amor verdadero... y los pequeños regalos que trae a nuestras vidas.

—Amén por eso... — dijo Martina sonriendo — no era necesario, amor — volvió a mirar la cajita con curiosidad.

—Sí era necesario... — Emma se inclinó y besó a traición a Martina — nunca volveré a sentir que me falta algo... gracias a ti, he aprendido a verme a través de tus ojos y me haces sentir que puedo conquistar el mundo. Me encantan mis días... porque al despertarme, tú eres lo primero que veo... — Emma se inclinó una vez más y besó con intensidad a Martina.

—Gracias amor, eres increíble — dijo Martina al separarse del beso.

Rasgó el papel y levantó la parte superior de la cajita antes de apoyarse sobre la barandilla de la terraza. Le costó casi un minuto, sostener la prueba de embarazo sobre sus dedos y mirarla fijamente. Emma descubrió por primera vez, como las manos de Martina temblaron al comprobar que había dos líneas en el centro de la prueba, las mismas manos que tantas veces habían aliviado el dolor de muchas personas, ahora temblaban como un flan al ser consciente de que iban a tener un bebé en tan solo ocho meses. Era una de las pocas veces que Emma vio llorar a Martina con una de las sonrisas más brillantes que había visto en ella.

—Pero... ¿Cómo? — preguntó Martina muy sorprendida entre lágrimas.

—Bueno... he tenido ayuda, Jaime y Ángela, son cómplices de todo esto... — confesó Emma haciendo sonreír a Martina — amor... esto es para hacerte feliz — se abrazó con fuerza a la cintura de Martina — no para hacerte llorar...

—Soy muy feliz — dijo Martina estrechándola con fuerza contra su cuerpo y dejando besos sobre su cabeza, era incapaz de dejar de mirar la prueba — por más cumpleaños felices y por la mejor mujer que podría tener a mi lado — Martina levantó su copa y al ver como Emma bebía de la suya, abrió los ojos cayendo en la cuenta.

—Tranquila, amor, solo es zumo de uva con burbujas... — volvió a dar un sorbo de su copa — no va a destruir las neuronas de tu hijo...

—Este ha sido el mejor cumpleaños de mi vida... — dijo Martina antes de besar a Emma con mucha intensidad.

En los meses posteriores a esa noche, la doctora Montenegro, se había convertido en una capa protectora ambulante cuando se trataba de su mujer y de su futuro hijo. Nunca hubo un momento en que Emma se sintiese incómoda pidiendo algo que se le antojase o necesitase, sin importar ni el tiempo, ni la hora.

FIN.